



EDDIE THORNY

EL DUEÑO DEL MUNDO





SAN BERNARDO 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.^a edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.^a edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMP, por Fred Baxter. (3.^a ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.^a edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(3.^a edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (2.^a ed.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.^a ed.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.^a edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(3.^a edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.^a edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet (2.^a edición.)

Núm. 15.— EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)

- » 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny (2.ª ed.)
- » 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- » 24.—PERSECUCION, por O. O. Tavin.
- » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
- » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
- » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
- » 32.—NUEVA YORK SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
- » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
- » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.

En preparación:

HERMANO CONTRA HERMANO

I

EL DOMINIO MUNDIAL



ERENO y majestuoso el «Constellation» cubría la última parte del largo recorrido. Bajo sus alas inmensas pasaban las tierras quebradas de Nueva Inglaterra; a la derecha se alzaba la cadena montañosa de los Allegheny con sus laderas cubiertas por espesos bosques de pinos y abetos; a la izquierda, el Atlántico, agitado y tormentoso, rompiéndose con fuerza contra los acantilados de la costa. Atrás había quedado Boston, con sus edificios trepando por las colinas que bordean la desembocadura del Charles River. Una hora más de vuelo y el avión rendiría viaje en las gigantescas pistas de cemento del aeropuerto

de La Guardia.

Hundido en su butaca, Robert Gunter miraba con aire distraído el paisaje que desfilaba ante sus ojos, mientras su pensamiento volaba muy lejos. Hacia París de donde había partido treinta horas antes llamado con urgencia por el inspector jefe Warren. El viaje no le agradaba. Se encontraba a gusto en la capital francesa y no sólo por los muchos encantos de la Villa Lumière. Creía estar realizando una misión importante, mucho más importante sin duda de la que tan repentina como inesperadamente había caído sobre sus hombros. No negaba, naturalmente, que la desaparición del joven

O'Brien

y el «chantaje» de que una partida de forajidos estaba haciendo víctima a su padre tenía cierto interés. Pero ¿bastaba a justificar que le obligasen a abandonar la tarea de localizar y descubrir a la organización terrorista encargada de sabotear los envíos americanos a Europa, precisamente cuando más cerca estaba de un éxito rotundo?

Sólo cabía una explicación lógica: el poder del dinero. Roger

O'Brien,

un antiguo inmigrante irlandés enriquecido muchos años atrás en negocios petrolíferos, pasaba por ser dueño de una de las mayores fortunas de América. Debía tener buenos amigos en Washington. Indudablemente había movilizado todas sus influencias, consiguiendo que tuvieran que intervenir en un asunto que nunca debió traspasar la órbita de la Policía Metropolitana neoyorquina.

Pero, aun admitiéndolo así, ¿por qué le hacían regresar con tanta precipitación? Durante ocho días había investigado en torno al joven

O'Brien.

No le costó gran trabajo comprobar que no se hallaba en París. Era un muchacho alegre, divertido y generoso al que recordaban bastante bien en todos los centros alegres de Montmartre. Sin embargo, nadie le había visto desde seis meses antes; desde el instante mismo, precisamente, en que su padre comenzó a recibir cartas apremiantes exigiendo grandes sumas de dinero. Las cartas, fechadas en la capital francesa, habían sido escritas, indudablemente, en otro lugar distinto. ¿Cuál? No logró averiguarlo. Todo lo que pudo poner en claro fue que en el asunto

estaba mezclado, de una u otra manera, un tal Grover Tilden, jefe de una titulada agencia de investigaciones de muy dudosa reputación.

¿Qué finalidad tenía su precipitado viaje a Nueva York? No acababa de comprenderlo. Warren conocía ya detalladamente el resultado de sus investigaciones. También que su estancia en Europa revestía la máxima importancia. Si los envíos de maquinaria y víveres del Plan Marshall fueron objeto de sabotajes en los puertos franceses e italianos, ¿no intensificarían su acción los terroristas cuando estaban a punto de llegar los primeros cargamentos militares efectuados en virtud del Pacto del Atlántico? ¡Y era en este momento cuando se le obligaba a retornar! Disciplinado siempre cumplía las órdenes recibidas. Pero cuando hablase con Warren, pese a todos los respetos, ya la diría que...

Al llegar aquí sus pensamientos sufrieran una brusca interrupción. El individuo que ocupaba la butaca inmediata a la suya, un hombre de cuarenta años, de mediana estatura y aspecto inofensivo; un tipo con aire de negociante enriquecido con demasiada premura, que había tomado el avión en la escala de Terranova, acababa de sacar una pistola y apuntándole con ella le ordenaba:

—¡Levante los brazos y no haga el menor gesto defensivo o tendré que matarle!

Por un instante, Robert creyó estar soñando. La escena que se desarrollaba ante sus ojos era propia de una película de «gángsters», pero resultaba difícil imaginársela en la vida real. Que un grupo de individuos audaces pretendieran hacerse dueños de un avión comercial en pleno vuelo, era poco menos que inimaginable. Y, sin embargo, era esto lo que estaba sucediendo en aquel instante. Un poco nervioso, recelando que su aparente desconcierto fuera sólo un hábil disfraz de intentos defensivos, el individuo que le amenazaba tornó a hablar en forma todavía más imperativa.

—¡Obedezca o disparo!

Tuvo que obedecer. Con movimiento rápido, tras hacerle volverse de espaldas sin dejar de apuntarle, su adversario le quitó la pistola que llevaba en el bolsillo del pantalón. Mas desconcertado a cada instante, Robert volvió la cabeza sorprendido por la inexplicable pasividad de los demás viajeros y la tripulación del

aparato. Entonces comprobó que su agresor no estaba solo. Al extremo del pasillo, junto a la puerta que conducía al «office», aparecía un individuo mal encarado con una pistola en cada mano, cubriendo a la azafata y a un grupo de pasajeros. Otro sujeto, tras obligar al radiotelegrafista a abandonar su puesto, parecía interesado en destruir el aparato transmisor. Uno más por último, había penetrado en la cabina de mandos del avión. El tipo que aparecía al final del pasillo y que debía mandar el grupo habló dirigiéndose a los pasajeros.

—¡No se asusten! No intenten nada, porque tendríamos que matarles. Tengan la seguridad de que no les pasará nada. El único que nos interesa es ese caballero...

Con una de las pistolas señalaba a Gunter. El aludido no pudo contener un grito de asombro.

—¿A mí?

—Sí, a ti, Robert. No tendrás más remedio que venirte con nosotros.

Hablaban con absoluto dominio de sus nervios, como hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido. Por un instante, Gunter creyó habérselas con un loco. ¿Cómo iba a irse con ellos, a menos que se llevasen el avión?

—No tardarás en saberlo, amigo. Pero por tu bien no hagas el menor intento de resistencia. Sería tu muerte.

El individuo de aire insignificante que le cubría con su pistola, le hizo marchar hacia el extremo posterior del pasillo sin dejar de clavarle en los riñones el cañón del arma que empuñaba. El que debía mandarles, aprobó su actitud:

—Perfectamente, Joe. Que no se mueva de aquí hasta el momento indicado. ¿Cómo va eso, Larry?

—Bien, jefe —repuso el que había destrozado el aparato de radio—. No le di tiempo a transmitir ningún aviso.

—«Okey». Cubre ahora a los pasajeros para que ninguno intente la menor tontería. Si alguno protesta o se mueve de su asiento, dispara. Voy a ver cómo le va a Bunker.

De la cabina de mandos les llegaba el ruido de una discusión violenta. Aunque cogidos por sorpresa, prácticamente indefensos al encontrarse inermes frente a las armas que empuñaba Bunker, tanto el piloto como el copiloto se negaban a cumplir las órdenes del

forajido modificando la dirección del avión.

—Tenemos que llegar a Nueva York a una hora determinada y llegaremos. Como piloto del avión no puedo consentir que unos individuos...

El tipo que mandaba a los asaltantes había llegado a la puerta de la cabina. Vio que el piloto, mientras hablaba con su secuaz, trataba de sacar un arma, y no vaciló un segundo. Hizo fuego por dos veces. El piloto —un antiguo aviador de la guerra en el Pacífico— se derrumbó pesadamente con dos balazos en mitad del pecho.

—Así aprenderán todos que no hablamos por hablar —gruñó, amenazador, el autor de los disparos.

El crimen produjo terrible impresión en todos los viajeros. Dos mujeres comenzaron a llorar en silencio; algunas pasajeras apretaban con fuerza los puños y sentían deseos de lanzarse sobre los forajidos, contenidos únicamente por el temor a seguir suerte parecida. Robert se estremeció de pies a cabeza. Empezaba a darse cuenta de que tenía que habérselas con individuos incapaces de detenerse ante nada.

—¿Está dispuesto a obedecer mis órdenes o prefiere sufrir la suerte de su compañero? —preguntó el jefe del grupo, dirigiéndose al copiloto.

Bajo la amenaza de las pistolas enemigas, sabiendo que la menor vacilación le costaría un balazo, el interpelado respondió afirmativamente. El individuo que llevaba la voz cantante ordenó entonces:

—Tuerce hacia el valle del Hudson, para cruzar el río quince millas al sur de Albany. Pierde algo de altura. Conviene que no vuelas por encima de los tres mil pies.

Sumisamente, el copiloto comenzó a cumplir sus instrucciones. A su lado quedó Bunker, con una pistola en cada mano. El jefe del grupo tornó al lado de Joe y Larry. Mientras el primero seguía vigilando a Gunter, ordenó al segundo:

—Registra a todos los viajeros y quítales las armas que lleven. Sería peligroso que pudieran disparar contra nosotros.

En tanto que Larry cumplía con todo celo la orden recibida, encontrando tres pistolas, que arrojó inmediatamente por una de las ventanillas, el jefe del grupo habló de nuevo, dirigiéndose al radiotelegrafista, que permanecía muy asustado cerca de él, con los

brazos abiertos y un gesto de terror en las pupilas:

—Trae cinco paracaídas de los que lleváis para caso de accidente. Los necesito en el acto.

El radiotelegrafista le entregaba, medio minuto después, los paracaídas exigidos. Larry se puso uno de ellos; Joe hizo lo mismo con otro. Llamaron entonces a Bunker, para que se pusiera un tercero, y el jefe del grupo imitó a sus secuaces. Luego ordenó a Robert:

—¡Ponte ése!

—¿Yo? —inquirió, sorprendido, Gunter.

—Sí, tú. Tendrás que venirte con nosotros. Pero no te asustes; no te pasará nada. A menos que pretendas negarte. En ese caso...

El gesto que puso hizo totalmente innecesario terminar la frase. Si Robert se negaba a saltar en el momento indicado, recibiría un balazo en mitad de la cabeza. Algo parecido le habían dicho al copiloto. Dejando abierta la puerta de la cabina de mandos, le tenían bien cubierto con sus pistolas.

El jefe de los agresores miró atentamente por una de las ventanillas. En pie a su lado, Gunter observó la dirección de su mirada. El avión se alejaba con rapidez de la costa. A lo lejos, tras una línea de colinas, apareció la cinta azul del Hudson.

—Di al piloto que baje por la margen derecha del río hasta que vea el humo de una hoguera. Entonces que de tres vueltas por encima.

—Así lo haré, King —se apresuró a responder el llamado Bunker.

Siguieron unos minutos de silencio. Gunter miraba a sus enemigos. Era indudable que todo aquello lo habían preparado para apoderarse de él. ¿Quiénes serían? Por un instante cruzó por su imaginación el recuerdo de

O'Brien

y el secuestro de su hijo. Lo rechazó de plano. Más fácil era que se tratase de la banda de terroristas, cuya pista había seguido con tanta tenacidad en Europa. Un poco le desconcertaba ver que los cuatro individuos, tanto por sus modales como por su acento, parecían americanos. Pero tampoco cabía sorprenderse demasiado, por cuanto había llegado a comprobar que los saboteadores europeos tenían cómplices al otro lado del Atlántico. Posiblemente suponían que su precipitado regreso era consecuencia de algún

descubrimiento sensacional, quizá de la identidad de los miembros de la organización que actuaban en los Estados Unidos, y querían salvar el peligro que sus informes entrañaban, impidiendo que llegaran a su punto de destino.

—Ya llegamos —exclamó de pronto, alborozado, Joe—. ¡Ahí está la señal!

Se trataba de una pequeña hoguera, encendida, en el centro de un extenso prado. A unos centenares de metros corría una carretera. Parados junto a la cuneta pudieron ver dos automóviles. En torno a ellos, varios individuos, que agitaron los brazos al ver pasar el avión.

—Dile que de la vuelta, para volver a pasar por el mismo sitio, Bunker.

Bajo la amenaza de las pistolas, el segundo piloto tuvo que obedecer, trazando una amplia curva. King se apresuró a abrir la portezuela del avión, mientras daba sus últimas instrucciones:

—Yo me tiraré el primero, para esperaros abajo. En la vuelta siguiente te tiras tú, Joe, en compañía de Gunter. Si le ves vacilar, le pegas un tiro. Bunker y Larry serán los últimos en arrojararse con los paracaídas.

Tras un gesto de asentimiento de sus secuaces, el jefe del grupo se lanzó al espacio, cuando el avión pasaba a unos centenares de metros por encima del centro del prado. Robert tuvo la seguridad de que no era la primera vez que se tiraba en paracaídas. Con entera serenidad dejó transcurrir unos segundos antes de abrir el aparato. Luego, mientras trazaba una amplia curva, volando por encima de la orilla del Hudson, le vieron descender pausadamente, hasta tomar tierra. Tres o cuatro individuos corrieron entonces a su lado para ayudarle a desprenderse del paracaídas.

—Ahora, tú conmigo —gruñó Joe—. No olvides que llevo una pistola en la mano y que, incluso desde el aire, te estaré apuntando...

Robert comprendía que estaba en el momento más apurado de su vida. Si se lanzaba al espacio caería, indefectiblemente, en manos de unos enemigos despiadados, que le eliminarían una vez que le hubiera hecho decir cuánto pudiera interesarles o convencerse de que no hablaría de ninguna de las maneras. Tenía que hallar un medio de salvación y encontrarlo en aquel mismo lugar, antes de

abandonar el avión.

Llegaban de nuevo al centro del extenso prado. Amenazador y autoritario, Joe ordenó:

—Salta ya o...

Gunter comprendió llegada la hora de la acción. Toda su aparente pasividad y resignación de los minutos precedentes, se transformó en acción violenta y febril. Con movimiento rápido extendió la mano derecha, cogió a Joe del cuello y, antes de que tuviese tiempo a disparar la pistola que empuñaba, le había hecho cruzar la portezuela, lanzándole al vacío. Desconcertado por la inesperada agresión, el forajido debió tardar unos segundos en recuperar el dominio de sus nervios, porque sólo abrió el paracaídas cuando estaba a cien metros del suelo, chocando con violencia al llegar a tierra.

Robert no perdió tiempo en mirarle, naturalmente. Quedaban dos enemigos en el avión y sabía que no vacilarían en matarle, si les daba oportunidad de hacerlo. A dos pasos de distancia estaba Larry con una pistola en la mano. Al ver lo ocurrido a su compañero, lanzó un grito de rabia y apretó el gatillo. Por fortuna para Gunter estaba un poco nervioso y el balazo pasó rozando la cabeza de su contrincante. Quiso volver a disparar, pero entonces ya fue demasiado tarde. Como garfios de hierro, los dedos de Robert se cerraron en torno al brazo derecho de su enemigo, retorciéndoselo con salvaje violencia hasta obligarle a soltar el arma.

Pero Larry no estaba dispuesto a darse fácilmente por vencido. Era un individuo corpulento y duro. Si tuvo que soltar la pistola al sentir chascar el hueso del brazo derecho, si experimentó un dolor agudo capaz de hundir el ánimo de cualquier otro, estaba decidido a seguir luchando. Levantó el pie izquierdo, asestando un formidable puntapié en el vientre de su contrincante, que retrocedió tambaleante y medio inconsciente hasta tropezar con el borde mismo de la portezuela. De haber procedido entonces con un mínimo de serenidad, pudo inclinarse a recoger la pistola, para acribillar a su enemigo o apartarse a un lado, para dejar que Bunker, que acudía procedente de la cabina de mando del aparato, pudiese terminar con Robert. Por desgracia para él, no hizo ninguna de las dos cosas. Viendo a Gunter tambaleante en el umbral de la portezuela, sólo soñó en terminar de cualquier forma. Agachando la

cabeza embistió contra él, decidido a lanzarle al abismo.

Con la rapidez del rayo, Robert se había recobrado de los efectos del golpe. Con idéntica celeridad advirtió el grave error de Larry al no recoger la pistola perdida. Afianzándose sobre sus pies, esperó la acometida de su adversario. Cuando le tuvo a su lado, hurtó el cuerpo con un ágil quiebro de cintura. A continuación, su puño derecho cayó con la contundencia de una maza sobre la nuca de su enemigo. El golpe tenía la dureza precisa para terminar con un toro. El llamado Larry lanzó un ahogado gemido y quedó vacilante e inconsciente al borde mismo de la portezuela. Bastó un pequeño empujón para lanzarle al vacío. A diferencia de Joe, no pudo recobrar el conocimiento a tiempo para hacer funcionar su paracaídas, y unos segundos después se estrechaba contra el suelo.

—Voy a darte tu merecido —gritó en aquel instante la voz exasperada de Bunker.

Al tiempo de hablar oprimía los gatillos de sus pistolas, sin dejar le avanzar a lo largo del pasillo. Dos balazos silbaron muy cerca de la cabeza de Gunter. Si no lo alcanzaron de lleno fue debido a que el segundo piloto, alarmado por los gritos de los viajeros y el disparo que había hecho Larry momentos antes, oprimió, nervioso, la palanca de altura y el avión pegó un salto, remontándose en los aires.

De todas formas, y aunque Gunter se tiró sin vacilaciones al suelo para recoger el arma perdida por su anterior contrincante, su vida hubiera llegado allí a su final de no ser por la inesperada intervención del radiotelegrafista. Nadie había demostrado mayor temor que él en los minutos precedentes; nadie, tampoco, reaccionó con tanta decisión y oportunidad en el instante crítico. Fallados sus primeros disparos, Bunker se disponía a seguir disparando antes de que Robert pudiera contestar en forma semejante. Estaba en aquel momento junto al radiotelegrafista, volviéndole la espalda, y a éste no se le ocurrió mejor cosa que pegarle un violento empujón.

Era hombre de escasas fuerzas y no fue mucho el daño que su empujón ocasionó al forajido. Con todo, le hizo dar dos traspiés y caerse casi sobre una de las butacas, encima de una viajera. Se repuso con rapidez vertiginosa, incorporándose, dispuesto a matar a Robert primero y a quién le había empujado después. Pero había perdido tres segundos y de aquellos segundos iba a depender su

vida.

Gunter aprovechó magníficamente una ayuda tan inesperada como providencial. Pudo coger la pistola perdida por Larry. No perdió el tiempo en incorporarse ni en formular inútiles advertencias. Desde el suelo mismo tiró contra Bunker. El primer balazo se lo metió en el pecho. El individuo lanzó un grito de dolor y quedó en el centro del pasillo, vacilando sobre sus pies, con un gesto de estupor en el semblante, pero sin soltar las pistolas. Robert tuvo la impresión de que estaba tan malherido, que no podría ser un peligro. No quiso correr riesgos innecesarios. Volvió a disparar, apuntando ahora a la cabeza. Alcanzado en mitad de la frente, Bunker se derrumbó como res apuntillada, muerto antes incluso de llegar al suelo.

La caída del último de los asaltantes fue seguida de un terrible alboroto en el interior del aparato. Todos los viajeros, silenciosos y amedrentados hasta entonces, hablaban a un tiempo, produciendo una algarabía sin límites. El que no perdió la serenidad ni la cabeza fue Robert. Inclínándose sobre Bunker, una simple mirada le bastó para comprobar que estaba muerto. El radiotelegrafista, que hacía lo mismo con el piloto alcanzado por los balazos de King, advirtió que, aunque herido de gravedad, todavía alentaba. Gunter logró imponerse, gritando:

—Vuelvan todos a sus asientos y procuren conservar la calma. ¿Hay algún médico entre ustedes?

Había uno, por fortuna. Robert le pidió que curase de la mejor manera posible al pobre piloto, mientras llegaban a Nueva York.

—Pero ¿es que vamos a Nueva York? —pregunto el segundo piloto, que por indicación de Robert había vuelto a tomar los mandos del avión—... ¿No sería mejor aterrizar en Albany? Está más cerca y...

—Sólo nos ahorraríamos diez o quince minutos —repuso, con firmeza, Gunter. Luego, señalando a lo lejos dos automóviles que se ponían en marcha a toda velocidad, añadió—: De cualquier forma, llegaríamos tarde para poder atrapar a esos forajidos.

El segundó piloto acabó dándole la razón, esencialmente cuando Gunter se dio a conocer y anunció que en el propio aeródromo le estaba esperando el inspector jefe Warren. Abandonando el lugar de la tragedia, el avión siguió el curso del Hudson con dirección a

Nueva York. Mientras, el radiotelegrafista examinaba el estado en que los golpes de Larry habían dejado su aparato transmisor. Desolado, anunció:

—Imposible enviar o recibir el menor mensaje.

En tanto que el médico atendía al piloto herido y los pasajeros ocupaban de nuevo sus butacas, Robert registró con todo detenimiento las ropas del forajido muerto. No fue eran cosa lo que encontró: unos billetes de cien dólares, un pasaje a su nombre, entre Terranova y Nueva York, y diversos documentos de identidad. Suficiente para acreditar que el interesado se llamaba realmente Albert Bunker, tenía treinta y cuatro años y era natural de St. Louis (Missouri), pero absolutamente nada que diera la menor pista acerca de quiénes fueron los organizadores del golpe frustrado.

No tuvo demasiado tiempo para pensar en ello. Pronto apareció en el horizonte la ingente masa de edificios que integran la gran urbe americana, cubriendo por entero la isla de Manhattan y desparramándose por ambas orillas del Hudson y del East River. El aparato comenzó a perder altura. Minutos después volaban por encima del inmenso aeropuerto de La Guardia, y con perfecta normalidad, y el «Constellation» se posaba suavemente en una de las pistas. Al detenerse el avión, y mientras colocaban la escalera para descender, Gunter indicó, tanto a la tripulación como a los pasajeros del avión:

—No salga ninguno del aeródromo antes de ser interrogado por la Policía. Será preciso hacer algunas averiguaciones. De cualquier forma, tengan la seguridad de que no les molestarán sino breves minutos.

Al abrir la portezuela para salir del avión pudo ver a Warren, seguido de cuatro o cinco hombres, con aire inconfundible de agentes de la autoridad, corriendo hacia el aparato. Cuando estuvieron a su lado, Gunter comprendió los motivos de su prisa y de la ansiedad que reflejaban sus rostros.

—Hace media hora que estaba tratando de ponerme en comunicación contigo. Desgraciadamente, nadie respondía a nuestras llamadas. Sabíamos que el aparato había pasado normalmente sobre Boston, pero después no hubo forma de localizarlo. ¿Ha ocurrido algo?

En pocas palabras, Robert contó lo sucedido. Warren le escuchó

con el ceño fruncido, aunque sin demostrar un asombro excesivo. Al final comentó:

—Ha sido culpa mía que te cogieran desprevenido. Debí prevenirte por anticipado.

—¿Sabías, acaso, que los terroristas europeos tendrían tanto interés en impedirme llegar a Nueva York?

—No creo que sean los individuos a quienes te refieres, sino otros cien veces más peligrosos.

—¿Los que secuestraron al joven O'Brien?

—Los mismos. Ya veo, por tu asombro, que supones que se trata de una banda de «gángsters» vulgar y corriente. Desecha esa idea. Lo ocurrido en el avión demuestra que son gente bien organizada y dispuesta a todo. Lo que no tardarás en saber colmará tu asombro.

No quiso añadir más por el momento, pese a las preguntas de Gunter. Volviéndose a uno de sus acompañantes, le dijo:

—Encárguese de este asunto, Marquand. Actúe de acuerdo con la Policía Metropolitana. Interrogue a los pasajeros, saque las huellas dactilares del muerto y mande aviso inmediato a Albany. Procure poner en claro todo... aunque me temo mucho que no consiga saber absolutamente nada.

Luego, cogiendo del brazo a Gunter, añadió:

—Vámonos rápidos. Si continuamos aquí, nuestra vida correrá el mayor de los peligros.

Cada vez más asombrado, Robert le siguió sin responder palabra. Antes de salir del aeródromo, Warren corrió a un teléfono público. Marcó un número y Gunter le oyó decir:

—Soy el mismo que le habló hace dos horas. Ha habido un pequeño cambio. No le espero en mi despacho, sino en el
Ciro's,

a las siete y media de la tarde. Estaré en el reservado número tres de la planta baja.

Como Gunter no ignoraba, el
Ciro's

era un discreto restaurante de Brooklyn, en el extremo opuesto de Nueva York. Miró su reloj. Eran más de las seis. Teniendo que atravesar todo el centro de la ciudad, con las calles atestadas de tráfico, no les sobraría demasiado tiempo si tenían que ir antes a la

oficina de Warren para cambiar impresiones y redactar su informe.

—El informe puede esperar —le dijo el inspector jefe, obligándole a entrar en un coche—. Vamos al

Ciro's,

pero antes daremos algunos rodeos.

—¿Rodeos? ¿Para qué?

—Para comprobar si nos siguen, en primer lugar. En cualquier caso, para procurar despistar a quienes vengan detrás de nosotros.

Que sus palabras respondían a la verdad lo demostró cumplidamente tan pronto como el coche se puso en marcha, mirando atentamente por la ventanilla posterior y examinando con toda detenimiento los automóviles con que se cruzaban en el camino. Gunter pudo advertir algo todavía más sorprendente: que Warren no sacaba la mano del bolsillo derecho de la americana, donde era fácil advertir el bulto de una pistola automática.

Robert no podía ocultar su asombro. Conocía sobradamente el temple de su acompañante, demostrado en cien ocasiones diferentes, para atribuir su actitud a un ataque de terror pánico. Pero ¿qué podía inquietar de tal manera a un hombre como Joseph Warren, que había ganado a pulso el puesto que ocupaba, enfrentándose a balazo limpio con los más famosos «gángsters» de la época de la prohibición sin que le temblase jamás el pulso? ¿Qué podía temer, siendo inspector jefe de la más poderosa organización policíaca del mundo, en la que abundaban los hombres audaces con un absoluto desprecio por la muerte y teniendo tras de sí toda la fuerza del Estado y la ley? ¿Qué riesgos podían amenazarle a media tarde y en la mayor de las ciudades de América? Pese al respeto que su jefe le inspiraba, acabó preguntándoselo. Con una sonrisa, Warren replicó:

—No tardarás en saberlo por ti mismo. Pero ten mucho cuidado, procura no apartar demasiado la mano de la culata de la pistola o acaso te cacen antes de darte cuenta del peligro que te amenaza.

—¿Tan grande es como para poner nervioso al inspector jefe Warren? —preguntó, con cierta ironía, Gunter.

—Sí. ¿Quieres un dato? Pues te lo daré. Roger

O'Brien,

el famoso millonario, no sale de su casa hace quince días. Vive en un hotel aislado; todos sus criados son de confianza; veinte policías

vigilan el edificio y sus alrededores sin permitir la entrada a ningún sospechoso. Sin embargo, temo mucho que su vida no se prolongue más de dos o tres semanas. ¿Qué te parece?

—Increíble.

—Lo es. Todo resulta increíble en este asunto. Pero ¿hubieses creído por anticipado que cuatro individuos trataran de apoderarse del avión en que viajabas para secuestrarte en pleno vuelo? Yo también me he resistido durante semanas enteras a creer cosas que hoy tengo que admitir un poco a pesar mío. Ahora, cuando hablemos con Grover Tilden...

—¿Dónde está? ¿En la cárcel?

—No. En libertad completa y a punto de ganarse cien mil dólares.

Aunque ya Gunter empezaba a estar curado de asombros, no pudo por menos de expresar con un gruñido su sorpresa. ¿Cómo era posible que un individuo, del que se tenía la plena seguridad de haber intervenido en el secuestro del joven

O'Brien,

siguiera en libertad e incluso se le hubiese ofrecido un premio cuantioso? ¿No podía ser el jefe de la misteriosa organización que tanto inquietaba a Warren?

—De ninguna manera. Tilden no pasa de ser un simple auxiliar. Pude encerrarle y preferí no hacerlo. Hablé con él con absoluta claridad, poniendo las cartas sobre la mesa. Le di a elegir entre ayudarnos a descubrir al individuo a quién sería o ir de cabeza a Sing-Sing.

Optó por lo primero, naturalmente.

—¿Y te dio el nombre y las señas del tipo que te interesaba?

—Desgraciadamente, no, porque lo desconocía él mismo. Pero es posible que lo haya averiguado desde entonces y que hoy nos proporcione la clave que sirva para descubrir el enigma.

La curiosidad de Gunter aumentaba por instantes. Hubiera querido saberlo todo inmediatamente. Quién pagaba aquella organización, qué finalidades perseguía, cuáles eran sus procedimientos, qué datos tenía de su actuación el inspector Warren. Tras mirar nuevamente por la ventanilla posterior, para convencerse de que no eran perseguidos, su acompañante repuso:

—No creo que nadie —y al decir nadie me refiero a las grandes

potencias y a los diversos grupos políticos, religiosos, económicos o raciales— sufrague los gastos cuantiosos de esa organización criminal. Ella misma nutre su presupuesto por medio de golpes audaces. El caso de

O'Brien

no es único.

Había estudiado a fondo el problema. Tenía la impresión de que más de una cincuentena de hechos criminales perpetrados en los últimos meses obedecían a una misma dirección. En general, procuraban que sus actos pasaran inadvertidos para la Policía, actuando sobre sus víctimas por medio del chantaje. Sin embargo, no vacilaban en recurrir al secuestro o al asesinato para lograr sus fines. Y ni siquiera desdeñaban los atracos audaces, perpetrados en pleno día, cuando la cantidad lo merecía.

—En alguna ocasión, la Policía detuvo a varios de los autores materiales. No logramos sacarles nada en limpio. Hablaron de un jefe misterioso, cuya verdadera personalidad desconocían. Y, por asombroso que te parezca, tengo el convencimiento de que decían la verdad.

Eran simples brazos ejecutores, que cumplían disciplinadamente las órdenes recibidas. En la mayoría de los casos, tipos indeseables con nada recomendables antecedentes.

—Para ellos, el dinero era el único fin. Para su jefe, en cambio...

—¿Qué persigue su jefe?

Warren pareció meditar un instante. Luego dejó caer lentamente sus palabras:

—¡El dominio del mundo!

Pese a la seriedad con que hablaba el inspector, Gunter no pudo dominar una carcajada. Warren comentó:

—Comprendo tu risa, Robert. Yo también me reí cuando Tilden me lo dijo. Ahora ya no me río. Parece el objetivo de un loco. Pero ese loco es tan inteligente y peligroso, que si no cortamos de raíz sus intentos...

—¿Crees que puede conseguir lo que no lograron Alejandro, César, Napoleón o Hitler? —inquirió, con marcada ironía, Gunter.

—No lo sé. Pero sí que puede costar millones de cadáveres. A menos, naturalmente, que terminemos con él antes de que lleve adelante sus proyectos. Aunque, desgraciadamente, es más fácil que

sea él quien acabe con nosotros...

II

EN PELIGRO DE MUERTE



L inmenso rascacielos del Northern Central es visible desde cualquier punto de Nueva York. Ocupa una manzana entera en la parte más céntrica de Manhattan, no lejos del East River, dominando con su inmensa mole los alrededores del puerto. Por el día, e incluso en las primeras horas de la noche, semeja una gigantesca colmena. En sus cuarenta y nueva plantas se albergan inmensos almacenes y pequeñas tiendas, dos o tres hoteles y un número incalculable de oficinas y despachos de todas clases. Sus setenta y dos ascensores suben y bajan de manera incesante, y por sus puertas entra y sale a todas horas un verdadero reguero humano; gentes atareadas, presurosas, que

corren de un lado para otro en lucha constante con la tiranía del reloj.

El edificio, construido con fines militares, es sobrio de líneas, sin adornos, con sus ventanas cuadriculadas extendiéndose en filas interminables. Se va estrechando a medida que gana altura, formando inmensas terrazas cada diez plantas, sobre las que se yergue el cuerpo central del rascacielos. El capricho del arquitecto sólo se ha permitido una pirueta: una gigantesca aguja, maciza en apariencia, torpe remedo de las agujas góticas que coronan las viejas catedrales europeas, con una altura de cuatro pisos, que si en su extremo está rematada por la punta aguda de un pararrayos, en su base tiene una anchura no menor de quince metros.

Todo el mundo da por descontado que la famosa aguja, que los barcos divisan desde antes de cruzar el Narrow, tan pronto como llegan a la altura de Coney Island, no pasa de ser un adorno del peor gusto, total y absolutamente inútil. Las escaleras terminan al llegar a la planta cuarenta y nueve; allí finalizan también los ascensores. La inmensa pirámide de brillante pizarra no tiene una sola ventana. Por su parte exterior trepa una escalera de hierro con destino a los obreros encargados de reparar cualquier destrozo; pero incluso los más audaces equilibristas dudarían mucho antes de aventurarse por ella.

Sin embargo, la aguja tenía un extraña inquilino. Una sola vez en su vida, Grover Tilden estuvo allí, aunque no llegase a saber de una manera exacta el punto a que había sido conducido. Fue precisamente en las horas en que el avión de Robert Gunter volaba con rumbo a Nueva York y minutos antes de que recibiera la mayor sorpresa de su vida al sentirse amenazado por Joe, Larry, Bunker y King. A primera hora de la tarde, Grover recibió la orden de presentarse al jefe supremo. Un automóvil cerrado le esperaba a la salida del puente de Brooklyn. Debía penetrar en él y dejarse conducir.

Pese a que la entrevista podía entrañar ciertos riesgos, Tilden experimentó verdadera alegría. Aunque llevaba meses enteros perteneciendo a la organización, pese a que había intervenido en diversos asuntos, todavía desconocía la verdadera identidad del misterioso jefe supremo. Jamás había logrado verle ni habló con él sino en cinco ocasiones distintas, y siempre a través del aparatito de

radio de que le habían provisto. Ahora sabría dónde se escondía y quién era. Se preciaba de ser un magnífico fisionomista, y una vez que viese a su interlocutor, sería capaz de reconocerle entre un millón de personas. Satisfecho, pensó que ya podía considerar como suyos los cien mil dólares prometidos por Warren en nombre del millonario

O'Brien.

Pero sus esperanzas no tardaron en sufrir toda una serie de golpes. El coche que le aguardaba llevaba los cristales pintados de tal manera, que era imposible ver a través de ellos; a su lado tomó asiento un individuo, que no le permitió bajarlos. Una vez en marcha, el automóvil dio vueltas y revueltas, que no bastaron a despistarle por completo. Grover tuvo la seguridad de que no se habían alejado excesivamente y que en ningún instante salieron de la parte central de Manhattan. Al fin, cuando el coche se detuvo y le invitaron a bajar, se halló en una especie de garaje, mal alumbrado, y cuyas puertas de entrada habían sido cerradas con todo cuidado. El tipo que le acompañaba —y que en más de una ocasión le había transmitido órdenes del llamado «Jefe Supremo»— se dirigió a una de las paredes, tocó algún resorte, hizo que se abriese un panel, dejando al descubierto un ascensor, y montó en su compañía. Subieron con velocidad vertiginosa, no menos de treinta o cuarenta pisos. Al detenerse, salió a una especie de sala de espera, donde aguardaban dos individuos enmascarados. Uno de ellos le llevó hacia una puertecilla, frente por frente a la del ascensor, y le abandonó en la entrada, diciendo:

—El «Jefe Supremo» te espera. Contesta a lo que te pregunte, pero no pases del centro de la habitación. Podría costarte la vida.

Grover se encontró en una estancia cuadrada, de diez metros de lado. En las paredes desnudas no se veía una sola ventana. Todo el mobiliario consistía en una gran mesa, que ocupaba casi todo el fondo de la habitación y sobre la que se veían, aparte de diversos teléfonos y varios aparatitos, que Tilden supuso de radio o televisión, algunos planos y mapas. Detrás había un hombre sentado. Pero por mucho que Tilden se esforzó, no llegó a verle con claridad la cara. Se lo impedían dos focos potentes colocados sobre la mesa a la altura del «Jefe Supremo», que si iluminaban perfectamente el centro de la estancia, envolvían en penumbra el

fondo de la habitación. Antes de que Grover lograra salir de la sorpresa que todo aquello le producía, una voz de acentos metálicos llegó con claridad a sus oídos, preguntando en tono autoritario:

—¿Por qué no ha mencionado en sus informes que el inspector jefe Warren estuvo en su despacho hace cinco días?

Reponiéndose con rapidez del asombro que experimentaba, Tilden esbozó una defensa que traía perfectamente meditada. La visita de Warren nada tenía que ver con las actividades de la organización. Se trataba de un trabajo particular que deseaba encomendar a su agencia con respecto a los pasos de determinada señorita, acerca de cuya fidelidad...

—De cualquier forma —le interrumpió la voz de acento metálico — ha cometido una falta grave. Al ser nombrado oficial de distrito quedó enterado de sus obligaciones. Ninguno de mis hombres puede trabajar por cuenta propia. Debe informar en el acto de todos sus contactos con los elementos policíacos. Usted no hizo ninguna de las dos cosas.

—Yo le aseguro...

—No asegure nada. Soy yo quien puede hacerlo. Sé que esa pretendida joven no existe más que en su imaginación. También que ayer volvió a entrevistarse con Warren. Medite acerca de lo que le conviene. Mañana necesito un informe exacto, sincero y veraz del tema de sus conversaciones. Caso de no satisfacerme, ya sabe a lo que se expone. Ahora, váyase.

Grover abandonó la estancia con una honda preocupación. Bajó en el ascensor sin hablar palabra y montó en el automóvil, que volvió a dejarle junto al puente de Brooklyn. De allí marchó a su despacho, y tras convencerse de que estaba solo, habló con Warren por teléfono. Necesitaba ponerse a cubierto aquella misma noche, aunque fuera dejándose encerrar en una buena celda.

El «Jefe Supremo» continuó en su extraña habitación, dando órdenes y recibiendo informes. Media hora después de la partida de Grover se encendió, una lucecita, indicadora de que uno de sus subordinados deseaba hablarle. Hizo funcionar una palanquita y ordenó:

—Hable. «Jefe Supremo» escucha.

—Jefe división norte informa a «Jefe Supremo». Golpe del avión «Constellation» fracasado. King se arrojó en paracaídas; miembros

del grupo fallaron intento. Larry resultó muerto y Joe herido. Bunker ha desaparecido. Realizo investigaciones. Informe termina.

Con un gruñido de disgusto, el individuo manipuló en los aparatos. A los pocos segundos llegaba la respuesta a sus llamadas:

—Grupos cuarto y quinto esperan órdenes del «Jefe Supremo».

—«Jefe Supremo» ordena que ambos grupos vayan al aeropuerto de La Guardia a vigilar la llegada del avión procedente de París. Averigüad lo sucedido con Bunker y rescatadlo si aún vive. Vigilad movimientos Robert Gunter e informad. Es una orden.

La orden fue cumplimentada sin tardanza. Una hora más tarde, en respuesta a una pregunta suya, desde la sala de mandos le comunicaban:

—Jefe de grupo cuarto informa Bunker murió en el interior del avión. Su cadáver fue trasladado al depósito para hacerle la autopsia. Investigaciones a cargo del sargento Marquand de la Policía local. Parece totalmente desorientado. De todas formas, se vigilan sus movimientos.

Diez minutos más tarde volvía a funcionar uno de los altavoces para anunciar:

—Jefe grupo quinto informa que Robert Gunter descendió ileso del «Constellation». En el aeropuerto le esperaba el inspector jefe Warren. Juntos salieron del aeródromo en coche «Lincoln» a las seis y veintitrés. Antes, inspector habló por teléfono con Tilden, conviniendo en verse a las siete treinta en el restaurante

Ciro's

Informe termina. Aguarda instrucciones.

Casi al mismo tiempo se encendía una lucecita, indicándole que alguien quería hablarle desde el interior del edificio. Manejó una palanquita y una voz anunció:

—Agente

Tres-L

espera ser recibido por «Jefe Supremo».

—Que suba inmediatamente.

Un instante después, la única puerta de la habitación se abría para dar paso a una mujer. Era joven, elegante, de extraordinaria belleza y finos modales. Se detuvo en el mismo punto en que había permanecido inmóvil Grover Tilden, para escuchar lo que su casi invisible interlocutor pudiera decirle. El llamado «Jefe Supremo»

habló con el mismo acento metálico de antes, pero en sentido diametralmente opuesto:

—Estoy satisfecho de su actuación. Sus informes con respecto a las relaciones entre Tilden y el inspector Warren han resultado exactos. Merece una felicitación y un premio en metálico, que recibirá en la forma acostumbrada —hizo una breve pausa y continuó—: Tengo trabajo para usted esta misma tarde. El inspector Warren, acompañado de un amigo, se encontrará en el restaurante *Ciro's*,

de Brooklyn, antes de las siete y media de la tarde. Acuda allí y procure situarse en una mesa inmediata, para seguir su conversación. En caso de tener que actuar, recibirá allí mismo las correspondientes instrucciones. En cualquier caso tendrá cubiertas las espaldas por los grupos de acción primero y segundo de la división del centro. Es una orden. Vaya inmediatamente.

La mujer asintió con un movimiento de cabeza y se apresuró a salir. Sin pérdida de tiempo, el llamado «Jefe Supremo» habló ante uno de los aparatos que tenía sobre la mesa, diciendo:

—Orden urgente. Grover Tilden se presentará en el *Ciro's*

alrededor de las siete treinta. Grupo sexto, encargado de su vigilancia, debe impedir que pueda hablar con inspector Warren, eliminándole sin peligrosos retrasos. Los grupos tercero y cuarto le cubrirán la retirada en la forma acostumbrada. Necesito informe inmediato del cumplimiento inexcusable de esta orden.

Una vez que hubo recibido confirmación de que la orden había llegado a los interesados, se echó hacia atrás en el sillón y esperó con calma el desarrollo de los acontecimientos.

Con gran sorpresa por parte de Gunter, Warren no le llevó directamente al

Ciro's.

Al llegar a la calle Cuarenta y Tres se apeó del coche, que despidió, penetrando en uno de los bares. No se entretuvo mucho en él, sino que cruzándole sin hablar con nadie ni tomar nada, salió por una puerta que daba a la Tercera Avenida. Allí paró el primer «taxi» que pasaba y montó en unión de Robert, dando la dirección del Wandolf Hotel. Luego, viendo un gesto de asombro en el rostro de su

subordinado, explicó:

—Te he reservado allí unas habitaciones a nombre de Robert Grant. Conviene, en lo posible, qué pases inadvertido. Tememos cinco minutos para que veas tu cuarto, te laves un poco y te cambies de ropa.

Al llegar al hotel despidió el «taxi» y subió con Gunter a sus habitaciones. Constanaban de alcoba y una especie de sala de estar, sitas en la planta quinta del edificio. Mientras su amigo se lavaba, Warren dijo:

—Tengo que encomendarte un trabajo difícil. Acaso si fueses a tu apartamento, recibirías una sorpresa desagradable, porque ya te tuviesen localizado y estuvieran esperándote. Aquí creo que estarás seguro durante un par de días. De cualquier forma, y como medida de precaución, dos agentes de confianza ocupan los cuartos inmediatos. Puedes reclamar ayuda en caso necesario.

—¿Crees que puede ser preciso? —preguntó Robert.

—Espero que no, porque no prolongarás tu estancia aquí demasiado tiempo. De cualquier forma, el «Jefe Supremo» puede descubrirete antes de lo que nos interesa.

—¿El «Jefe Supremo»? —inquirió, sorprendido, su interlocutor—. Y ¿quién es el individuo que ostenta título tan retumbante?

—Daría con gusto diez años de mi vida por saberlo —replicó gravemente Warren—. Acaso sería el mejor negocio, porque podría vivir algunos mis que si no le descubro.

Como el inspector no parecía muy dispuesto a aclarar el significado de sus palabras, Gunter se abstuvo de hacer nuevas preguntas. Se dio buena prisa en cambiarse de ropa, si bien en el nuevo traje guardó, luego de comprobar que estaba en disposición de ser disparada sin la menor demora, una magnífica «*Parabellum*». Luego salió del hotel en compañía de su jefe. Un «taxi» les condujo con rapidez a Brooklyn. Warren, que miraba constantemente por la ventanilla posterior, gruñó, satisfecho:

—Me parece que no nos ha seguido nadie.

A las siete y veinticinco hacían su entrada en el
Ciro's.

Era un restaurante discreto, donde podía comerse bien por un precio moderado. Un pequeño vestíbulo daba acceso a un gran salón decorado con cierto lujo. En torno a la pista de baile se

alineaban las mesas. Al fondo, separados de la sala por grandes biombos, se abrían los distintos reservados. Warren y su amigo cruzaban el salón, cuando Gunter no pudo contener un grito:

—¡Pero si es *madame* Dubois! ¡Qué agradable sorpresa!

Warren arrugó ligeramente el ceño, viendo que una dama se ponía en pie, saludando, desconcertada, a su acompañante. Tendría veintisiete o veintiocho años; era alta, esbelta, aunque de formas rotundas; el pelo, rubio y ensortijado; los ojos, grandes, azules, bordeados por largas pestañas; la nariz, recta; la boca, pequeña; el cutis, blanco, de nacarinas transparencias, y, en conjunto, una de las mujeres más bonitas que el inspector recordaba haber visto en todos los días de su vida.

Hombre observador por naturaleza y temperamento, Warren creyó advertir que a la mujer le contrariaba el encuentro. Si era así, logró dominarse con rapidez y un minuto después parecía tan encantada por el encuentro como el mismo Gunter. El entusiasmo de éste resultaba fácilmente explicable, incluso en horas tan dramáticas como las que estaba viviendo. No obstante, y haciendo un esfuerzo, se despidió de *madame* Dubois, luego de cambiar con ella unas breves palabras de saludo, con la promesa de que procuraría verla más tarde.

Cuando estuvieron en el reservado, Warren, que observó con agrado que Robert había tenido la precaución de no presentarle, preguntó a su amigo por la mujer. Gunter replicó:

—Como habrás visto, es verdaderamente encantadora. Tanto, que anduve enamorado de ella y todavía creo que lo estoy. La conocí en París hace cerca de un año, y tuve ocasión de prestarle un pequeño favor. Fuimos bastante amigos, hasta que desapareció repentinamente. No había vuelto a saber nada de ella hasta esta noche.

Warren expresó en el acto sus recelos. ¿No podía encontrarse allí para vigilarle? ¿No habría venido siguiéndole o precediéndole desde París? ¿No podía estar en relación estrecha con la poderosa organización que obedecía las órdenes del misterioso individuo que se hacía llamar «Jefe Supremo»? Gunter se echó a reír. Alegrementemente, repuso:

—Me parece que empiezas a ver visiones. No creo que *madame* Dubois tenga nada que ver con ninguna organización terrorista. En

cuanto a que haya podido venir buscándome, tengo la seguridad de que el encuentro la sorprendió tanto como a mí. En cualquier caso, ten presente que hace más de seis meses que debió salir de París. Y en aquella época, yo no sabía una sola palabra del asunto

O'Brien,

ni creo que tú mismo te preocupases aún por ese fantástico «Jefe Supremo».

Sus argumentos parecían irrefutables, y Warren asintió con un gruñido. Hablaron de otros temas, tranquilizados con respecto a la dama. Seguramente no lo hubieron estado de saber que un momento después de irse ellos, un «botones» la había indicado que la llamaban por teléfono, y mucho menos de oír lo que un misterioso comunicante la decía:

—Cambio de órdenes. Abandone el

Ciro's,

donde el inspector Warren y su acompañante quedarán bajo la vigilancia de otros agentes. Vaya inmediatamente al Wandolf Hotel, entérese de las habitaciones que ocupa Robert Grant y espere instrucciones. Es orden urgente.

Madame Dubois se apresuró a cumplimentarla sin hacer la menor pregunta. Pagó la cuenta y salió del

Ciro's.

Un instante después estaba en el interior de un «taxi», a cuyo conductor daba la dirección del Wandolf.

Seis minutos después llegaba a la puerta del restaurante otro «taxi». Su ocupante, un hombre de unos cuarenta años, daba claras muestras de inquietud y nerviosismo. El chófer le miró con cierto recelo cuando, al llegar frente al

Ciro's,

le ordenó detenerse. No creía que aquel individuo estuviera en sus cabales. Al montar en el coche, le dio una dirección; luego, otra muy distinta, y por fin, otra, que no era aquélla precisamente. Durante tres cuartos de hora le había hecho estar dando vueltas por Brooklyn. Por el espejo retrovisor pudo advertir que el pasajero miraba constantemente por la ventanilla posterior, como si temiera que alguien le persiguiera. Si no iba huyendo de la Policía, debía estar rematadamente loco. La prueba de que así era la tuvo el conductor en aquel instante. El taxímetro marcaba seis dólares. El

viajero le entregó un billete de diez, diciéndole:

—Quédese con la vuelta.

Luego de mirar receloso a uno y otro lado, abrió la portezuela del coche, saltó a la acera, cerró la portezuela de un golpe y se dirigió con paso rápido, casi a la carrera, hacia la entrada del *Ciro's*.

El chófer le contempló un instante, moviendo pensativo la cabeza. Pero antes de que, ganase la puerta del restaurante ocurrió algo totalmente inesperado.

Por la ventanilla de un automóvil parado junto a la acera, aunque con el motor en marcha, asomó el cañón de una pistola ametralladora.

Se escuchó un tableteo inconfundible. Alcanzado de lleno por una ráfaga, el individuo que había saltado del «taxi» lanzó un alarido agónico, vaciló un instante sobre sus pies y luego cayó de bruces, golpeándose la cara contra el encintado de la acera.

Los disparos produjeron un terrible alboroto. Varios de los transeúntes echaron a correr sin saber exactamente hacia dónde. Tres o cuatro se tiraron al suelo, haciendo creer en un primer instante que eran varias las víctimas. Un guardia de servicio en la esquina inmediata se lanzó sobre el coche donde viajaban los agresores y que en aquel instante se ponía en marcha, pero una nueva ráfaga de ametralladora cortó en seco su avance. Se asomaron algunos curiosos a las ventanas de los edificios próximos, gritaron todos a un tiempo y, cuando la gente quiso recuperar la serenidad, el automóvil desde donde había partido la agresión había doblado por una calle próxima, sin que nadie lograra ver siquiera su matrícula.

Por fortuna, el guardia sólo había sufrido un balazo en el hombro derecho, merced a la rapidez con que se dejó caer al empezar a disparar los forajidos. Cuando el coche desapareció de la calle pudo ponerse en pie y, procurando contener con la mano izquierda la sangre que le brotaba de la herida, se aproximó al lugar en que había caído la primera víctima de la agresión. Uno de los porteros del *Ciro's*

se había inclinado a recogerle, pero se incorporó, diciendo:

—¡No hay nada que hacer! Está muerto.

—No lo toquen, entonces —ordenó el guardia—. Telefoneen inmediatamente a la estación de Policía más próxima.

Se agolparon los curiosos en torno al muerto. Uno de ellos, impulsado por la curiosidad y pese a la prohibición del guardia, le dio la vuelta para verle la cara. El chófer del «taxi» explicaba, con aire nervioso, a cuántos querían oírle:

—Debía esperar algo parecido. Me dio tres o cuatro direcciones distintas y no hacía más que mirar a todos lados, como si temiera que pudieran cazarle. Yo creo que...

El inspector jefe Warren se puso en pie al resonar la primera ráfaga. Sin hablar palabra echó a andar, cuando el estruendo de la segunda descarga llegaba a sus oídos. Gunter le siguió sin vacilaciones. Todos los clientes del restaurante estaban en pie, hablando a gritos; algunos, los más audaces, corrían hacia la puerta. Robert miró, buscando a *madame* Dubois, pero no pudo encontrarla.

Salieron a la calle. En la puerta vieron a un guardia con la guerrera ensangrentada, al que atendían varias personas. A tres metros de distancia, un grupo de curiosos rodeaban el cuerpo de un hombre tendido en tierra. Oyeron decir:

—Fue al apearse del «taxi». Iba a entrar en el
Ciro's,

cuando, desde un coche que escapó inmediatamente, le metieron una ráfaga de ametralladora en el cuerpo...

A codazos se abrieron paso por entre los curiosos. Al ver el rostro del muerto, iluminado por el resplandor del anuncio del restaurante, Warren se estremeció de pies a cabeza. Cogiendo a Gunter del brazo, exclamó en voz apagada:

—¡Dios mío, Grover Tilden!

Miró receloso en torno suyo, como si temiera que alguien le hubiese oído o que cuantos le rodeaban pudieran ser enemigos mortales. Debió ver algo que no acabó de satisfacerle, porque, apretando el brazo de su compañero, susurró:

—No has comentarios ni vaciles. Sígueme.

Apretando con fuerza la culata de la pistola dentro del bolsillo, Gunter marchó tras su jefe. Le vio cruzar la calzada y dirigirse a tres individuos que miraban desde la acera opuesta con aire de absoluta indiferencia. Pero su indiferencia desapareció tan pronto como

divisaron a Warren. Sin hablar palabra entre sí echaron a andar. Con lentitud al principio, a la carrera después. En la esquina próxima, un coche en marcha parecía esperarles. Montaron de un salto. Gunter sacó la pistola para obligarles a detenerse; pero el coche arrancó en el mismo instante a una velocidad endiablada, mientras un balazo silbaba muy cerca de los oídos de Robert.

Gunter no quiso disparar, temeroso de que sus tiros alcanzaran a cualquiera de los muchos coches que llenaban la calle. Con gesto de estupor vio perderse en la lejanía el coche en que marchaban sus enemigos. Warren le indicó:

—Guárdate la pistola y sigue andando. No nos conviene llamar la atención.

—¿No volvemos al
Ciro's?

—¿Para qué? Más importante que recoger los sombreros o pagar la cuenta, es salvar la vida. Y temo mucho que la perdiéramos de regresar. Esos tres individuos no debían estar solos. Probablemente había otros dentro del restaurante. Ya has visto lo que le ocurrió a Tilden y lo que ha estado a punto de sucederte a ti. Porque fue un balazo lo que te rozó la cabeza. Sólo que disparaban con silenciador, para no escandalizar demasiado.

Por espacio de cinco minutos caminaron por la misma calle con los sentidos alerta, mirando en todas las direcciones. De pronto, Warren hizo detenerse un «taxi» y dio en voz baja una dirección al chófer. Montaron y el coche se puso en marcha. Cuando cruzaban el puente de Brooklyn, el inspector, que miraba por la ventanilla posterior, gruñó:

—Juraría que ese «Studebaker» viene tras de nosotros.

Siguiendo la dirección de su mirada, Robert pudo ver un «Studebaker» grande, cerrado, que parecía marchar a su misma velocidad veinte metros detrás. Impetuoso y vehemente, gruñó:

—¡Vamos por ellos! No creo que a balazos puedan con nosotros...

—No —repuso con calma Warren—. Si fuera ese coche solo, quizá pudiéramos vencerles; pero es posible que vengan varios más y nos cosieran a balazos antes de lograr absolutamente nada.

Sacó una tarjeta y, pese al movimiento del coche, escribió unas líneas en ella. Luego, tocando al conductor en la espalda, le dijo:

—Soy el inspector Warren, del
F. B. I.

¿Sabe dónde está la Jefatura de Policía de Manhattan? Bien. Cuando nos deje en la puerta del Wandolf, siga a toda prisa hacia allí. Pregunte por el capitán McLeigh y entréguele esta tarjeta. Tome diez dólares por el servicio. Pero tenga en cuenta que he anotado el número de matrícula del coche. Si no hace lo que le pido, lo pasará mal. ¿Entendido?

Un poco asombrado, el chófer respondió afirmativamente. Siguieron a todo correr. Mirando por la ventanilla posterior, Gunter pudo advertir que el «Studebaker» continuaba tras ellos. Aunque podía acercarse, dada la superior potencialidad de su motor, procuraba mantenerse a la misma distancia.

Llegaron a la entrada del Wandolf. Warren y Gunter se apearon de un salto. Cumpliendo sus instrucciones, el chófer reanudó en el acto la marcha. Sin pérdida de minuto, ambos amigos penetraron en el hotel. A través de una de las ventanas del «*hall*» que daba a la calle, escudriñaron los alrededores, esperando ver lo que hacían los ocupantes del «Studebaker». Con gran sorpresa de ambos, transcurrieron diez largos minutos sin que lo viesan aparecer. Robert murmuró:

—Debíamos estar equivocados. Indudablemente no venían siguiéndonos.

—Opino todo lo contrario —repuso Warren—. Sin duda dejaron el coche a unos metros de distancia, sabiendo que veníamos aquí.

—¿Por eso mandaste la nota al capitán McLeigh?

—Sí. Luego de lo ocurrido a Tilden, no puedo fiarme del teléfono. Ese maldito «Jefe Supremo» parece enterado de cuanto se habla por él.

Tomaron asiento en un extremo del vestíbulo, solitario en aquel instante y envuelto en una suave penumbra. Desde allí dominaban la puerta de entrada. Antes de que cualquier enemigo llegase a descubrirles, podrían manejar sus pistolas. Warren siguió hablando:

—En cierto sentido me alegraría que viniesen tras de nosotros. McLeigh cumplirá mis instrucciones. Dentro de media hora, un cordón policíaco habrá rodeado el hotel, interrogando a cuantos se hallan en los alrededores. Me gustaría coger a algunos. No pierdo la esperanza de que consiguiera hacerles hablar, poniéndome en

camino de frustrar sus planes monstruosos.

Gunter sintió más acentuada que nunca su curiosidad. El asesinato de Tilden y lo cerca que ellos habían estado de correr suerte semejante, demostraba que la organización criminal con la que tenían que habérselas superaba en peligrosidad a cuanto se habían imaginado. Pero ¿podía tomarse en serio la afirmación de Warren de que el dirigente de aquella banda acariciaba la idea insensata de dominar el mundo? ¿De qué medios se proponía servirse para conseguirlo? ¿En qué se apoyaba el inspector jefe para creer semejante locura?

—Fue Tilden el primero en decírmelo —repuso, tras meditar un instante, Warren—. Al oírle me eché a reír, naturalmente. Pero después me dio una serie de datos que me obligaron a meditar seriamente. Aunque un indeseable, Crover no tenía nada de iluso, de tonto o de fantástico. Decidió hablar claro cuando yo le puse en la disyuntiva de hacerlo o de mandarle a la silla eléctrica. Y lo que me dijo resultó del mayor interés.

Aunque se había procurado quitar importancia a lo ocurrido, en los últimos meses se habían producido algunos sucesos graves. Entre ellos figuraban la explosión de una fábrica de municiones en Baltimore, que costó la vida a medio centenar de personas; el hundimiento de un crucero pesado, al chocar contra una mina colocada en la entrada del canal de Panamá, y el bombardeo, por un avión desconocido, de uno de los centros de investigación atómica situado en la parte más agreste de las Catskill Mountains. Dada la tensión internacional, con una guerra fría que amenazaba trocarse en el instante menos pensado en hostilidades abiertas y declaradas, todo el mundo atribuyó lo ocurrido a agentes saboteadores a sueldo de la potencia interesada en destruir a los Estados Unidos.

—Pero Grover estaba seguro de que los tres hechos habían sido perpetrados por secuaces del llamado «Jefe Supremo». ¿Qué perseguía con esto? Encolerizar a la opinión pública y acelerar el estallido de la tercera guerra mundial. Al mismo tiempo, también allá lejos, miles de millas al Este, en el corazón mismo de la potencia rival, se cometían sabotajes parecidos, con la única diferencia de que allí sostenían todos, sin la menor vacilación, que eran obra de los agentes del «imperialismo del dólar».

A medida que se sucedían los actos terroristas crecía la indignación en ambas partes. Unos y otros se acusaban mutuamente. A los motivos de enfrentamiento, que pudieran considerarse naturales, venían a sumarse aquellos otros que eran como la gota de agua que amenazaba desbordar el vaso demasiado lleno. Cada nueva tragedia provocada por manos criminales, era un paso más para hundir al mundo en la sangrienta catástrofe de una horrible contienda. El individuo que las organizaba sonreía satisfecho. Creía que una tercera guerra universal, dado las armas mortíferas de que disponían los futuros adversarios, hundiría a los países civilizados en un terrible caos. Y soñaba con aprovechar el caos para erigir su dominio sobre un mundo de escombros.

—Transmití a Washington la información recogida. Produjo verdadera sensación. Allí se tenían ya noticias de las acusaciones formuladas contra nosotros por los sabotajes perpetrados en la potencia rival. Me ordenaron seguir hasta el final la pista del asunto. Se resisten, naturalmente, a creer cuánto Grover dijo, pero es muy posible que haya en sus palabras más verdad de lo que todos suponemos.

Recordó entonces Gunter algo que, con las emociones que siguieron al intento de secuestro, había casi olvidado: que en una de sus maletas, en lenguaje cifrado como medida elemental de precaución, traía algunos datos interesantes con respecto a la organización de terroristas que había estado persiguiendo en Europa. Se lo dijo a Warren, invitándole a subir a su habitación. El inspector jefe dudó un instante. Al cabo, accedió:

—En cualquier caso, los hombres de McLeigh tardarán todavía quince minutos como mínimo. Tenemos tiempo sobrado para recoger esos papeles.

Tomaron el ascensor para subir hasta la quinta planta. Al salir al pasillo vieron de refilón que una mujer, envuelta en un abrigo lujoso, cuyo cuello levantado le tapaba la cara, descendía con paso rápido por la escalera. Aunque no llegaron a verla de cerca y sólo pusieron en ella sus ojos por espacio de dos segundos, Robert tuvo la extraña impresión de que no le resultaba totalmente desconocida. Mientras caminaba a lo largo del pasillo, se le ocurrió pensar que debía ser *madame* Dubois. Rechazó la idea por inverosímil y no dijo nada a su acompañante.

Gunter abrió la puerta de sus habitaciones, pasaron ambos, volvieron a cerrar con llave y encendieron la luz. Nada hubo en la salita que les llamase la atención. Pero cuando pasaron a la alcoba, Robert lanzó un grito de sorpresa. Una de sus maletas aparecía sobre la cama. Estaba abierta y parte de su contenido diseminado por el suelo. Como un loco rebuscó entre las ropas. La maleta tenía un doble fondo hábilmente disimulado. Los desconocidos habían dado con él. Desolado, gruñó:

—Se han llevado los documentos. Pero ¿quién ha, podido saber dónde estaban y dar con ellos?

—Indudablemente, nuestro buen amigo el «Jefe Supremo» —repuso, preocupado, Warren—. Ahí tienes una nueva prueba de cuánto te decía antes. Ten la seguridad de que...

El repiqueteo del timbre del teléfono le impidió terminar la frase. Con movimiento rápido, Gunter descolgó el auricular. A sus oídos llegó una voz de mujer, con ligero acento extranjero:

—Hasta hace un momento no supe que Grant y Gunter eran una y la misma persona. De haberlo sabido...

—¡*Madame* Dubois! —exclamó, sorprendido, Robert al reconocerla.

—Sí, *madame* Dubois, pero no repita demasiado mi nombre. Quiero hacerle una advertencia. No me interrumpa, porque no me sobra tiempo. ¡Salga inmediatamente de esa habitación si quiere seguir vivo!

—Pero...

—Haga lo que le digo. Salte por la ventana y baje por la escalera de incendios. Si tarda tres minutos, le coserán a balazos igual que a Grover Tilden...

III

TUS HORAS ESTÁN CONTADAS



UNTER oyó el ruido producido por *madame* Dubois al colgar el auricular, cortando la comunicación. En dos palabras contó a Warren el aviso que acababa de recibir, añadiendo:

—Voy creyendo que está de acuerdo con el famoso «Jefe Supremo».

—Es muy posible —comentó Warren—. Pero eso precisamente hace más urgente que sigamos su consejo.

—¿Echando a correr? Me parece vergonzoso. Y más cuando,

según tú, en las habitaciones inmediatas...

—Espera. Convine con los agentes que debían guardarte las espaldas, que estuvieran alerta en todo momento. Bastaría que dieras unos golpes en la pared para que respondieran en el acto. Voy a ver si les ha ocurrido algo.

Salió a la salita y golpeó la pared repetidas veces, sin obtener la menor respuesta. Preocupado, comentó:

—Algo ha tenido que ocurrirles, pero no podemos averiguarlo ahora. Lo mejor es que salgamos por la ventana. Aunque pudiera ser una maniobra para cazarnos con mayor comodidad.

Robert negó con energía. Jacqueline Dubois le estaba agradecida por un gran favor que pudo prestarla en París. Indudablemente, al darle su aviso procuraba saldar su deuda, pese a los riesgos que para ella pudiera entrañar. Warren pareció convencido por sus argumentos. Procedió entonces con rapidez. Apagó todas las luces, abrió la ventana y miró hacia abajo y arriba. No parecía que nadie les estuviera acechando. La escalera de emergencia para caso de incendios corría pegada a la ventana. No ofrecía la menor dificultad alcanzarla. Ni siquiera quedarse en ella, parapetados en el quicio de la ventana, cubriendo con sus pistolas el interior de la habitación.

—Colócate ahí —dijo a Gunter—. Si de verdad quieren darnos un disgusto, procuraremos que no se vayan de vacío.

No tuvieron que esperar mucho. Apenas habían saltado a la escalera, cuando la puerta de la alcoba que daba al pasillo se abrió de golpe y en el umbral aparecieron tres individuos. Traían las pistolas en la mano y parecieron sorprendidos al encontrarse con todas las luces apagadas. Uno de ellos, sin embargo, avanzó con resolución, exigiendo, amenazador:

—¡Entréguense antes de que les cosamos a balazos!

El silencio que respondió a sus palabras debió aumentar el nerviosismo de los intrusos. Penetrando con rapidez en la alcoba, miraron con desconfianza en todas las direcciones. De pronto, uno de ellos vio algo sospechoso en la ventana. Sin pensarlo dos veces disparó en aquella dirección. Aunque tiraba con silenciador, el silbido del plomo indicó a Gunter que no se trataba de una simple amenaza.

Respondió en idéntica forma, aunque el estruendo de su disparo fue cien veces superior al de su enemigo. También resultó mucho

más eficaz. El forajido lanzó un grito de dolor y corrió vacilante hasta ganar la puerta de la habitación, saliendo al pasillo, donde cayó muerto. Sus compañeros entraron en funciones inmediatamente. Manejaron con resolución sus pistolas y varios balazos vinieron a clavarse contra, el marco de la ventana o a destrozarse los levantados cristales.

Gunter y Warren tiraban sin dudas ni vacilaciones también. Desgraciadamente, el interior de la habitación estaba en sombras; sus enemigos, tirados posiblemente en el suelo o parapetados tras los muebles, resultaban prácticamente invisibles, y en cambio, ellos ofrecían un buen blanco, dada la iluminación de la calle, cuando tenían que asomarse para disparar. Al cabo de unos segundos de lucha, el inspector jefe gruñó al oído de su acompañante:

—Si continuamos aquí acabarán cazándonos.

El peligro no tardó en acentuarse considerablemente. Por una ventana, del mismo piso asomaba un individuo, que comenzó a tirar contra ellos, cogiéndoles de lado. Un instante después disparaban también dos sujetos, que habían saltado a la escalera de incendios desde la planta séptima.

—Vámonos antes de que sea demasiado tarde.

Tras hacer unos últimos disparos contra el interior de la habitación para contener a sus enemigos, Gunter y Warren iniciaron el descenso. No fue fácil ni cómodo. El número de sus adversarios parecía haberse multiplicado en pocos segundos. Tiraban contra ellos desde varias ventanas a un tiempo. Por la escalera bajaban también, sin dar descanso a sus pistolas, dos hombres. Agarrado con una mano a la barandilla, Robert hacía cada tres o cuatro escalones un breve alto para contestar al fuego de sus contrarios.

Llegaban a la altura de la tercera planta, cuando Warren lanzó un grito de dolor y vaciló un instante sobre sus pies. De un súbito salto, Gunter llegó a su lado, para sujetarle y sostenerle. El inspector se repuso con rapidez. Aunque el plomo debía haberle atravesado el brazo izquierdo, aún podía manejar la pistola con la mano derecha. Hacía falta, porque sus enemigos se les echaban materialmente encima, soltándose su amigo, gruñó:

—¡Cuidado con éstos, Robert! Pueden alcanzarnos en cualquier instante.

Que la advertencia estaba más que fundada, pudo comprobarlo

Gunter al sentir rebotar varias onzas de plomo en el hierro de la barandilla a pocos centímetros de su cuerpo. Miró hacia arriba. Los dos individuos que les seguían a tiros estaban a diez metros escasos de distancia, disparando con toda rapidez. Apuntó a su vez con cuidado e hizo fuego. Uno de sus balazos dio en el blanco anhelado. Un grito de agonía desgarró el aire de la noche y un individuo cayó por encima de la barandilla, para ir a estrellarse contra las losas de la acera. El compañero del muerto vaciló un instante. Luego, ganado por el temor, retrocedió apresuradamente.

—¡Deprisa, deprisa! —apremió Warren a su compañero—. Se habrán repuesto antes de diez segundos...

Bajaron con toda la rapidez que les permitían sus piernas. El tiroteo de sus enemigos había disminuido considerablemente. Tan sólo desde allá arriba, desde la ventana de la alcoba de Gunter, seguían tirando contra ellos, aunque era difícil que les alcanzasen entre la maraña de hierros de la escalera.

El estruendo de los disparos había producido una verdadera conmoción. En el interior del hotel, la gente corría alocada en todas las direcciones sin saber lo que sucedía. En la calle, casi se había interrumpido el tráfico. Muchos habían abandonado sus automóviles, para correr a refugiarse en cualquier portal. Algunos hablaban a voces señalando la escalera donde se desarrollaba la dramática contienda. Algunos guardias acudían a la carrera, sacando sus pistolas, dispuestos a intervenir para restablecer el orden.

El alarido estridente de las sirenas de varios coches policíacos vino a sumarse a la confusión reinante. Con estrépito de frenos, dos automóviles se detenían al pie mismo de la escalera cuando Warren bajaba los últimos peldaños. Diez o doce hombres saltaron en el acto de los vehículos, desplegándose en abanico, mirando hacia arriba, en tanto apretaban las culatas de sus pistolas ametralladoras. A su frente aparecía un individuo uniformado. Reconoció en el acto al inspector y corrió a su encuentro, murmurando:

—¡Menos mal que llegamos a tiempo!

Algunos de los policías empezaron a tirar contra los individuos asomados a las ventanas. Varios disparos contestaron a los suyos, pero repentinamente cesó el fuego. Gunter llegaba ya a la altura de Warren y el capitán McLeigh. Oyó que el inspector ordenaba:

—Rodead el edificio del hotel y no dejad escapar a nadie. Hay que interrogar a todo el mundo y detener a los sospechosos, sobre todo cuando lleven armas. ¡Deprisa, capitán!

Tres coches, que llegaban en aquel instante, siguieron hasta la esquina inmediata, doblándola para ganar la entrada principal del Wandolf. Cinco o seis policías, desdeñando el peligro que pudieran correr, subían ya a toda prisa por la escalera, con sus armas a punto. Otros muchos contenían a los curiosos y formaban un cordón en torno al edificio del hotel. Robert indicó a Warren la conveniencia de que fuese a una clínica para curarse. Con un gruñido, el inspector repuso:

—La herida no tiene importancia y puede esperar. Átame un pañuelo para contener, por el momento, la hemorragia. Vamos a ver si conseguimos echar mano a esos individuos...

Acompañado del capitán y de Gunter fue hacia la entrada principal del Wandolf. Quince o veinte policías y agentes uniformados les habían precedido. En el vestíbulo reinaba una confusión espantosa. Tanto los empleados como los clientes parecían presa de un ataque de nervios. Todos hablaban a un tiempo y muchos pretendían ganar la puerta de salida para escapar a la carrera. Dominando el tumulto, el sargento que mandaba el grupo que guardaba la entrada del edificio gritaba:

—¡No puede salir nadie! Conserve la calma, por favor. No les pasará nada.

Utilizando las escaleras y los ascensores, grupos de policías subían a las diversas plantas, especialmente a la quinta, que era la que más les interesaba. Hablando con el capitán, Warren le indicó:

—Sobre todas las cosas busquen a una señora francesa, alta, rubia, guapa, vestida con llamativa elegancia.

—Tenga la seguridad de que daremos con ella —afirmó, convencido, McLeigh.

Desgraciadamente, los hechos no respondieron a sus palabras. Aunque registraron una por una todas las habitaciones del hotel, Jacqueline Dubois no apareció por ninguna parte. La explicación la dio uno de los porteros, afirmando que una mujer, cuyas señas coincidían con las dadas por el inspector, había salido del edificio tres minutos antes de comenzar los tiros.

Más asombroso resultó que hubieran podido escapar casi todos

los agresores. Casi, porque dos de ellos habían resultado muertos en la lucha entablada, y sus cadáveres quedaron abandonados: uno, al pie de la escalera de urgencia, y otro, en el pasillo inmediato a la alcoba que debió ocupar Gunter. Un tercer individuo fue detenido cuando trataba de escapar por la puerta de las cocinas. Negó con energía desde el primer instante toda participación en los sucesos. Pero en el bolsillo llevaba una pistola y tenía antecedentes como delincuente habitual.

—Si nada tienes que ver con la banda, ¿por qué huías?

—Porque llevaba un arma sin licencia y no tenía el menor deseo de ser interrogado por los «bulls»[1].

Su respuesta parecía sincera. Había sufrido dos condenas por robos cometidos en otros tantos hoteles y sería muy difícil que la Policía admitiese que su presencia en el Wandolf no significase la preparación de uno de los golpes que constituían su especialidad, aparte de que la simple tenencia de armas ya implicaba unos meses de condena. El capitán McLeigh expresó claramente su opinión, hablando con Warren:

—Creo que dice la verdad, y no tiene nada que ver con el asunto que nos interesa. Esta vez, el pobre Mike Brown ha tenido mala suerte. Su inoportuna visita al Wandolf va a costarle una temporada de encierro.

—Es posible —repuso, sin mucha convicción, el inspector—. De todas formas, mándele a la Jefatura. Luego iré yo a interrogarle concienzudamente. Pudiera saber mucho más de lo que aparenta.

Mientras seguía el infructuoso registro y los policías interrogaban a huéspedes y empleados del hotel; en tanto se tomaban huellas dactilares y fotografías de los muertos, dos agentes montaron en un coche a Mike, para llevarlo a la Jefatura. Un médico examinó en el vestíbulo del hotel la herida de Warren. Pudo curársela allí mismo. Se trataba de un balazo en sedal, que no afectaba al hueso ni a ningún músculo importante.

—Antes de una semana estará perfectamente curado. Tendrá que llevar vendado el brazo, pero podrá hacer su vida normal.

Warren expresó su satisfacción con un gruñido. Nada le hubiera molestado tanto como tener que permanecer inactivo, ahora precisamente que el trabajo que tenía entre manos requería el máximo dinamismo. Habló brevemente con Gunter. Tan pronto

como terminasen de curarle irían ambos a casa de míster O'Brien.

Quería que Robert se encargase de buscar, como fuera y como fuese, al joven secuestrado, ya que tenía la casi seguridad de que debía encontrarse en Nueva York o sus inmediaciones, a juzgar por cuanto Grover Tilden le había dicho en las dos entrevistas celebradas con él.

—Tengo una gran confianza en ti, desde que trabajamos juntos una temporada en Viena. Aquél fue un asunto difícil, pero éste lo será cien veces más.

Acababan de vendarle el brazo, cuando uno de los policías vino a decirle que le llamaban por teléfono a una de las cabinas del vestíbulo.

—No ha querido decirme su nombre, pero asegura que se trata de un asunto de vital importancia.

Warren acudió a la cabina un tanto sorprendido. A sus oídos llegó una voz dura, de acento metálico, que se expresaba con cierto dejo burlón:

—¡Mala suerte, inspector! Tengo que darle una noticia desagradable. Mike Brown se ha escapado antes de llegar a la Jefatura de Policía de Manhattan.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió Warren en el límite del asombro.

—Tengo los mejores motivos para saberlo. El hecho ocurrió hace cuatro minutos justos. No se molestó en perseguir a Mike; no podrá cogerlo. Tampoco encontrará a *madame* Dubois, por mucho que la busque. Lo he dispuesto así, y mis órdenes se cumplen mucho mejor que las tuyas.

—¡El «Jefe Supremo»! —exclamó Warren, comprendiendo de pronto con quién hablaba.

—¡Acertó, inspector! Tenía de usted, como de todos sus compañeros, un concepto deplorable.

Hoy he variado de manera de pensar. Empieza a interesarme. Por dos veces logró escapármese de entre las manos. Pero no se haga ilusiones. En la lucha entablada tiene que morir uno de los dos. Y yo he decidido que sea usted.

Cortó la comunicación al terminar de hablar, sin dar tiempo a que Warren pudiera contestarle. El inspector dio órdenes inmediatas

para tratar de localizar el teléfono desde donde le habían llamado. Desgraciadamente, todos los esfuerzos fracasaron en pocos minutos. En el último cuarto de hora se habían hecho nada menos que cincuenta llamadas telefónicas al Wandolf desde los puntos más diversos y la central no tenía posibilidad de saber desde dónde fueron hechas ni menos aún distinguir, entre todas, la que interesaba a Warren.

En cambio no tardó en tener plena confirmación algo de lo que el misterioso «Jefe Supremo» había anunciado. Mike Brown se había fugado, efectivamente, antes de llegar a la Jefatura de Policía. A cincuenta metros de ésta, un camión que se interpuso en su camino obligó a detenerse al coche en que era conducido. Casi inmediatamente aparecieron cinco individuos, que, pistola en mano, se impusieron a los dos agentes que custodiaban al detenido. Quitaron las armas a los policías y desaparecieron con el preso antes de que sus adversarios pudieran reaccionar adecuadamente.

El inspector montó en cólera al enterarse. Le indignaba la fuga de Brown, pero más aún que hubiese podido engañarles. Aunque lo que verdaderamente le sacaba de quicio era que su gran enemigo pudiera estar tan enterado de manera tan rápida y exacta de sus menores movimientos.

—Tiene que tener agentes en nuestras propias filas. Pero ni aun así acierto a comprender cómo pueden informarle con tanta celeridad.

La explicación no tardó en llegar de manera totalmente inesperada. Se la trajo Nelson Baring, el agente del

F. B. I.

que estaba al frente de los policías que guardaban la casa de Roger O'Brien.

Habló aparte con Warren y Gunter para comunicarles una noticia del mayor interés: la detención de un tal Peter Swan, ayuda de cámara del propio millonario.

—Hace días que sospechaba de él. Discretamente procuré vigilar sus pasos. Esta tarde le sorprendí en su despacho. Tenía una pitillera en la mano y parecía hablar con ella. Me acerqué con todo sigilo; comprobé que se trataba de un minúsculo aparato transmisor y receptor de radio. Le dejé terminar de hablar. Entonces le golpeé por la espalda, hasta dejarle sin sentido.

Había prohibido que nadie le interrogase hasta regresar en compañía del inspector jefe. Si recobraba el conocimiento antes de su regreso, no debían hablar con él una sola palabra. No quiso ponerse en comunicación telefónica con Warren, temeroso de que la línea tuviese alguna derivación. Prefirió tomar un coche y lanzarse en su búsqueda. En una de las estaciones de Policía le dijeron dónde podía encontrarle.

—He dado instrucciones terminantes para que nadie salga de la casa hasta nuestra vuelta. También para descolgar los aparatos telefónicos y no permitir entrar a ninguna persona. No quiere que la detención de ese individuo trascienda por el momento y creo que es la única manera de conseguirlo.

El inspector jefe dio su inmediata aprobación a las medidas adoptadas por Baring. Luego resolvió:

—Vamos allá inmediatamente. Pero es necesario que nadie sepa dónde vamos.

Habló con el capitán McLeigh, ordenándole que prosiguiera las investigaciones. Afirmó que iba a la Jefatura de Manhattan, donde podían llamarle en caso necesario. Nelson se había traído su coche, que esperaba en la puerta. Era un «Cadillac» casi nuevo, capaz de desarrollar una gran velocidad. Cuando hubieron montado en el automóvil en compañía de Gunter, Warren indicó a Baring:

—Salga a la Cuarta Avenida, simulando que va hacia la Jefatura. Luego tuerza hacia el Oeste, pise el acelerador y a todo correr hacia la casa de O'Brien.

Tú, Robert, vigila con atención por si nos sigue alguien.

Tanto Nelson como Gunter cumplieron al pie de la letra las instrucciones recibidas. Al llegar a la Cuarta Avenida, el automóvil modificó su rumbo, tomando una endiablada velocidad, en franco desafío de todas las regulaciones del tráfico. A todo correr cruzaron Manhattan, atravesaron el Hudson y penetraron en Hoboken. En uno de los barrios más elegantes de dicho distrito vivía el millonario. Habitaba un espléndido palacio de tres plantas, con un extenso jardín a su espalda. Por delante de la puerta paseaban vigilantes dos agentes, que se apresuraron a franquearles la entrada.

—¿Ha vuelto en sí Peter Swan? —inquirió Baring.

—Sí —replicó uno de los agentes—. Parece muy sorprendido al

verse detenido. No hace más que preguntar por su pitillera; pero, siguiendo sus instrucciones, no hemos querido explicarle absolutamente nada.

—¿Vino o salió alguien? ¿Han vigilado bien, para que no tuviese el menor contacto con el exterior?

—Desde luego. Tenga la plena seguridad de que nadie puede estar enterado de lo sucedido.

No parecía existir a este respecto la menor duda. El mismo Roger

O'Brien,

dueño de la casa, se vio imposibilitado de utilizar el teléfono. Cuando le dijeron que su ayuda de cámara había sido detenido, no ocultó su asombro, pero no puso el menor obstáculo a que se cumpliesen a raja tabla las órdenes de Nelson Baring. No intentó ver a Peter, no insistió en hablar por teléfono y aguardó con entera calma el regreso del agente del

F. B. I.

en compañía de sus jefes. Con Warren habló, no obstante, antes de que interrogase al detenido, diciendo:

—Tengo plena confianza en Peter, que lleva tres años a mi servicio; todavía creo en su inocencia. Pero me ha tocado vivir tan extraños episodios en las últimas semanas, que es difícil ya fiarse de nadie. No obstante, espero que se trate de un error, provocado por la tirantez nerviosa en que vivimos en esta casa.

Bastaba ver la cara del millonario para advertir las huellas dejadas por los sufrimientos de aquellos días. Aunque era un hombre de extraordinaria corpulencia, magníficamente conservado, el peligro que corría su vida, el dinero que con amenazas hubo de entregar antes de recurrir a la Policía, y el temor de que su hijo Patrick hubiese muerto o pudiera morir en cualquier instante, habían quebrantado bastante su salud. De todas formas, no estaba muy dispuesto a ceder. Con resolución afirmaba:

—Una vez planteada la lucha, hay que llevarla hasta el final. Así lo hice durante toda mi vida y así lo haré ahora.

Acompañó a Warren, Gunter y Baring a la habitación donde, con las manos esposadas a la espalda y custodiado por tres agentes, se encontraba Peter Swan. Era un hombre de más de cincuenta años, de aire bobalicón y aspecto inofensivo. Parecía muy asombrado y

hacía constantes afirmaciones de inocencia. Cuando Warren empezó a preguntarle, insistió, tercamente, en que nada tenía que ver con la famosa organización criminal. El inspector le apretó, preguntando:

—¿Cómo tenías, entonces, ese aparatito de radio con el que comunicabas con el «Jefe Supremo»?

—Ni sé quién es el «Jefe Supremo» ni sabía que eso —y al decirlo señalaba con un gesto a una cajita de reducidas dimensiones, una especie de pitillera que aparecía sobre la mesa a unos pasos de distancia— fuese un aparato de radio. Hace tres horas que lo encontré en el jardín. Lo traje aquí y lo estaba abriendo, cuando me golpearon por la espalda. Es todo lo que puedo decirles.

No hubo forma de sacarle de aquí. Por espacio de diez minutos, tanto Baring como el inspector jefe trataron, inútilmente, de obligarle a confesar. Swan repetía una y otra vez la misma explicación. Mister

O'Brien,

que asistía silencioso al interrogatorio, comenzaba a dudar, mientras los agentes dudaban más aún de que se lograra poner nada en claro.

Convencido de que no habría manera de sacarle nada, Robert Gunter comenzó por su cuenta a examinar el aparatito. Era un técnico en radio. Durante la guerra formó parte del servicio de transmisiones y creía saber todo lo referente a radiotelegrafía y radiotelefonía. Al abrir la especie de pitillera no pudo contener un gesto de asombro. Era mucho más sencillo y perfecto de cuánto había visto hasta la fecha. Se trataba de un aparato microscópico, alimentado por una pila de reducidísimas proporciones. En su interior podían verse unas cuantas palanquitas. Un poco instintivamente comenzó a manipular con ellas. De pronto, le sobresaltó escuchando un pequeño zumbido. Prestó redoblada atención, y segundos después, llegaban claramente a oídos de todos los presentes unas palabras, tan inesperadas como sorprendentes. A través del aparato hablaba una voz de acento nasal, diciendo:

—Comandancia división del centro al habla. Jefe de grupo segundo en falta. ¿Por qué no transmite ningún mensaje desde hace una hora? Sabemos que inspector jefe Warren y agente Gunter se encuentran en la casa. ¿Por qué no informa inmediatamente?

Esperamos explicaciones. Jefe de grupo debe dar inmediato cumplimiento a la orden urgente número siete.

Dando muestras de extraordinaria agitación, Peter Swan se incorporó en su asiento y pretendió acercarse al aparato. Baring se lo impidió, cogiéndole de un brazo al tiempo que le tapaba la boca con la mano derecha, para que no pudiese lanzar el menor grito. El detenido forcejeó con él por espacio de unos segundos. Temeroso de que el pequeño alboroto producido pudiese ser captado desde la llamada comandancia de la división del Centro, Robert cortó la comunicación, haciendo funcionar una de las palanquitas.

Ayudado por uno de los agentes, Baring consiguió al cabo reducir a Swan, obligándole a volver a su asiento. Inmediatamente reanudó el interrogatorio, pero transcurrieron quince minutos sin que consiguiera nada. El detenido no se atrevía ya a sostener que había encontrado el aparato en el jardín. Comprendía que su intento de aproximarse, con intenciones de decir algo, había descubierto su verdadera personalidad. De su rostro había desaparecido el aire estúpido que tenía un rato antes, para dejar paso a una expresión de terror. Miraba a todos con ojos asustados, como bestia acorralada que considera cercano su final. Por un momento, tanto el inspector jefe como sus acompañantes pudieron pensar que el miedo era consecuencia directa de verse cogido en las mallas de la ley. Warren llegó a decirle en tono persuasivo:

—Tu situación no tiene nada de halagüeña. Si te empeñas en callar, es muy posible que te carguemos todos los crímenes cometidos por la banda y vayas a la silla eléctrica. Pero si decides «cantar», te doy mi palabra de honor de ponerte en libertad sin que te ocurra absolutamente nada.

Swan pareció meditar por espacio de dos minutos la extraña proposición. Al cabo la rechazó de plano:

—Si callo es posible que me encierren, pero también que no falte quien me abra las puertas de la prisión. En definitiva, no tienen la menor prueba de que haya participado en un solo crimen. Si hablase, en cambio, tengo la plena seguridad de que moriría antes de cuatro horas...

Robert Gunter tuvo la clara impresión de que decía la verdad de lo que sentía. Comprendió que, por mucho que le apretasen, no sería posible hacerle hablar en presencia de seis personas. Y menos

cuando abrigaba la esperanza de que los agentes de la autoridad no se extralimitarían en sus funciones. Concibió un plan. Hablando aparte con Warren, le indicó:

—Si me dejas hablar a solas con él, interrogarle a mi manera, creo que lograré desatarle la lengua. Acaso sean un poco brutales los procedimientos que emplee, pero no podemos dejarnos llevar por sentimentalismos.

Al inspector jefe le repugnaban los métodos de convicción a que aludía Gunter. Sin embargo, aquél era un caso en el que todo estaba plenamente justificado. Acabó accediendo. Dio orden para que todos, con excepción de Robert y el detenido, pasaran a la habitación inmediata. Al salir, él mismo, procuró intimidar a Swan, diciendo a Robert:

—Haz todo lo preciso para que «cante». Si insiste en callar, no vaciles en matarle. Un poco antes o un poco después...

Cuando todos hubieron salido y luego de cerrar las puertas, Gunter procedió con rapidez. En primer término aseguró al detenido, para impedirle hacer ningún movimiento, poniéndole otras esposas en los tobillos y sujetándole al sillón. Luego habló con él en tono duro y amenazador:

—Ya oíste lo que dijo el inspector Warren. Ten la seguridad de que no me detendré por nada. Es posible, como dijiste antes, que si hablas te maten antes de cuatro horas; pero es seguro que si callas morirás antes de dos, aunque esas dos horas te parezcan dos siglos de sufrimientos.

Hizo una pequeña pausa, mirando al detenido. Peter Swan sudaba copiosamente; en sus ojos se leía un terror desesperado, proseguía callado. Gunter prosiguió:

—Lo que vas a decirnos tiene para nosotros el mayor interés. Puede salvar la vida a centenares de personas, entre las que nos contamos nosotros. Tendrás que decirlo, aunque haya de arrancarte la vida en medio de horribles torturas. Y no supongas que puede pasarnos nada. Diremos que tuvimos que matarte al pretender escapar, y nadie dudará de nuestras palabras. Ahora tú verás si quieres seguir callando.

Aguardó un instante. Luego, viendo que Swan no parecía dispuesto a cambiar de actitud, actuó sin contemplaciones. Con movimiento rápido le quitó el zapato y el calcetín del pie izquierdo.

Luego, yendo a la chimenea, que estaba encendida, cogió con una badila una de las brasas, volviendo con ella al lado del detenido.

—Voy a empezar por quemarte la planta del pie. Gritarás mucho, naturalmente, pero nadie acudirá en tu auxilio... Si persistes en tu silencio seguiré quemándote vivo. Al final, cuando me convenza de que no quieres hablar, te meteré un balazo en la cabeza: Pero antes...

Mientras hablaba colocó la brasa contra el pie izquierdo de Swan. El preso lanzó un verdadero alarido, tratando desesperadamente de apartar el pie, cosa que no pudo conseguir por tenerlo bien sujeto a la pata del pesado sillón. Al cabo de un minuto, cuando la brasa había producido una extensa quemadura, Gunter la separó, diciendo a Swan:

—Ya ves que no amenazo en balde. Tú decidirás si te conviene hablar. En caso contrario continúo.

Dejó transcurrir un par de minutos, observando la lucha que el preso sostenía consigo mismo. Al cabo, viendo que no rompía su mutismo, añadió:

—Está bien, amigo. Continuaré. Tú dirás cuándo tienes bastante...

Swan tembló de pies a cabeza. Con un gemido de angustia imploró:

—¡No siga, no siga! Hablaré. Diré todo lo que quiera.

Robert sonrió, satisfecho. Su treta daba resultado. Había sido de una terrible violencia tener que torturar a un hombre, pero se alegraba de haberlo hecho. Merced a su brutalidad iba a descorrer el velo que envolvía a la terrible organización. Abordó desde el principio lo que más le interesaba:

—¿Quién es el individuo que se hace llamar «Jefe Supremo»?

Tras una ligera vacilación, Swan habló, poniendo en sus palabras un acento de profunda sinceridad:

—No lo sé. Jamás le vi ni hablé directamente con él. Como jefe de grupo, dependía del jefe de distrito, y éste, a su vez, del jefe de división. Supongo, aunque no tengo la certidumbre, que los comandantes de las distintas divisiones están en contacto con el hombre que dirige la organización.

—¿Cuántas divisiones hay?

—Lo ignoro. En Nueva York hay tres, por lo menos. Tengo

entendido que existen otras muchas en diversos puntos de la Unión e incluso en el extranjero.

Aunque decía cuánto sabía, sus datos resultaban un tanto vagos e inconcretos. De todas formas, se advertía la potencialidad de la organización y el talento diabólico del hombre que la dirigía sin dejar jamás el menor cabo suelto, procurando incluso que sus secuaces no se conocieran entre sí. Hacía más de un año que Peter Swan formaba en sus filas. Participó en algunos golpes aislados de reducida importancia. Su intervención activa comenzó cuando el «Jefe Supremo» puso sus ojos en la fortuna de Roger

O'Brien.

A su hijo lo secuestraron en París, con objeto de irle sacando con amenazas grandes sumas de dinero, pero sin pensar en asesinarle.

—Se cambiaron los proyectos cuando hace poco conocí la existencia de un testamento en que el viejo legaba toda su fortuna al joven Patrick. Ahora quieren matar a míster

O'Brien,

para quedarse con su dinero. Le matarán. Hay veinte agentes protegiéndole, pero le coserán a balazos. Y nada me extrañaría que fuese uno de los policías quién se encargara del trabajo. El «Jefe Supremo» tiene auxiliares en todas partes.

Parecía interesado en seguir por aquel camino, pero a Gunter le corrían más prisa otros informes. ¿Cuántos hombres componían cada división? ¿Qué armamento tenían? ¿Cómo se llamaban los jefes con quienes directamente se entendía Swan? Desgraciadamente, el preso no estaba en condiciones de responder. Suponía que la división debía estar integrada por un centenar de hombres. Disponían de ametralladoras ligeras, de explosivos de extraordinaria potencialidad y de algunas armas ultramodernas, cuyo alcance no conocía. Tampoco podía dar muchos nombres. Los miembros de la organización utilizaban para reconocerse contraseñas que se cambiaban con frecuencia.

—Todos los jefes de grupo disponen de aparatos de radio parecidos al mío. Por ellos reciben, a horas determinadas, las órdenes oportunas. Tienen que informar, a su vez, a la comandancia de la división de las misiones que les son encomendadas. Pero ninguno sabe de una manera exacta dónde está su comandancia ni, menos aún, en qué punto puede encontrarse el «Jefe Supremo».

Todos tenían instrucciones concretas para estropear los aparatos en caso de verse en peligro. El cerebro de la organización concedía, al parecer, un valor extraordinario a las supuestas pitilleras de que iban provistos sus hombres. Lo tenía, en efecto, ya que le permitían estar en contacto con todos ellos en cualquier instante. Cuando deseaba hablar con cualquiera, el aparatito producía un ruido muy ligero.

—Bien. ¿Dónde tienen al joven Patrick?

—En Nueva York, desde luego —replicó en el acto Swan—. No conozco el lugar exacto. Sin embargo, juraría que debe ser en Manhattan, en las proximidades del rascacielos del Northern Central. Le vi una vez allí cerca en el interior de un coche cerrado. Parece que hay una empresa, la Import and Export Company, que...

Las luces se apagaron de pronto. Gunter se volvió al oír abrirse una puerta. Confusamente le pareció ver la silueta de un hombre. No pudo precisar demasiado por la oscuridad reinante y porque inmediatamente empezaron los tiros. Sintió una bala silbar muy cerca de su cabeza, y se tiró al suelo, empuñando la pistola para responder a balazo limpio. Pero antes de que lograra hacerlo, oyó a su espalda un grito de agonía, la puerta tornó a cerrarse y oyó pasos precipitados que se alejaban.

Warren, Baring, míster

O'Brien

y varios agentes entraron precipitadamente por la otra puerta de la habitación. Dos de los agentes traían lámparas de bolsillo. Los demás empuñaban las pistolas. Todos acudían alarmados, preguntando a gritos por lo sucedido.

Sin contestar a sus preguntas, Gunter se incorporó corriendo hacia la puerta desde donde habían sido hechos los disparos. Estaba cerrada por fuera. Mientras forcejeaba, Baring se había acercado a Swan, que permanecía inmóvil, atado en el sillón. Una sola mirada le bastó para ver que no podría seguir hablando.

—Esta muerto —dijo—. Le acertaron de lleno en mitad de la frente.

Hubo unos minutos de confusión antes de que lograsen abrir la puerta y encender de nuevo todas las luces. Pronto averiguaron que el apagón se produjo porque alguien cortó en el ático del edificio los hilos de entrada de la energía eléctrica. Pero más que averiguar

las causas del repentino oscurecimiento, importaba a Gunter y Warren la posible identidad del agresor. Uno de los agentes de servicio en el vestíbulo dio una posible pista al afirmar que, por el pasillo que conducía a la puerta, sólo había visto pasar a Gerald Davies, compañero suyo en las fuerzas de Policía Metropolitana.

—Ése tiene que ser —afirmó Gunter—. Buscadle por toda la casa y traedle aquí.

No se pudo dar con él. Tan sólo se logró saber que abandonó el edificio por la puerta del jardín antes de encenderse las luces, diciendo que llevaba un encargo urgente de Warren. Dieron órdenes de perseguirle inmediatamente, aunque con pocas esperanzas de conseguir detenerle.

Estaban todos en la habitación, contemplando el cadáver del criado muerto, cuando Gunter, que tenía el aparatito de radio en las manos, creyó percibir un ruido sordo. Recordó lo que el preso le había dicho y abrió la supuesta pitillera. A oídos de todos llegó una voz de acento metálico, que decía, en tono entre burlón y amenazador:

—Habla el «Jefe Supremo». El traidor de Swan ha recibido su merecido. Hasta ahora no quise matarte, Gunter. Pero te has cruzado en mi camino; significas un peligro y tus horas están contadas.

Robert se estremeció de pies a cabeza. No por la amenaza lanzada contra él, sino porque tuvo la clara impresión de que la voz que oía no le resultaba totalmente desconocida.

IV

ODIO ENTRE HERMANOS



O fue posible dar con el paradero de Gerald Davies. Aunque dieron aviso por radio a los coches de patrulla y se le buscó en su casa, todo resultó inútil. Tan sólo consiguieron saber que había tomado un «taxi» en las proximidades de la casa de

O'Brien,

en el que marchó hacia el centro de Manhattan, donde se perdían sus huellas. Tampoco se logró averiguar quién había cortado los hilos de la luz. Podía haber sido cualquiera de los criados o uno de los agentes. Después de lo ocurrido con Swan y Davies no era

posible confiar ciegamente en nadie.

Roger

O'Brien

estaba verdaderamente asustado, especialmente cuando Gunter le refirió parte de las declaraciones hechas por el individuo asesinado. Tras comprobar la terrible eficacia con que el desconocido «Jefe Supremo» llevaba a la práctica sus planes, desconfiaban mucho de conservar la vida. ¿Cómo eludir los peligros, si incluso entre los defensores de la ley, encargados de su custodia, podían deslizarse los más peligrosos asesinos?

—Sólo tiene usted un medio de quedar relativamente tranquilo: modificar su testamento.

—¿Dejando todos mis bienes al «Jefe Supremo» para evitarle trabajos? —inquirió, con cierto desdén, el viejo.

—No. Disponiendo que, en caso de ser asesinado, sus millones vayan a poder de cualquier Institución benéfica. Si pretenden atentar contra su vida es para apoderarse del dinero. Una vez que sepan que el crimen no les reportaría ningún beneficio, posiblemente renuncien a cometerlo. No creo que nuestro desconocido adversario sea de los que matan gratis, por el simple placer de matar.

—¿Y mi hijo?

—Procuraremos dar con él. De cualquier forma, no correrá mayores riesgos que ahora.

Todos los presentes dieron la razón a Gunter. Apresuradamente, el millonario redactó un nuevo testamento en los términos indicados por Robert. Baring mismo se encargó de comunicar la noticia a los periodistas que acudieron a informarse de la muerte de Swan, en forma que aparecería en todos los diarios a la mañana siguiente.

—Aunque me encuentro bastante molesto con la herida —dijo Warren—, quisiera pasarme por la Jefatura de Manhattan para hablar con McLeigh. ¿Quieres acompañarme, Robert? No estaremos más que un momento. Después podrás irte a descansar.

En la estación de Policía de Manhattan permanecieron por espacio de una hora larga. Cuando llegaron, Warren se encontraba bastante peor, tenía el brazo inflamado y algunos grados de fiebre. Fue preciso llamar a un médico que descubrió la herida, hizo una

nueva cura y aseguró:

—Si quiere curarse, tendrá que permanecer tres o cuatro días en cama. En caso contrario, puede tener un grave disgusto.

Vencido por el dolor y el cansancio, el inspector jefe hubo de acceder. Se quedaría en su casa durante los días siguientes.

—Esto significa, amigo Robert —afirmó—, que tendrás que hacerte cargo de este condenado asunto. Creo que eres el más indicado, aunque me temo mucho que ni tú ni yo lleguemos con vida a ver el final.

Permanecieron un rato allí, hablando con McLeigh. El asalto del avión en pleno vuelo, el asesinato de Tilden, el tiroteo del Wandolf y la muerte de Swan —hechos ocurridos en el transcurso de pocas horas—, habían producido una enorme sensación en la ciudad. Toda la Policía no sólo de la ciudad, sino del Estado de Nueva York, estaba movilizada, siguiendo las más diversas pistas. Desgraciadamente, no era mucho lo que habían logrado averiguar. No fue difícil hallar antecedentes de los dos individuos que murieron en la pelea del avión, ni de los otros dos que cayeron en el hotel. Los cuatro eran conocidos de la Policía por sus delictivas actividades. Pero no resultó posible pasar de aquí. Las pistas se cortaban bruscamente en los individuos mismos y no aparecía por parte alguna el hilo que permitiese dar con la organización de que indudablemente formaban parte.

Gunter se disponía a salir en un coche policiaco, acompañando a Warren a su casa para irse luego a la suya —convencido de que sería mucho más conveniente dormir en su propio apartamento que en las habitaciones que le habían reservado en el Wandolf—, cuando uno de los agentes de servicio en la estación se acercó a indicarle:

—Preguntan por usted al teléfono, míster Gunter. Es una señorita que no ha querido dar su nombre, pero insiste en que es un asunto de la mayor urgencia.

Una rápida sospecha cruzó por el cerebro de Robert, que tuvo plena confirmación cuando oyó la voz que hablaba, diciéndole:

—No diga mi nombre, por favor, Robert. Escúcheme con atención y no me interrumpa. No vaya esta noche a su apartamento. Si lo hace, no verá vivo el día de mañana.

Gunter tuvo la seguridad de que Jacqueline Dubois —pues

indudablemente era ella— decía la verdad. Le advertía de un grave peligro, igual que hizo unas horas antes en el Wandolf Hotel. Le salvaba acaso la vida, pero no sabía si alegrarse o entristecerse, porque sus avisos implicaban que la mujer de la que llegó a estar enamorado formaba parte de la tenebrosa organización que sembraba de muertos las calles de Nueva York.

Habló a su vez apresuradamente. ¿No podría verla, tener con ella una larga conversación para aclarar muchos puntos oscuros? Jacqueline se negó en redondo. Gunter procuró convencerla en pocas palabras. Podía prometerla que, cualquiera que fuese su intervención en los recientes sucesos, nada haría por detenerla, dejándola marchar libremente luego de su entrevista.

—Es preferible que no nos veamos —repuso su interlocutora—. Sería demasiado peligroso para los dos. Además, así podré seguir advirtiéndole de los peligros que le acechan. Tenga en cuenta el aviso que acabo de darle. El riesgo es mayor aún que en el Wandolf. Y, ahora, ¡adiós!

Gunter no quiso perder el tiempo tratando de localizar el teléfono desde donde hablaba *madame* Dubois, seguro de que la mujer habría tomado las necesarias precauciones para no ser encontrada. En pocas palabras contó a Warren y McLeigh su conversación, afirmando:

—Voy a ir inmediatamente con un grupo de agentes. Sea quienes sean los que me esperen...

El Inspector jefe se opuso. Gunter debía de estar demasiado cansado, luego de su largo viaje y de las peripecias de aquella noche accidentada. Entendía, además, que, al ir a su domicilio, se metía en la boca del lobo, cometiendo un verdadero suicidio.

—Te vendrás a mi casa y dormirás allí. Podrás descansar tranquilo, porque tengo varios hombres de confianza vigilando el edificio. Mañana investigarás todo lo referente a la Import and Export Company. Supongo que será más importante que andar a tiros con unos individuos que si los cogemos no hablarán, y si los matamos resultarán vulgares delincuentes.

—Y ¿sabiendo dónde están vamos a dejarles escapar tranquilamente? —preguntó, disgustado, Gunter.

—No. McLeigh se encargará de ellos. Mandará varios coches de patrulla a las cercanías de tu apartamento, y espero que tenga

suerte.

Vencido por el cansancio y el sueño, Robert acabó dejándose convencer. Fue a casa de Warren, se metió en una buena cama y, pese a todas las emociones de la jornada, dormía profundamente a los diez minutos de acostarse. Cuando despertó iba bastante avanzada la mañana. Luego de bañarse y afeitarse precipitadamente, habló con la esposa del inspector jefe.

—Ha pasado muy mala noche, quejándose de fuertes dolores y agitado por la fiebre. Hace un rato estuvo el doctor. Le ha prohibido terminantemente que se mueva del lecho.

Había dado orden de que dejaran dormir a Gunter hasta que se despertase. Se lo dijo personalmente cuando Robert entró a verle:

—Conviene que estés bien descansado, porque te espera un trabajo muy duro. Yo, desgraciadamente, no podré ser de la menor utilidad en unos cuantos días. Tendrás que hacerte cargo de todo. Puedes disponer de los hombres que necesites. He recibido autorización de Washington para que actúes con absoluto desembarazo.

La Policía local había de prestarle, también, todo el apoyo que juzgara preciso. El capitán McLeigh, con las fuerzas a su disposición, estaría a sus órdenes en todo momento. Warren le aconsejó:

—Ten mucho cuidado; no te dejes arrastrar por tu valentía desafiando a cuerpo limpio todos los riesgos. Más que un héroe muerto, el

F. B. I.

necesita un prudente triunfante. Y piensa que tu desaparición sería un gran éxito para ese famoso y desconocido «Jefe Supremo».

Hablaron extensamente acerca de la manera de trabajar, y estuvieron de completo acuerdo. Habría que investigar las actividades de la compañía a que aludió Peter Swan y vigilar mucho los alrededores del rascacielos del Northern Central en que estaba instalada. Gerald Davies había estado allí tres veces distintas durante los últimos días, saliendo de aquel edificio. A Bunker también afirmaba uno de los porteros del rascacielos haberle visto en repetidas ocasiones.

—Los técnicos de radio han examinado el aparatito de Swan. Afirman que no puede tener un alcance de muchas millas; por lo

tanto, y teniendo en cuenta que los secuaces del «Jefe Supremo» se mueven por todo Nueva York, cabe suponer que la emisora central se halla enclavada en cualquier punto de Manhattan, que bien pudiera ser el mismo rascacielos.

Gunter preguntó entonces por el aviso recibido la noche anterior. ¿Habían averiguado algo los hombres mandados por McLeigh?

—Nada, excepto que *madame* Dubois te dijo la verdad. Cuando un coche policíaco exacto al mío llegaba frente a tu casa, recibió una ráfaga de ametralladora disparada desde otro que se dio a la fuga. Los policías contestaron en forma adecuada, y creen haber herido a varios de los agresores. Pero lo creen nada más, porque el automóvil desapareció sin que lograsen darle alcance ni averiguar siquiera el número de su matrícula.

Robert Gunter emprendió inmediatamente sus trabajos, eficazmente secundado por un grupo nutrido de buenos auxiliares. Tres caminos distintos se ofrecían a su investigación: averiguar el paradero del joven

O'Brien,

secuestrado desde varios meses atrás; dar con Jacqueline Dubois, de la que esperaba obtener valiosas informaciones, y examinar todo lo referente a la Import and Export Company, acerca de la cual Peter Swan se proponía hacer algunas revelaciones interesantes en el momento en que fue asesinado.

Personalmente se encargó de seguir lo más cerca posible los pasos de la mujer que por dos veces le había salvado la vida y a la que llegó a amar, e incluso a creerse correspondido, durante su estancia en París. Con ayuda de la Policía local no le fue difícil encontrar algunos datos. Había aparecido en Nueva York tres meses antes, procedente, al parecer de Miami, hospedándose en un lujoso hotel de la Quinta Avenida. Llevaba un tren de vida costoso, vistiendo con extraordinaria elegancia, luciendo magníficas joyas y frecuentando los restaurantes y salas de fiesta más caras de la ciudad. Recibía numerosas visitas, generalmente de caballeros. Nadie sabía exactamente en qué se ocupaba, aunque el «*maître*» del Red Feather, que la recordaba perfectamente, insinuó, charlando con Robert:

—La oí hablar muchas veces de perfumes, y entendía mucho de

licores franceses. No sé por qué, pero tengo la impresión de que hace negocios con ambas cosas.

Los licores y los perfumes franceses tienen en América enormes gravámenes aduaneros. Son muchas las gentes que se enriquecen introduciéndolas de contrabando. ¿No podía ser una de ellas *madame* Dubois? Gunter no se atrevía a negarlo. Había hablado en múltiples ocasiones con Jacqueline, pero siempre la mujer eludía la menor explicación acerca del origen del dinero que gastaba a manos llenas, aunque Robert tenía la clara impresión de que ni era rica por su familia, ni su difunto marido fue un hombre acaudalado. Cabía en lo posible que se entregase a actividades que caían al margen de la ley. Pero, por el momento, el enigma quedó sin resolverse, ya que no resultó posible dar con la interesada. Se despidió del hotel en la tarde del asalto al Wandolf, diciendo que salía inmediatamente con rumbo a Florida en avión. Sin embargo, era evidente que unas horas después continuaba en Nueva York y que su nombre no aparecía en las listas de pasajeros de ninguno de los aeroplanos comerciales que aquel día salieron con dirección a la península descubierta por Ponce de León.

Por espacio de tres días, Gunter estuvo obsesionado por el empeño de localizarla. Fracasó estrepitosamente. Cada vez que sonaba el teléfono, abrigaba la esperanza de que fuese una llamada suya, pero siempre sufría la desilusión de ver que no se trataba de Jacqueline. Tampoco el llamado «Jefe Supremo» se molestó en hacerle ninguna advertencia. Indudablemente, le había hecho la primera última estando en casa de

O'Brien,

y serían sus secuaces los que se encargaran de llevar a la práctica su amenaza.

Tampoco fue muy afortunado en su deseo de dar con el lugar en que debían tener encerrado a Patrick

O'Brien.

Los periódicos habían publicado la noticia del nuevo testamento de su padre, contra el que nada se intentó en el transcurso de aquellos días. El «Jefe Supremo» debía de haber perdido la esperanza de lograr sus millones. ¿Qué habría hecho con el hijo? No lo sabía, aunque esperaba y temía que su cadáver apareciese en cualquier momento abandonado en la cuneta de una carretera. Desheredado

por el viejo, sólo podía ser ya un estorbo para sus secuestradores.

De la investigación a fondo de las actividades de la Import and Export, se encargó personalmente Nelson Baring. Era una importante compañía, con mucho movimiento y negocios de gran envergadura, que ocupaba casi por completo la cuarta planta del enorme rascacielos del Northern Central, Baring y sus acompañantes recibieron toda clase de facilidades para el desempeño de su misión. El resultado fue desconsolador. Nadie parecía conocer de nombre ni de vista al asesinado Peter Swan. En cuanto a las actividades de la empresa, estaban en perfecto orden. Realizaba un intenso comercio con todo el mundo, y aunque sólo llevaba dos años funcionando, había adquirido un sólido prestigio.

—Pude hablar con el gerente, pero lo juzgué innecesario, luego de las explicaciones recibidas. Hubiera tenido que esperar unas horas y habría sido una molestia inútil. Me parece que por este lado no podremos sacar nada en limpio.

Lo mismo se inclinaba a pensar Gunter. Sin embargo, cambió de manera de pensar unas horas después, cuando, habiendo ido a visitar a Warren, que lejos de mejorar se encontraba peor de su herida, cuya infección empezaban a combatir a base de fuertes dosis de penicilina, Baring nombró, sin darle la menor importancia, al gerente de la Import and Export Company. Excitado, preguntó:

—¿Estás seguro de que se llama John G. Maxwell?

—Completamente —repuso, sorprendido, Baring—. Creí habértelo dicho. Pero ¿por qué te interesa tanto? ¿Acaso le conoces?

—Hace muchos años que le conozco —contestó, meditabundo, Robert—. No sé si tendrá algo que ver en el asunto que nos interesa, pero, desde luego, necesito hablarle.

Antes de la entrevista, tomó, sin embargo, algunas precauciones que, a simple vista, podían parecer excesivas. Habló con el capitán McLeigh e hizo que pusiera a su disposición una veintena de hombres de paisano a los que aleccionó convenientemente. No quería dar un paso en falso ni dejar ningún cabo suelto. Que en los tres días precedentes nadie hubiese atentado contra su vida, no le hacía olvidar un solo segundo que estaba en constante peligro. En un peligro que probablemente se acentuaría a partir de la visita, si no era en la visita misma.

Por una lista de empleados de la Import and Export que Baring había logrado agenciarse, pudo ver que entre ellos figuraba un tal Samuel Richmond, compañero suyo durante buena parte de la campaña de África. Aunque no habían vuelto a verse desde que Samuel, herido en el desembarco de Sicilia, fue enviado a los Estados Unidos, Gunter suponía que no le desagradaría charlar un rato con él. Pudo dar con su dirección sin otro trabajo que consultar la guía telefónica, hablar con él e invitarle a cenar aquella noche, a fin de «recordar sus buenos tiempos».

Cenaron en un modesto restaurante del Bronx, que era el barrio en que vivía Richmond. Samuel se alegró sinceramente de ver a su amigo, que acudió completamente solo al lugar de la cita, y ni siquiera pasó por su imaginación que pudieran guardarle las espaldas los ocupantes de un coche detenido junto a la puerta, ni que fuesen policías, con las manos muy cerca de las pistolas, los cuatro caballeros que ocupaban una mesa inmediata.

Hablaron animadamente y se contaron sus vidas respectivas a partir de la época en que hubieron de separarse. Gunter faltó a la verdad, sosteniendo que tenía algunos negocios en Virginia y que al caer casualmente por Nueva York se acordó de su antiguo compañero. Samuel, en cambio, contó la verdad de su historia, una verdad que tenía muy poco de halagüeña. Herido en Sicilia, permaneció largos meses en diversos hospitales; cuando curó le licenciaron por haber quedado inútil para el servicio militar activo. Volvió a su casa, al lado de su mujer y de sus hijos, y no tuvo suerte. Estuvo empleado en diversas empresas y en ninguna fue muy elevada su remuneración.

—La verdad es que sobran contables en Nueva York, y yo no soy otra cosa. En la Import and Export, donde trabajo ahora, no me pagan mucho, pero puedo considerarme afortunado con estar allá.

Habilidosamente, sin que su interlocutor sospechara lo más mínimo, Robert llevó la conversación por los derroteros que le interesaban. Samuel le dijo cuánto sabía, Mister Maxwell el gerente, era un tipo enérgico, duro, malhumorado, pero con una suerte envidiable. Los empleados, incluso los más importantes, temblaban cuando se veían en su presencia.

—Por fortuna, eso ocurre muy raras veces. En ocho meses que llevo trabajando en la empresa, sólo le he visto tres veces, y aun

éstas simplemente de paso.

—¿Es que no va mucho por su despacho?

—Todo lo contrario. No falta un solo día, y generalmente permanece allí desde la mañana a la noche. Pero se encierra en sus habitaciones y no consiente que nadie le vea ni le moleste. Su secretario tiene órdenes concretas que cumple a raja tabla. La puerta de su despacho sólo se abre cuando míster Maxwell lo autoriza. Por cierto que esa puerta, más que la entrada de un simple despacho, parece la de una fortaleza medieval.

Gunter tuvo ocasión de recordar las palabras de su amigo cuando, al día siguiente, fue a visitar al gerente de la Import and Export Company. Aunque entró sólo en las oficinas, no menos de una veintena de hombres vigilaban discretamente las distintas salidas del inmenso edificio. Le costó poco trabajo llegar hasta la secretaría de John G. Maxwell, pero allí estuvo a punto de fracasar en su empeño.

—Míster Maxwell —le indicó en tono desabrido uno de los empleados— no recibe a nadie que no haya sido citado previamente.

—Es igual —replicó Gunter—. Soy agente de la Policía Federal y...

—Hace unos días, y extremando su bondad, míster Maxwell me autorizó para responder a las preguntas un tanto impertinentes de unos compañeros suyos. No creo que desee perder su tiempo hablando de cosas que no le interesan.

—Espero que esté usted equivocado Dígame que necesita verle con urgencia el inspector Robert Gunter, y que no se irá sin hablar con él.

—¿Trae usted mandamiento judicial que respalde su acción?

—No será preciso. Con mi nombre habrá más que suficiente.

Le costó no poco trabajo convencer al individuo que aparecía al frente de la secretaría para que «molestase» a su jefe, transmitiéndole los deseos del visitante. Accedió al cabo, no sin expresar por anticipado su temor a ser objeto de una reprimenda. Lo hizo hablando en voz baja por un teléfono seguramente de servicio interior. Cuando colgó el auricular parecía sinceramente asombrado:

—Dice que le espere usted; que le recibirá si tiene un poco de

paciencia.

Necesitó no poca, sino mucha paciencia. Transcurrió una hora larga antes que sonase el timbre del mismo teléfono por el que había hablado el secretario, lo descolgase éste y dijera a Gunter señalando la puerta del fondo:

—Ya puede usted pasar.

Un poco desconcertado Robert avanzó hacia la puerta que permanecía herméticamente cerrada. Cuando estaba a dos pasos se abrió sin que nadie la tocara, movida por algún resorte, mientras una voz dura gritaba desde el interior de la habitación:

—¡Adelante!

Robert pasó, mirando con curiosidad en torno suyo. Pudo ver que la puerta era de hierro y no tendría menos de tres centímetros de espesor. Cerrada por dentro debía constituir una barrera difícil de franquear. Apenas había transpuesto el umbral cuando la puerta se cerró lentamente a su espalda. Se encontró entonces en una habitación amplia, amueblada con sobriedad y buen gusto. Al fondo podía verse una librería, que cubría todo un lienzo de la pared. Casi en el centro una amplia mesa sobre la que aparecían varios teléfonos y un dictáfono. Tras ella un magnífico sillón, que más parecía un trono. Y en él, un hombre de cerca de cuarenta años, de mandíbula voluntariosa, gesto decidido, mirada penetrante y aire autoritario y dominador. Al ver a Gunter le contempló en silencio por espacio de medio minuto. Luego, en tono desabrido, inquirió:

—¿Qué me quieres? Hace años me dijiste que habíamos terminado para siempre. ¿Acaso has cambiado de manera de pensar?

—No —replicó Robert—. Entre tú y yo ya hay, creo que por fortuna para mí, un verdadero abismo. A pesar de todo, a veces no puedo olvidar que eres mi hermano y...

—¿Has venido para decirme eso? Pudiste ahorrarte el trabajo. Odio los sentimentalismos. Eres para mí un desconocido; peor aún, el único hombre que se ha atrevido a insultarme en la vida. Ni aun recordando toda la indignación que debió producirte pensar que la fortuna del viejo Gunter había venido a mis manos, podría perdonártelo nunca.

—No vengo a pedir tu perdón. En cuanto a los que llamas insultos, sabes perfectamente que no tuvieron por móvil el dinero

con que te quedaste utilizando procedimientos que no quiero calificar, sino tu cobardía en la hora más crítica para América.

—¿Por qué no quise representar, como tú, el papel de héroe en la guerra, verdad? Me llamaste cobarde, aunque te consta que no lo soy. Sólo que yo prefiero emplear mi valor en beneficio propio, luchando por mis propias causas, no por las causas de los demás.

La defensa de la patria en peligro era una obligación para todos los americanos.

—Yo no me considero americano, como no me considero hermano tuyo. Una y otra cosa son meros accidentes, hechos en los que no intervino mi voluntad. Por eso preferí no ir al frente. Luché en la retaguardia y conseguí cuánto me proponía.

—¿Enriquecerte más aún?

—Nunca es demasiado, en un mundo en que el oro es la suprema ley. Si mientras los ilusos se dejaban matar en los campos de batalla, había muchos que ganaban millones aquí, ¿por qué iba yo a ser de los primeros y no de los segundos? No me pesa haber elegido este camino. Tengo más dinero del que puedes suponer. En cambio, ¿qué has sacado tú? Tres balazos y algunas condecoraciones. ¡Ah, se me olvidaba! El honor de pertenecer al F. B. I.

para seguir jugándote la vida en beneficio de los demás...

—¿También estás enterado de eso? —preguntó Robert mirando fijamente a su interlocutor.

—Yo estoy enterado de todo lo que puede interesarme. Conozco perfectamente tus andanzas. Sé que hace días estuviste a punto de ser secuestrado en pleno vuelo, que después quisieron cazarte en el hotel en que te alojabas y que te hayas actualmente en verdadero peligro.

—¿Cómo lo sabes? —saltó impetuoso Robert—. La Prensa no ha dado mi nombre; la versión dada de los sucesos...

—¿Crees que necesito enterarme por la Prensa?, —replicó despectivo Maxwell—. Ya veo que sigues sin conocerme. Dispongo de un servicio de información propia que funciona bastante bien. Sé que te has metido en un buen lío. Hay quién se ríe del

F. B. I.,

quien os vence en todos los terrenos. Tú has sido tan loco como para enfrentarte con él. No tardarás en arrepentirte, aunque me

temo que no tengas tiempo de hacerlo. Posiblemente te matarán en cualquier instante. Y no estoy muy seguro de que lamente en lo más mínimo que recibas tu merecido.

—¿Conoces también al llamado «Jefe Supremo»? —preguntó con intención Gunter—. ¿Sabes quién es?

—¿Y crees que te lo diría aunque lo supiese? Desecha esa esperanza. Admiro a ese que llamáis «Jefe Supremo», ejemplo de audacia, modelo de heroísmos conscientes, capaz de enfrentarte con toda una sociedad, yendo directamente a la obtención de sus fines sin importarle el camino a recorrer. ¿Por qué iba a decirte su nombre caso de conocerle? ¿Por hacerte un favor a ti que me desprecias tanto como yo te odio?

—¿No podrías tener un interés más directo en callar el nombre de ese individuo? —insistió de nuevo Robert. Maxwell le miró cejijunto un instante. Luego, preguntó a su vez:

—¿Qué pretendes insinuar?

—Te lo diré con entera claridad. Hay voces difíciles de disimular aun hablando por teléfono o radio. Una vez, hace cuatro días, oí al llamado «Jefe Supremo». Tenía una voz muy parecida a la tuya, John.

—¿Lo dices como amenaza o cómo consejo?

—Como advertencia, simplemente. Me dolería que fueses tú, pese a todo lo que nos separa, ese asesino miserable que envía sus esbirros a cazar impunemente a las gentes. Pero si lo fueses, no vacilaría en aplastarte.

Un brillo despectivo apareció en las pupilas de Maxwell. En tono irónico, replicó:

—¿Y crees que, si lo fuese, lograrías aplastarme? Supongamos por un momento que lo fuese. ¿No estarías en mis manos, cogido en una trampa? No podrías escapar por parte alguna: la ventana tiene una reja; la puerta está cerrada; en la habitación inmediata tendrías unos hombres que...

—Llegarían tarde para salvarte la vida —le interrumpió fríamente Gunter—. Es posible que tengas cuánto dices; pero yo tengo una pistola en la mano y al menor movimiento te meteré un balazo entre las dos cejas. ¿Entendido?

Maxwell comprobó con una simple ojeada que no mentía. Robert empuñaba un arma con mano firme y tenía fijos los ojos en

él como si quisiera adivinar sus menores pensamientos. Se produjo un silencio embarazoso.

Los dos hombres se contemplaban sin hablar palabra, mientras sus cerebros trabajaban con la celeridad vertiginosa. Al cabo, Maxwell se echó a reír. En tono burlón, exclamó:

Bien. Ya veo que los agentes del famoso

F. B. I.

son hombres prevenidos y resueltos. Desgraciadamente, en este caso has cometido una terrible equivocación. ¿Puedes sostener en serio que yo sea el llamado «Jefe Supremo»? ¿Tienes siquiera la menor prueba en que basar tan absurda hipótesis?

—No —reconoció Gunter—. Sólo pretendía demostrarte que te engañabas si creías tenerme en tu poder. Ahora te diré más. Aunque hubieras conseguido matarme, el crimen no quedaría impune. Hay veinte agentes enterados de que vine a verte. Si no saliese de este despacho, te harían responsable de mi desaparición.

—¿Y tomas tantas precauciones para visitar a un hermano? No me creía tan peligroso. Por lo menos podré presumir de haber asustado a uno de los más «heroicos» policías de América. Lo cual no está muy de acuerdo con el remoquete de cobarde que me lanzaste en una famosa ocasión.

—Los cobardes suelen ser los más peligrosos. No olvides, además, que tu voz tiene un claro acento metálico. Igual, exactamente igual, que la del célebre «Jefe Supremo».

John G. Maxwell tornó a reír divertido y burlón. Despectivamente aludió al temor que hace ver fantasmas a las gentes. Luego, cambiando de entonación, añadió:

—Nadie puede lanzar contra mí la menor insinuación de que entre el llamado «Jefe Supremo» y yo haya relación alguna. Ya sé que un individuo habló, segundos antes, de ser asesinado, de la «Import and Export Company». Pero ni siquiera ese tipo me acusó de nada. Durante dos días los agentes del

F. B. I.

han estado examinando los negocios de la empresa. Carecían de autoridad legal para hacerlo, pero yo les dejé para que se convencieran de que nada tengo que ocultar. ¿Todavía te queda alguna duda? Pues entonces, guárdate la pistola y sal de aquí. No tengo más que hablar contigo.

Robert obedeció tras una ligera vacilación. Comprendía que Maxwell pisaba terreno firme. No podía acusarle de nada sin presentar pruebas. No las tenía. Tan sólo la semejanza entre la voz de su interlocutor y la del llamado «Jefe Supremo». ¿Tomaría en serio su afirmación ningún tribunal? ¿Podía siquiera tener la plena certidumbre de no estar equivocado? Evidentemente, no. De John G. Maxwell tenía un concepto deplorable; se portó mal con su padre, se comportó peor con él, era un individuo sin entrañas ni sensibilidad, un cínico que proclamaba su desprecio por los demás y su afán desmedido de riquezas y poderío. Pero ¿bastaba esto para identificarle con el cerebro director de una terrible organización criminal? La respuesta tenía que ser negativa forzosamente.

—Está bien —dijo marchando hacia la puerta que se abría sin hacer el menor ruido en aquel instante—. Me iré. De cualquier forma, ándate con cuidado. Cualquier día podemos volver a encontrarnos...

—Lo celebraría, aunque lo dudo mucho, Robert. Estúpidamente te has metido en un mal asunto. Has desafiado al «Jefe Supremo». Supongo que tu vida no será muy larga.

—Acaso sea más corta la tuya si entre ese forajido y tú hay el menor contacto —replicó amenazador Gunter, ya desde el umbral de la puerta.

V

EL FINAL DEL COMIENZO



ESDEÑANDO todo posible peligro, Robert Gunter acudió sin vacilaciones al lugar de la cita. Al fin, tras cinco días de búsqueda infructuosa, de esperar inútilmente una llamada telefónica, Jacqueline Dubois acababa de hablarle. Fueron sólo unas cuantas palabras. Las precisas para decir que le esperaba en un salón de la Décima Avenida esquina a la calle Cuarenta y pedirle que acudiera solo.

—Tengo algo importante que decirle. No puedo permanecer aquí mucho tiempo. Entre por la puerta de la Décima Avenida Estaré sola en una mesa del fondo, a la derecha de la entrada.

Gunter tenía la seguridad de que la mujer actuaba de acuerdo con el llamado «Jefe Supremo». Por un instante cruzó por su cerebro la idea de una emboscada. ¿No podía Jacqueline atraerle a una trampa? Pero, caso de desear su muerte, ¿por qué le había salvado en dos ocasiones distintas, avisándole de los riesgos que le amenazaban? Resolvió acudir al lugar señalado. Tan solo y como medida elemental de precaución, examinó la pistola que llevaba en el bolsillo y comprobó que estaba en condiciones de ser disparada sin comprometidas dilaciones.

Tomó un «taxi» que abandonó en la Décima Avenida a cinco manzanas de distancia de la calle Cuarenta. Fue andando por la acera de enfrente a su punto de destino, observando con mirada escrutadora los coches detenidos en las inmediaciones. Cuando se convenció de que no había nada anormal ni nadie parecía vigilarle, cruzó la calzada y penetró en el local.

Era un saloncito discreto, envuelto en tenue penumbra, poco concurrido a aquellas horas. Tan sólo nueve a diez mesas aparecían ocupadas, principalmente por señoras que hablaban entre sí en voz apagada. Las camareras atendían con silenciosa diligencia a los diversos clientes. En una mesa ligeramente apartada de las demás, Robert descubrió a Jacqueline.

La mujer, parecía haber experimentado un pequeño cambio en los días precedentes. Vestía ahora en forma menos llamativa y elegante, ataviada con un sencillo traje sastre, desprovista de las joyas que lucía con profusión la tarde de su encuentro en el *Ciro's*.

Al acercarse, Gunter pudo ver en su rostro un gesto de ansiedad. Mientras le invitaba a sentarse Jacqueline, dijo con un profundo suspiro:

—Gracias por venir solo. Temía mucho que no acudiese a mi llamada o que viniera acompañado de un grupo de policías. Hubiera sido un desastre para mí.

—Y, sin embargo, me llamó exponiéndose a ser detenida. ¿Por qué lo hizo?

—Tenía que decirle una cosa que considero de suma importancia. Necesitaba, además, explicarle algo que no acertará a comprender en mi actitud. Y, por encima de todas las cosas, confiaba en su caballerosidad sabiendo que no intentaría detenerme

aprovechándose de esta entrevista.

La llegada de una camarera abrió una pequeña pausa. Tras pedir Gunter un té completo, la empleada se alejó y pudieron reanudar la conversación. Jacqueline parecía esperar las preguntas de su interlocutor. Robert no tardó en formular las primeras:

—¿Cómo estaba enterada de que pretendían asaltar mis habitaciones del Wandolf? ¿De qué forma se enteró de que me esperaban en la puerta de mi casa para coserme a balazos?

En los labios de la muchacha revoloteó una triste sonrisa. Luego, clavando su mirada en los ojos de Robert, respondió:

—¿De verdad no ha encontrado por sí mismo la respuesta, la única respuesta posible a esas interrogantes?

—Que usted es...

—Uno de los millares de agentes del individuo que se da el título de «Jefe Supremo». ¿Le sorprende?

—Sí, y no. Me asombra que usted, perteneciendo a esa organización, donde la menor falta se castiga con la muerte —me tocó presenciar lo sucedido a Grover Tilden y Peter Swan para que pueda caberme la menor duda de este respecto—, me haya avisado dos veces para hacer fracasar los planes de su jefe, arrojando los mayores peligros. ¿Por qué lo hizo?

Nuevamente le miró con fijeza Jacqueline. Por un instante pareció vacilar como si buscara palabras con que responder. Luego bajando los ojos, replicó:

—También en este caso debía haber dado usted con la respuesta, con la única respuesta posible...

Robert comprendió en el acto, Jacqueline le quería, tanto como él había llegado a quererla a ella. En movimiento instintivo cogió una mano de la mujer que estrechó con fuerza entre las suyas. Suavemente, tras una ligera pausa, inquirió tuteándola:

—Entonces, ¿tú también me quieres?

—¿Necesitas que te lo diga con palabras? Sólo con mirarme a la cara en este momento podrás ver cuánto te interesa saber.

Había levantado la cabeza. Gunter la contempló extasiado. En su rostro veía no sólo una belleza incomparable, sino la confirmación de algo que unos meses atrás hubiese llenado de júbilo su corazón. Ahora, en cambio, se daba cuenta de que entre ambos se abría un abismo infranqueable. De pronto una duda comenzó a torturarlo.

¿Sería verdad que Jacqueline le quería o estaría jugando con sus sentimientos? Receloso, preguntó:

—¿Por qué no me lo dijiste en París, por qué desapareciste sin dejar rastro cuando yo esperaba con ansiedad tu respuesta?

—Tras unos minutos de silencio en que la mujer pareció trabar dura lucha consigo misma, Jacqueline resolvió hablar con entera claridad:

—Hubo dos motivos que me impulsaron a obrar como lo hice. El primero considerarme indigna de ti. El segundo mi complicidad con la organización criminal que me tenía, y me tiene, atada de pies y manos. Quise entonces desligarme de ella; no me lo consintieron. Pude pedirte ayuda, pero habría tenido que confesarte toda la verdad. No tuve fuerzas para hacerlo, temiendo tu desprecio, y acepté resignada venir a los Estados Unidos cumpliendo órdenes del «Jefe Supremo».

Surgieron impetuosas, incontenibles, las preguntas de Gunter. ¿Desde cuándo estaba ligada a la tenebrosa organización? ¿Qué le había impulsado a secundar los planes monstruosos del cerebro diabólico que la dirigía? Con una dolorida sonrisa, Jacqueline repuso:

—Es una historia triste y lamentable. Hubiera preferido callarla, pero acaso sea mejor que sepas de una vez cuanto se relaciona conmigo. Aunque al terminar de hablar nos digamos adiós para siempre.

Jacqueline tenía diecinueve años al producirse la invasión alemana de Francia. Todos sus familiares murieron al ser destruida la casa en que vivían en uno de los bombardeos aéreos. Sólo ella, por haber salido del edificio minutos antes, resultó ilesa. Al desaparecer los padres, al sentirse sola en el mundo, en un país angustiado por la tragedia de la ocupación extranjera, hubiera preferido correr la suerte de los suyos. Los meses y los años que siguieron la hicieron lamentar muchas veces no haber estado en su casa en el instante de la explosión.

—La muchacha se vio cercada por todos los peligros. Era bonita y estaba prácticamente indefensa. No tenía dinero con que subsistir, trabajó para procurarse lo necesario. Un hombre de cierna edad, conocido de su familia, le ofreció su ayuda. Charles Dubois le llevaba cerca de treinta años, pero se portó muy bien con ella en un

momento crítico y cuando un año después la pidió que se convirtiera en su mujer, Jacqueline no supo negarse.

—No le menté un cariño que no sentía. Le dije claramente que aceptaba sólo por gratitud.

Por espacio de tres años si no fue feliz, tampoco se sintió excesivamente desgraciada. Charles Dubois se daba cuenta de que su mujer no podía amarle, pero procuraba tratarla con todos los respetos y consideraciones, rodeándola de las comodidades posibles en una época de general escasez.

—Mis desventuras se iniciaron meses después de la liberación de Francia. Un mal día, en las calles de Burdeos donde vivíamos se cometió un atraco. Murieron dos gendarmes. Charles se vio acusado y aunque era inocente, todas las pruebas estaban en contra suya.

Jacqueline hizo lo posible y lo imposible para lograr la absolución de su marido. Todo lo que pudo conseguir fue que la petición fiscal de pena de muerte quedase reducida, al dictarse sentencia a veinte años de reclusión en la Guayana. A los quince días de ser condenado, Dubois era embarcado con otros muchos delincuentes con rumbo a Cayena.

—Consideré un deber acompañar a Charles.

Creía que en la Guayana podía serle de alguna utilidad y no vacilé en afrontar todos los riesgos. Ni siquiera me detuvo la consideración de que la ley francesa confina en la colonia a la esposa de cualquier condenado que voluntariamente se haya trasladado allí, por el tiempo que dure la condena del marido.

Estaba decidida a pasar el resto de sus días en colonia penitenciaria. Pero a los seis meses de llegar a Cayena, moría Charles incapaz de soportar un clima agotador. Jacqueline quiso volver a Francia y las autoridades se lo impidieron. Durante algún tiempo se dejó ganar por la desesperación. Al cabo resolvió huir.

—Fue entonces cuando conocí la existencia de la organización a la que ahora pertenezco. Unos agentes del «Jefe Supremo» llegaron a Cayena para ayudar a escapar a tres presos norteamericanos, miembros de la banda. Yo salí con ellos. Tras permanecer algún tiempo en el Brasil, regresé a Francia. Pero ya estaba ligada de por vida a quienes había librado de la «guillotina seca».

En París tuvo que trabajar en la forma que le ordenaron. Labor de espionaje unas veces; de preparación de golpes remuneradores

otras. Un día le encargaron de entablar relaciones con Robert Gunter, agente del F. B. I.

americano, para procurar enterarse de sus proyectos. Pero la gallardía, la entereza y la resolución de Gunter produjeron el más profundo efecto en su ánimo.

Se enamoró de él, como no había querido jamás, como no llegó a querer nunca a su difunto esposo. Pretendió recuperar su libertad de acción y recibió una negativa. Tuvo tentaciones de confesar toda la verdad al hombre que amaba, pero le faltó la resolución precisa.

—Cuando el «Jefe Supremo», decidió que viniese a los Estados Unidos, vi en el viaje una solución al difícil trance en que me encontraba. Desaparecí de la noche a la mañana. Desde entonces ni un solo día he dejado de pensar en ti. La otra tarde, al verte en el

Ciro's acompañando a Warren, recibí como un mazazo. Resolví hacer cuanto pudiera en favor tuyo. Modestamente creo haberlo hecho.

Cuando Jacqueline terminó de hablar, Gunter lo hizo a su vez apresuradamente. Comprendía que la mujer no pudiera desligarse de la organización terrorista en Francia, donde las autoridades podían detenerla en cualquier instante forzándola a regresar al infierno de la Guayana. Afortunadamente estaban en los Estados Unidos. Allí no había ninguna reclamación contra ella. ¿Su complicidad en los siniestros planes del «Jefe Supremo»? Los posibles delitos estaban sobradamente compensados con los servicios prestados.

—Puedo asegurarte que no entrarás siquiera en la cárcel. Las autoridades de Washington nos han conferido atribuciones para no molestar en lo más mínimo, de recompensar económicamente incluso, a quienes nos ayuden en la lucha entablada contra la tenebrosa banda, cualesquiera que sean sus antecedentes.

Jacqueline movió tristemente la cabeza. Con voz serena, repuso:

—Te lo agradezco, pero ese perdón no me serviría de nada, al menos mientras viva el «Jefe Supremo». Conocí a varios que quisieron salirse de la organización: el último se llamaba Grover Tilden. Ninguno vivió muchas horas. A mí me pasaría exactamente igual.

Robert comprendió que decía la verdad. No por ello dejó de

insistir en sus puntos de vista. El peligro que amenazaba a Jacqueline desaparecerla tan pronto como logaran atrapar a aquel siniestro personaje.

—Y tú puedes ayudarnos a conseguirlo con rapidez. Debes saber cómo se llama, qué aspecto tiene, dónde se oculta, ¿no?

—En absoluto. Hace años que obedezco sin rechistar sus órdenes. En tres ocasiones distintas he hablado personalmente con él. Pero ni sé cómo se llama ni llegué a verle la cara ni conozco el lugar en que conversé con él.

—¿Cómo es posible que lo ignores todo? —preguntó desconcertado Robert.

—Muy sencillo. Las órdenes me fueron transmitidas por medio del aparatito de radio o de individuos cuyo nombre desconocía la mayor parte de las veces. Un automóvil cerrado, con los cristales pintados, me esperaba en cualquier punto. Cuando descendía, me encontraba en el interior de un garaje. Un ascensor me conducía al lugar en que aguardaba el «Jefe Supremo», una habitación extraña, sin ventanas, llena de complicados aparatos. El «Jefe» permanecía casi en penumbras, hablábamos, sin consentir que me acercase. Alguna vez llegué a divisar su rostro, pero no me sirvió de nada porque llevaba puesta una careta. ¿Lo comprendes ahora?

Gunter lo comprendía. Aquel individuo tomaba todas las precauciones imaginables para no ser descubierto. Ni sus más íntimos colaboradores conocían su nombre ni sabían qué cara tenía. Pero ¿no sabría Jacqueline con mayor o menor aproximación el lugar en que se ocultaba?

—No puedo precisarlo con exactitud. Sin embargo, tengo la impresión de que debe ser en un punto céntrico de Manhattan, no muy lejos del puerto.

Una repentina idea cruzó por el cerebro de Gunter. Más interesado que nunca, preguntó:

—¿No podría ser el rascacielos del Northern Central?

Tras meditar largo rato, Jacqueline admitió tal posibilidad, aunque no estaba en condiciones de dar una respuesta definitiva. Igual podía ser allí que en cualquier otro edificio a dos o tres millas de distancia. Robert formuló entonces una nueva y más concreta pregunta:

—¿Conoces a John G. Maxwell? ¿No crees que pudiera ser el

«Jefe Supremo»?

Jacqueline negó con un enérgico movimiento de cabeza. Conocía ligeramente a Maxwell, que le fue presentado por unos amigos cuatro meses antes. Le pareció un hombre cínico, violento, brutal. La había pretendido incluso, mostrándose carente de toda delicadeza, empezando por ofrecerla dinero. No le tenía la menor simpatía. Pero...

—No creo que el «Jefe Supremo» tenga el más remoto parecido con él. Gunter lanzó un suspiro de satisfacción y no insistió en aquel punto. Trató entonces de averiguar las señas de los jefes secundarios de la organización. Tampoco aquí fue explícita Jacqueline. Eran pocos los individuos a quienes conocía por su nombre, y casi todos gentes sin la menor importancia.

—Dependo de Freddie King, comandante de la llamada División del Norte. Pero creo que a ese individuo ya le conoces personalmente.

Robert se sentía un poco decepcionado y expresó su descontento. Al llamarle por teléfono, Jacqueline le había dicho que tenía que comunicarle algo urgente de la mayor trascendencia. ¿A qué se refería?

—A que conozco el lugar exacto en que tienen secuestrado a Patrick O'Brien.

Gunter pegó un salto en su asiento. Dar con el hijo del millonario podía ser un paso decisivo para terminar con la siniestra organización. Habría tipos significados guardándole. En cualquier caso, sus declaraciones podrían arrojar mucha luz.

Me temo que te engañes en ambas cosas. Lo tienen en un hotelito de las afueras de Harlem. Custodiándole no están más que un antiguo médico, condenado por negociar con estupefacientes y un pistolero llamado Braddock. En cuanto al joven

O'Brien

no pasa de ser una piltrafa humana.

Hasta aquella mañana, Jacqueline no había sabido dónde le tenían. Por encargo de King tuvo que ir al hotelito y vio a los guardianes como al preso. Al volver al centro de la ciudad y luego de tomar toda clase de precauciones para no ser espiada, llamó a Gunter para comunicarle lo que sabía.

La conversación llegaba a su final. Tras conocer el punto exacto en que se hallaba secuestrado el hijo del millonario, Gunter sentía impaciencia por lanzarse a su rescate. Quiso que Jacqueline se fuese con él, poniéndose bajo la custodia de las autoridades. Con una sonrisa se negó la mujer:

—No. Mientras el «Jefe Supremo» viva, no estaría segura en ninguna parte. Debo seguir como hasta aquí. Es lo mejor para mí y para ti... ya que acaso pueda avisarte de algún nuevo peligro.

—Pero una vez aclarada la situación...

—Entonces haré lo que me pidas. Mientras, procuraré estar en contacto contigo. Espera mis llamadas. Tengo la esperanza de que no tardando me avisen para ir de nuevo a entrevistarme con el «Jefe Supremo». Te llamaré en el acto para que me sigas con discreción y habilidad. Acaso así consigamos terminar con esta terrible pesadilla.

Gunter asintió con una inclinación de cabeza. Jacqueline apretó con fuerza su mano en gesto de despedida y mientras se esforzaba por contener las lágrimas que empañaban sus ojos, se puso en pie y avanzó resueltamente hacia la puerta que daba a la calle Cuarenta. Robert la siguió con la mirada. La vio mirar recelosa a uno y otro lado, llegarse hasta el borde de la calzada y detener un «taxi» en el que se alejó seguidamente. Esperó un par de minutos por descubrir si alguien la vigilaba. No vio nada sospechoso. Entonces pagó la cuenta y salió por la puerta de la Décima Avenida.

Marchó directamente a casa de Warren. El inspector jefe estaba muy mejorado, aunque todavía no le dejaban salir a la calle. Gunter le contó rápidamente su conversación con Jacqueline. Su interlocutor le escuchó en completo silencio, si bien dando muestras de satisfacción. Al final, comentó:

—Si logras rescatar al joven

O'Brien

será el primer éxito que alcancemos sobre el «Jefe Supremo». Acaso me exceda al suponer que puede ser el comienzo del fin, pero desde luego es el fin del comienzo.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Desde luego *madame* Dubois puede contar con el perdón para sus pasadas culpas, cualesquiera que hayan sido. Lo malo es que el perdón se lo otorgamos nosotros, pero el individuo a quién sirvió hasta ahora puede pensar de distinta manera. Si quieres salvar su

vida, procura no verla, hablar poco con ella y no mencionar nunca su nombre.

Quería intervenir personalmente en la expedición contra el hotelito de Harlem. A Robert le costó cierto trabajo convencerle para que no fuese. Warren le dio entonces instrucciones concretas. Debía recabar el auxilio de Baring y varios de sus agentes; también la cooperación del capitán McLeigh con elementos de la Policía local.

Pero no digas a nadie dónde vais ni lo que te propones. El caso de Davies demuestra que hay espías en nuestras filas. La menor indiscreción haría fracasar el plan.

Robert tomó todas las precauciones imaginables. Guardó profundo silencio acerca del golpe que se proponía asestar a sus enemigos durante la puesta en marcha de la expedición. Baring, otros dos agentes del

F. B. I.

y él mismo, irían en cabeza en un automóvil rápido. Una docena de hombres de paisano, mandados por McLeigh, le seguirían en dos coches, ninguno de los cuales llevaba las insignias del Police Departament. Todos habían de cumplir las órdenes que recibirían en el momento preciso de actuar.

Salieron de la jefatura a primera hora de la noche. Gunter, que conducía el primer automóvil, dio toda una serie de vueltas y revueltas por el centro de la ciudad, antes de dirigirse hacia Harlem. Cuando al fin tomó el camino del famoso barrio negro de Nueva York, tenía la plena seguridad de que nadie les seguía.

Se detuvo a unas manzanas de distancia del punto que le interesaba. Era un hotelito modesto, de una sola planta, en medio de un jardín totalmente abandonado, rodeado por una pequeña valla de madera. En voz baja dio sus instrucciones a McLeigh:

—Cerque con sus hombres ese edificio, pero hágalo a cierta distancia, en forma que sus moradores no adviertan nada. Yo entraré por la puerta principal. Si alguien pretende escapar, cójanlo. Nos interesan mucho vivos; no disparen a matar, salvo en caso de ser absolutamente imprescindible.

El capitán se apresuró a cumplir las órdenes recibidas. Gunter se volvió hacia Baring y sus dos compañeros, diciendo:

—Vamos. Llevad preparadas las pistolas. Es posible que nos

reciban a tiros; si tenéis que contestar, procurad herir solamente. Los muertos no hablan y nos importa mucho lo que puedan decirnos.

La puerta de la valla estaba abierta. Cruzaron el pequeño jardín y llegaron hasta la entrada del edificio. Una vez allí esperaron un instante, aguzando los oídos por si del interior de la casa les llegaban ruidos indicadores de que su presencia había sido descubierta. No oyeron nada. Como la puerta estaba cerrada, llamaron. Gunter se quedó ante ella, mientras sus compañeros se apartaban a uno y otro lado, para no ser vistos en el primer instante.

Tuvo que llamar tres veces antes de recibir respuesta. Al cabo oyeron pasos que se acercaban. El que acudía a abrir venía gruñendo malhumorado y no parecía muy firme sobre sus pies. Entreabrió ligeramente la puerta y en tono violento gritó al ver a Gunter:

—¿Qué quiere a estas horas? No necesito comprar nada ni hacerme ningún seguro. ¡Váyase y déjenos en paz!

—¡Quieto, Braddock! —repuso en tono apagado, pero enérgico, Robert—. Si no levantas en el acto los brazos...

Su interlocutor, un tipo alto, mal encarado, de frente estrecha y cejas muy pobladas, lanzó un rugido de rabia. El alcohol ingerido le había hecho olvidar las instrucciones recibidas, abriendo la puerta antes de cerciorarse de quién llamaba. Pero el peligro hizo desaparecer en una décima de segundo la embriaguez que le dominaba. Demostró en aquel instante que si abusaba de la bebida, nada tenía de cobarde. Reaccionó con resolución y energía. Con movimiento rápido se llevó la mano al costado, sacó una pistola y apretó el gatillo.

Afortunadamente para él, Gunter esperaba algo semejante. Saltó a un lado en el momento preciso y la bala pasó silbando junto a su oído derecho. Le hubiera gustado poder coger vivo a Braddock, pero comprendió en el acto que sólo a tiros lograría reducirle. Y tenía que disparar rápido, porque si daba al forajido ocasión de rectificar la puntería existían muchas probabilidades de no salir con vida de allí.

Todo esto lo pensó Robert en un abrir y cerrar de ojos. Tan rápida fue su respuesta, que el ruido del disparo que hizo casi se

confundió con el de su enemigo. Demostró entonces que no le temblaba el pulso en los momentos más críticos. Sólo una vez apretó el gatillo, pero resultó suficiente. Braddock sintió un dolor agudo en el pecho, le faltó aire para respirar, la boca se le llenó de sangre, mientras se le vidriaban las pupilas. Quiso agarrarse a la puerta para sostenerse en pie. Pero antes de lograrlo, se le doblaron las piernas y rodó por el suelo.

—¡Adentro todos! ¡Deprisa!

Dio el ejemplo penetrando en la casa, luego de saltar sobre el cuerpo del forajido muerto. Baring y los otros agentes le imitaron. Iban todos con las pistolas en la mano, dispuestos a destrozar a balazos cualquier intento de resistencia. En el interior salió corriendo, agitado y nervioso un hombre alto, flaco, con los ojos hundidos y la barba crecida, Gunter le amenazó:

—¡Arriba las manos o disparo!

El individuo se apresuró a obedecer, mientras en sus ojos se pintaba el más agudo terror. Contempló a los agentes que le amenazaban, vio el cadáver de Braddock tendido en el suelo y gritó asustado y tembloroso:

—¡No me maten, no me maten! Yo no tengo la culpa...

—¿Dónde tiene a Patrick

O'Brien?

—preguntó sin andarse con rodeos Gunter.

Su interlocutor le miró con redoblado temor.

Al cabo, vacilante, repuso:

—Ahí dentro. Me dijeron que me matarían si decía una sola palabra, pero...

Dejando que uno de los agentes esposase al detenido, Gunter corrió a la habitación que acababa de señalar. La luz estaba encendida. Se trataba de un cuarto interior, pequeño y maloliente. En el fondo, tendido sobre un camastro, se veía el bulto de un hombre que parecía dormir. Robert le cogió de un brazo para despertarle, pero el individuo siguió con los ojos cerrados. No estaba muerto, sin embargo, como lo demostraba su respiración entrecortada.

—Creo que éste es el joven que andamos buscando —dijo a su lado Baring.

Lo era, en efecto, aunque resultaba difícil encontrar gran

parecido entre el joven elegante y sonriente que aparecía en las fotografías facilitadas por el viejo

O'Brien

y aquel individuo andrajoso, esquelético, con la piel pegada a los huesos, sin afeitar durante diez o quince días y sumido en el más profundo sopor. Gunter recordó entonces las palabras de Jacqueline. El hijo del millonario estaba convertido, indudablemente, en una piltrafa humana.

Atraídos por los disparos entraban en aquel instante en la casa el capitán McLeigh y varios de sus hombres. Rápidamente registraron las distintas habitaciones del hotelito. No encontraron a nadie más ni tampoco nada de interés, excepto unas cuantas ampollas de morfina.

—Esto basta para explicar el estado en que se encuentra el joven O'Brien.

Gunter se enfrentó con el individuo prisionero. Se trataba, indudablemente, del doctor Dudley, del que le había hablado Jacqueline. En la Jefatura policíaca de Manhattan había estado examinando su ficha una hora antes. Sabía perfectamente a qué atenerse respecto a los antecedentes del tipo en cuestión. Era un indeseable desde el punto de vista profesional. Sufrió tres condenas por comerciar con estupefacientes y hacía ya diez años que se le había prohibido el ejercicio de la Medicina.

Pero había algo que la ficha no decía y que Robert podía comprobar ahora: Dudley no era sólo un negociante de drogas, sino una de sus víctimas. Bastaba mirarle un instante, advertir su mirada extraviada, sus manos temblorosas, su delgadez y la falta de coordinación en sus respuestas para darse cuenta de que era una verdadera ruina, como consecuencia del abuso de la cocaína, de la morfina o de cualquier otro estupefaciente. No fue mucho lo que Gunter pudo sacar de él.

—Ésta es mi casa y yo soy un gran médico. Me trajeron a ese joven para que le cuidase. Tenía que ponerle una inyección cada cuatro horas, para que siguiera durmiendo, ajeno a sus terribles dolores. Me dijeron que me matarían si me negaba. He cumplido celosamente con mi obligación. ¿Por qué me atan y me amenazan ustedes? ¿Por qué han matado al pobre Braddock?

Comprendiendo que allí no lograrían averiguar nada, Gunter

resolvió llevarse al detenido y al joven

O'Brien.

McLeigh se quedaría allí, acabando de registrar la casa y en espera de que se llevase el cadáver del forajido muerto. Metió en un coche bien esposado a Dudley y a Patrick, que seguía sin recobrar el conocimiento.

—Al Kastern Hospital —ordenó.

En el Kastern Hospital había toda una ala destinada a la asistencia de los detenidos, heridos o enfermos, que curaban allí bajo severa vigilancia. Media hora después se encontraba en el hospital. Mientras uno de los doctores examinaba cuidadosamente a los dos enfermos, Gunter telefoneó a Warren. A los pocos minutos, el inspector jefe se presentaba en el hospital, acompañado del viejo O'Brien.

El millonario reconoció sin vacilaciones a su hijo, que continuaba hundido en un profundo sopor.

—Padece una terrible intoxicación —explicó el médico que le había examinado—. Tan grave, que hubiera fallecido en un par de días, de continuar administrándosele como hasta aquí fuertes dosis de morfina.

—¿Tiene salvación?

—Espero que sí, aunque será preciso andar con mucho tiento. En cualquier caso, tardará varios meses en estar restablecido, y es muy posible que entonces no recuerde absolutamente nada de lo sucedido.

Roger

O'Brien

se puso de acuerdo con Warren y Gunter. Su hijo permanecería allí, bien custodiado, durante unos días. Al iniciarse la mejoría sería trasladado a un sanatorio de las Rocosas, donde esperaban que no llegase el poderío y la amenaza de su peligroso enemigo.

Pero si Warren, pese a las molestias que todavía le ocasionaba su herida había venido hasta el Kastern Hospital, no era tanto por comprobar que el joven

O'Brien

había sido rescatado, como por felicitar a Gunter y ver si conseguía arrancar al doctor Dudley alguna declaración reveladora sobre la identidad del famoso «Jefe Supremo».

Desgraciadamente, todos sus esfuerzos fracasaron en este punto concreto. El detenido no sabía ni recordaba nada. Hablaba con gran incoherencia de Braddock, que era, al parecer, al único que conocía. Aludía a otros que le habían amenazado, pero ni sabía sus nombres ni recordaba su aspecto. Sus explicaciones carecían de toda lógica. Ni siquiera pudo precisar cuánto tiempo llevaba en su casa el joven O'Brien.

Uno de los médicos les aconsejó:

—No le hagan más preguntas. No lograrán averiguar nada y sólo conseguirán hacerle empeorar. Está loco, rematadamente loco. Con una locura pacífica, desde luego, pero de la que jamás podrá curar.

Muy a pesar suyo hubieron de darse por vencidos al cabo de varias horas. Se disponían ya a abandonar el hospital convencidos de su fracaso, cuando una de las enfermeras dijo que llamaban por teléfono a míster Robert Gunter. Acudió éste al teléfono, esperanzado en que fuese Jacqueline quien le llamaba, pero se trataba de una voz de hombre, que afirmaba, en tono burlón:

—Te felicito, Gunter. Ganaste el primer asalto al rescatar a Patrick O'Brien.

De cualquier forma, el combate no está decidido aún. Y seré yo quien lo gane.

Colgaron antes de que pudiera responder una sola palabra. ¿Quién era? A juzgar por el tono irónico de sus frases, el «Jefe Supremo». Sin embargo, de la voz faltaba el acento metálico característico. Gunter quedó muy pensativo. ¿Se habría equivocado la primera vez que le oyó hablar o procuraba modificar ahora su voz el «Jefe Supremo», temeroso de ser reconocido?

No acertó en todo el día siguiente con una respuesta adecuada a esta interrogante. Tampoco logró sacar nada en limpio de las incoherentes manifestaciones de Dudley. En cuanto a Braddock, lo único que se pudo saber fue que tenía antecedentes penales por haber cumplido diversas condenas. Estaba en la estación de Policía de Manhattan, desolado por el nulo resultado de sus pesquisas, cuando le llamaron por teléfono. Se sobresaltó al oír la voz de Jacqueline, que le decía:

—Recibí el aviso que esperaba. El «Jefe Supremo» me verá esta tarde. Un coche cerrado me aguarda a las seis en punto a la salida

del puente de Brooklyn...

VI

EL TRIUNFO DEL SUPERHOMBRE



IRÓ Gunter el reloj. Eran las cinco y media de la tarde. Corriendo mucho, tardaría cerca de veinte minutos en llegar al puente de Brooklyn. Le quedaban diez minutos escasos para tomar una serie de medidas de urgencia inaplazable. Había de decidir, en primer término, si procuraba detener al coche y a sus ocupantes en el lugar mismo en que aguardaban a *madame* Dubois o marchar tras ellos para descubrir el refugio del «Jefe Supremo». Y en uno o en otro caso, disponer las fuerzas que habían de secundarle. Con la agravante de que, después de la traición de Gerald Davies, no podía tener confianza absoluta en todos los agentes de Policía que le rodeaban.

Ni Warren, ni Baring, ni McLeigh se hallaban a su lado en aquel instante. No podía perder demasiado tiempo en tratar de localizarlos, y menos aún en explicarles uno por uno lo que sucedía, si deseaba llegar a tiempo para poder seguir al automóvil que había de conducir a Jacqueline a presencia del «Jefe Supremo». Porque, no sin vacilar un par de minutos, llegó a la conclusión de que intentar detener a sus secuaces en el puente de Brooklyn no serviría de nada. Probablemente serían tipos decididos que se dejarían matar antes de entregarse. Y en el caso improbable de que lograsen cogerlos con vida, no hablarían o lo harían con tanto retraso, que el cerebro director de la organización podría escapar sin la menor dificultad.

Sabía dónde se encontraba Warren en aquel instante. Se lanzó a la calle, cogió el automóvil que tenía a su disposición y emprendió la marcha hacia el lugar señalado por *madame* Dubois. A mitad de camino hizo un breve alto, penetró en una cabina telefónica pública y llamó al inspector jefe. Tuvo la suerte de que fuese él quién se puso al aparato.

—Escúchame con atención, Joseph, y toma nota exacta de mis palabras. Acabo de recibir el aviso que aguardaba. El automóvil espera a las seis de la tarde a la salida del puente de Brooklyn. Tengo el tiempo justo de llegar allí. No he podido avisar a nadie. Voy solo, pero no por ello desconfío del éxito. Procuraré seguir al coche en que conducen a la muchacha, sin ser descubierto. Tan pronto como sepa dónde se dirigen telefonaré.

Estuvo a punto de dar por terminada la conversación. Se despedía ya, cuando una rápida idea, que cruzó por su cerebro, le obligó a añadir:

—Por motivos que sería demasiado largo explicarte ahora, sospecho que John G. Maxwell, gerente de la Import and Export Company, tiene relaciones con el «Jefe Supremo», caso de que no sea el «Jefe Supremo» en persona. También que el refugio de éste se halla en las proximidades del rascacielos del Northern Central. Convendría que mandases a Baring o fueses tú mismo a entrevistarte con Maxwell. Y que, en es —pera de la llamada, y anticipándote a los posibles acontecimientos, montases una discreta vigilancia en torno al rascacielos.

—Ten la seguridad de que haré todo lo que me indicas —repuso

Warren—. Veré personalmente a Maxwell. En la Jefatura de Manhattan habrá veinte coches preparados, para llegar en pocos minutos al punto que tú señales. ¡Procura no descuidarte y que tengas suerte!

Gunter volvió al coche y pisó el acelerador. Vio un «Cadillac» grande, cerrado, parado cerca de la salida del puente. Un individuo fingía arreglar alguna ligera avería del motor. Pasó por su lado. Al hacerlo vio que llevaba las cortinillas echadas. Esto bastó para convencerle de que era el coche que le interesaba. Siguió un centenar de metros y dio la vuelta. Regresó hacia el punto en que aparecía detenido el «auto», pero ahora con extraordinaria lentitud.

Estaría a unos cuarenta metros de distancia, cuando vio de lejos que una mujer penetraba en el coche y éste se ponía en marcha a una velocidad moderada. Gunter le siguió de lejos, procurando no perderlo de vista, pero sin llamar tampoco la atención de sus ocupantes.

Lo consiguió sin excesivas dificultades. El «Cadillac» no corría demasiado ni los individuos que viajaban en él debían temer que nadie les persiguiera. Ciertamente es que varias veces cambiaron repentinamente de dirección, tomando por calles transversales, pero en todos los casos no costó mucho trabajo a Gunter seguir su marcha. En un principio pareció que se dirigían a Hoboken, cruzando Manhattan y llegando a la orilla del Hudson; después subieron hacia el Norte, para torcer, más tarde, a la derecha y bajar de nuevo siguiendo las márgenes del East River.

—Indudablemente van al Northern Central Building —murmuró para sí Gunter al verles enfilarse por la Tercera Avenida.

Pero cruzaron por delante del rascacielos sin detenerse y continuaron cuatro o cinco manzanas más. Al pasar ante la entrada principal del edificio, Robert creyó reconocer como agentes a varios individuos que paseaban con aire indiferente frente a la puerta, y que un coche, detenido en las inmediaciones, era el automóvil de Warren. No pudo, sin embargo, adquirir una plena certidumbre, temeroso de que, si aflojaba la marcha, perdiera de vista a sus perseguidos.

Abandonando la Tercera Avenida, el «Cadillac» se metió por una calle de la derecha. Luego torció por otra. Un poco asombrado, Gunter comprobó que seguían un camino inverso al que llevaban

momentos antes, sólo que un centenar de metros por encima del edificio del Northern Central. De pronto, el coche se metió por una callejuela. Robert siguió tras él, a tiempo para verle doblar una esquina y precipitarse por una calle de segundo orden que corría a espaldas del rascacielos que había suscitado sus sospechas desde unos días antes.

Pisó el acelerador, deseando no perder a sus enemigos. Pero al salvar la esquina, se restregó los ojos, incrédulo y desconcertado. Dada la moderada velocidad a que marchaba el «Cadillac» y la escasa delantera que le llevaba, no era posible que hubiese llegado al extremo de la calle. Pero lo evidente era que había desaparecido como si la tierra se lo hubiese tragado.

Pensativo, Gunter paró su coche al borde mismo de la acera, en tanto miraba en todas las direcciones. Pronto creyó dar con la solución. En la parte trasera del Northern Central se abrían las puertas de diversos almacenes y garajes que ocupaban los sótanos del edificio. El «Cadillac» tenía que haber penetrado en cualquiera de ellos.

Tuvo intenciones de retroceder hasta cualquier teléfono público, para avisar a McLeigh que debía esperar su llamada en la Jefatura policíaca de Manhattan. Sin embargo, prefirió tratar de averiguar antes, por sí mismo, el lugar por dónde habían desaparecido sus perseguidos. Miró a un lado y a otro y no vio nada sospechoso. La calle estaba medianamente alumbrada. Por las aceras pasaban gentes de aire vulgar que salían de sus oficinas y corrían en busca del subterráneo o el autobús, que los llevasen a sus lejanas residencias. Nadie parecía mirarte ni vigilar sus movimientos.

Saltó del coche y, con la mano derecha metida en el bolsillo de la americana, donde llevaba preparada una pistola, avanzó lentamente, con todos los sentidos alerta y los músculos en tensión, examinando las entradas de los diversos almacenes y garajes del rascacielos. Pronto creyó dar con lo que buscaba. Un hombre, de aspecto pacífico, cerraba con cierto trabajo la inmensa puerta de entrada de uno de los garajes. Pudo dirigir una rápida mirada al interior del local y le pareció ver el «Cadillac» que le interesaba.

No necesitó ver más. Se dispuso a dar media vuelta y correr a dar aviso. Antes de quince minutos estarían allí veinte coches con un centenar de hombres armados con ametralladoras ligeras,

bombas de mano y todos los elementos precisos para, reducir a la impotencia a sus enemigos. El misterio que rodeaba al llamado «Jefe Supremo» no tardaría en resolverse...

De pronto, dos objetos duros se aplastaron contra su espalda, mientras una voz imperativa ordenaba en voz baja:

—¡Quieto, Gunter! Saca la mano del bolsillo sin intentar volverte ni lanzar un grito o te mato.

Debían ser varios los enemigos que tenía a su espalda, porque, sin que cesara la opresión contra su espalda de los cañones de dos pistolas, unas manos rudas le cogieron bruscamente del brazo derecho, obligándole a soltar la pistola que empuñaba y que no tuvo tiempo ni oportunidad de llegar a emplear.

—Sigue adelante y entra ahí sin volver la espalda.

A la orden siguió un brusco empujón, que le forzó a traspasar la puerta del garaje. Un segundo después, y sin permitirle volverse, le arrebatában el arma que llevaba en el bolsillo.

—Regístrale con cuidado, Joe, por si lleva otra pistola. Y tú, Sam, cierra de una vez la puerta.

Con cierto asombro, reconoció Gunter al llamado Joe. Era el mismo individuo con el que luchó a bordo del «Constellation», cuando pretendía obligarle a tirarse en su compañía en paracaídas. No necesitó volverse para comprender que quién seguía amenazándole a su espalda no podía ser otro que Freddie King, antiguo conocido suyo, comandante de la división del Norte, según Jacqueline.

—No lleva ni cortaplumas —dijo, tras un ligero registro, Joe.

—Perfectamente. Entonces puedes bajar los brazos y volverte. Así verás que tu victoria del avión no te ha servido, en definitiva, para nada.

Gunter obedeció lentamente. Bajó los brazos y paseó su mirada por el lugar en que se encontraba. Se trataba de un amplio garaje subterráneo, al que se bajaba por una pronunciada rampa. A la mitad de ésta se hallaba detenido el «Cadillac» que había venido siguiendo; más abajo divisó otros cuatro o cinco automóviles. La puerta que conducía a la calle aparecía cerrada y, junto a ella, permanecía vigilante el individuo de aire pacífico al que vio medio minuto antes. No estaba solo, naturalmente. A su lado, con una pistola en la mano derecha y un gesto complacido en el semblante,

aparecía King. Con él estaban Joe y otro individuo más, al que Robert no recordaba haber visto.

—¿No querías conocer al «Jefe Supremo»? —preguntó en tono burlón Freddie—. Pues no tardarás en satisfacer tu deseo, aunque posiblemente sea lo último que logres en esta vida.

El cerebro de Gunter trabajaba con vertiginosa celeridad. Se encontraba en el trance más apurado porque le había tocado pasar. Estaba en poder de unos enemigos que no vacilarían en matarle, convencidos de que representaba para ellos el máximo peligro. Tenía que proceder con rapidez y violencia, jugándose el todo por el todo si quería seguir viviendo.

—Baja hasta el fondo. Y no olvides que voy tras de ti.

Fingió obedecer. Inició el descenso por la rampa. A su lado, en actitud descuidada, iban Joe y el otro individuo al que no recordaba haber visto nunca. Ninguno de los dos era demasiado fuerte. Mirando con disimulo hacia atrás le pareció que King se confiaba un poco, charlando con Sam. Gunter era un buen luchador; conocía a fondo todos los secretos del «*jiu-jitsu*». No le costaría gran trabajo desembarazarse de Joe y su acompañante; más difícil sería vencer a Freddie y el llamado Sam. Tenía un máximo de probabilidades de que le cazasen. Pero si lograba apoderarse de una pistola, siempre se llevaría a alguno por delante y existiría una posibilidad, por remota que fuese, de resolver la situación a su favor.

La acción siguió con vertiginosa rapidez al pensamiento. Inesperadamente, su mano derecha, abierta y rígida, golpeó de canto el cuello del individuo que caminaba a su izquierda, que se derrumbó pesadamente, perdido el conocimiento, antes de que pudiera lanzar un grito. Sin pararse a verle caer quiso hacer lo mismo con Joe; pero éste, advertido quizá instintivamente del peligro que le amenazaba, agachó la cabeza y el golpe de Gunter vino a romperse contra su hombro. Robert se lanzó sobre él, agarrándole por la cintura, dispuesto a voltearle, lanzándole como un proyectil contra los enemigos que tenía a su espalda.

No logró realizar su intento. Acababa de asir a Joe, que se debatía impotente entre sus brazos hercúleos, cuando recibió un golpe formidable en la cabeza. Sintió que se le nublaba la vista y le abandonaban las fuerzas. Con un desesperado esfuerzo, resistiéndose a caer, soltó a Joe y pretendió volverse para hacer

frente a quién le había atacado por detrás. Casi en el mismo instante recibió un segundo golpe. Por un momento le pareció ver brillar ante sus ojos una serie interminable de estrellitas. Luego, todas se apagaron de golpe y rodó por el suelo, perdido el conocimiento. Freddie King le contempló un instante en silencio. Luego, dándole una patada despectiva, gruñó:

—Creía que aquí podría repetir la jugada del avión. Por fortuna, estaba preparado. Esta vez no se nos irá de entre las manos.

El desvanecimiento de Gunter sólo duró unos minutos. Al comenzar a volver en sí experimentó la extraña sensación de que subía vertiginosamente. Cuando abrió un instante los ojos creyó comprender que se encontraba en el interior de un ascensor. A su memoria acudieron, un tanto confusas, las explicaciones de Jacqueline acerca de la forma en que se había entrevistado en diversas ocasiones con el llamado «Jefe Supremo». ¿Le llevaban a su presencia? Posiblemente, sí. Por si acaso, le convenía aparentar que no recuperaba con facilidad sus fuerzas, simular un decaimiento mayor del sufrido. No hizo el menor movimiento y dejó que le siguieran sosteniendo en vilo los dos individuos que le conducían, mientras otros dos, con las pistolas en la mano, les protegían contra cualquier reacción ofensiva de Robert.

El ascensor se detuvo al cabo. Se abrió la puerta y, con los ojos medio entornados, Gunter pudo ver que se hallaba en una habitación estrecha y larga, sin ninguna ventana, en uno de cuyos extremos se abría una puerta. En ella había tres individuos; a dos no recordaba haberlos visto. El tercero era, indudablemente, Davies, el policía traidor.

—Le cazasteis, ¿eh? —preguntó alegremente Gerald.

—Sí —replicó King—. Tuve que pegarle fuerte, pero estaba decidido a que esta vez no pudiera escaparse.

—¿No le habrás dado demasiado fuerte? Parece medio muerto...

—¡Ya verás lo poco que tarda en resucitar!

Dadle un sorbo de «*whisky*». Es una pena desperdiciarlo con este tipo, pero...

Uno de los individuos aplicó una botella de «*whisky*» a los labios de Gunter y, echándole hacia atrás la cabeza, le hizo beber un buen trago. Robert sintió una ligera quemazón en la garganta, pero el alcohol le devolvió casi instantáneamente buena parte de las fuerzas

perdidas. Inevitablemente se estremeció un poco. Comprendió que no podría seguir fingiéndose desmayado. Lanzó un ligero lamento y abrió los ojos, aunque simuló que estaba tan débil que apenas podía tenerse en pie. Gerald indicó entonces a King:

—Hacedle pasar cuanto antes. El «Jefe» está esperando.

Joe y otro individuo le condujeron hacia la puerta del fondo, llevándole cogido por ambos brazos. Tras ellos marchaba Freddie, con una pistola en la mano derecha. Le hicieron transponer la puerta, que se abrió silenciosamente para dejarles paso, volviendo a cerrarse a su espalda. Gunter daba muestras de abatimiento, andando con torpeza, como si apenas tuviese fuerzas para mover los pies.

Se encontró en una habitación extraña, como no recordaba haber visto en parte alguna. Era casi cuadrada y mediría unos diez metros de lado. Carecía de cualquier hueco en las paredes, excepto la puerta por dónde había penetrado, y aun ésta, una vez cerrada, quedaba perfectamente disimulada. Junto a la pared que daba frente a la entrada, podía verse una gran mesa de caoba tallada. Sobre ella, una serie de complicados aparatos: telefónicos, los unos; de radio, otros; algunos, de televisión, a juzgar por sus pequeñas pantallas. La iluminación no resultaba menos sorprendente. Tres grandes focos proyectaban una luz intensa y potente sobre el centro de la estancia, dejando, en cambio, envuelto en penumbra al individuo que se adivinaba, que veía, sentado detrás de la mesa.

Sus guardianes llevaron a Robert hasta unos tres metros de la mesa. Allí, en el punto más iluminado, le obligaron a detenerse. En tono de respeto y sumisión, Freddie King dejó oír entonces su voz:

—Comandante de la división del norte se presenta a «Jefe Supremo» con el detenido Robert Gunter, conforme se le ordenó.

—Perfectamente —repuso una voz de tono metálico—. Mis órdenes se han cumplido al pie de la letra. Le felicito. Será objeto de una recompensa.

Con una ligera inclinación de cabeza dio las gracias King. Luego, con un gesto, pareció ordenar a sus secuaces que se retirasen. El «Jefe Supremo» volvió a hablar entonces:

—Prefiero que se queden. Son hombres de probada lealtad y pueden oír cuánto voy a decir. Acaso sea conveniente su presencia.

Tanto Joe como su compañero expresaron su asentimiento con

una respetuosa inclinación de cabeza. Se hizo una breve pausa. Forzando la vista, Robert trataba de divisar el rostro del misterioso «Jefe Supremo». No lo consiguió. Como Jacqueline había insinuado, debía llevar cubierta la cara con un antifaz negro. Sin embargo, cada vez tenía menos dudas acerca de su identidad.

—Bien, Gunter —habló, al fin, el individuo—. Te anuncié que ganaría el combate empeñado y no me equivoqué. Estás en mis manos y no saldrás vivo de ellas. Aunque tenías el más elevado concepto de tu inteligencia, has caído como un estúpido en la trampa tendida.

Robert no se molestó en responder. Cada minuto que ganaba se iba sintiendo más fuerte. Sabía que estaba al borde de la muerte, pero también que, mientras no está todo perdido, no hay nada perdido. Esperaría con calma una oportunidad, por peligrosa que fuese. Mientras, dejaría hablar a su interlocutor cuanto le diese la gana.

—Sí, amigo mío, sí. Soy más inteligente que vosotros y tenía que triunfar. Preparé con habilidad una celada y te dejaste cazar. Me explico tu asombro. Pero puedo asegurarte que estaba seguro de cogerte, que sabía incluso la hora y el lugar exacto en que te echaríamos mano.

Guardó silencio por espacio de un minuto, como si esperase una exclamación de asombro en su interlocutor. Al ver que Robert no respondía una sola palabra continuó:

—¿No me crees? Me lo explico. Es demasiado sutil para una inteligencia como la tuya. Cuando te escapaste en el avión, cuando lograste salvarte en el hotel y, sobre todo, cuando diste con el paradero del joven

O'Brien,

te creíste superior a mí. Abrigabas la ilusión de terminar conmigo, sin darte cuenta de que era yo quien había de terminar contigo, como terminaré con todos los que se atrevan a ponerse frente a mí.

A medida que el «Jefe Supremo» hablaba se iban desvaneciendo las últimas dudas de Gunter. Seguía sin verle la cara. Pero el tono de su voz, la soberbia de su actitud, el desprecio con que aludía a la inteligencia de los demás era suficiente para demostrarle que el desconocido jefe de la criminal organización no era otro que...

—Te explicaré lo que nunca llegarías a comprender. Si

encontraste al joven

O'Brien

fue porque así convenía a mis planes. Una vez que el viejo redactó su nuevo testamento, sólo me servía de estorbo. La artimaña que empleé me sirvió para librarme de un viejo chiflado como el doctor Dudley, del borracho estúpido de Braddock y de Patrick mismo. Aparte de permitirme comprobar, sin la menor sombra de dudas, la traición de Jacqueline Dubois.

—¿Jacqueline Dubois? —preguntó, sin poderse contener, Gunter.

Su interlocutor dejó oír una risita de satisfacción al oírle. Inmediatamente continuó:

—Sí. Hace días que sospechaba de ella, pero no estaba seguro, porque siempre se mostró inteligente, hábil y resuelta. Decidí salir de dudas. Un día hice que King la dijese dónde estaba Patrick, que fuese a verle incluso. Horas después te presentabas tú en el hotelito de Harlem. Era lo que yo había previsto. Entonces tuve la seguridad de que pronto estarías en mis manos.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Aún no lo has comprendido? La cité a una hora determinada, con pocos minutos de antelación. Sabía que la seguirías. Todo salió conforme esperaba. Sin sospechar nada, picaste el cebo. Ahora puedes irte despidiéndote de la vida. Te quedan muy pocos minutos de vida.

Robert comprendió que decía la verdad. Con un exceso de ingenuidad imperdonable se había metido en la boca del lobo. Su torpeza merecía el castigo que le esperaba, aunque aún confiaba en poderse salvar en un último y desesperado intento. Le angustiaba, sin embargo, lo que fuese de *madame* Dubois.

—Está bien —repuso—. He perdido y estoy dispuesto a pagar. Pero ¿qué harás con Jacqueline?

Su interlocutor no respondió directamente. Hizo funcionar uno de los aparatos. Aunque no entró nadie, se oyó claramente una voz que decía:

—Jefe de grupo quinto espera órdenes.

—Traed inmediatamente al agente

Tres-L.

Se hizo un profundo silencio. Por espacio de dos minutos nadie

habló una sola palabra. Al cabo se abrió repentinamente un panel de la pared de la derecha. Gunter pudo ver una escalera de caracol que parecía subir hacia lo alto. Pero no tuvo tiempo para fijarse mucho, porque por la abertura cruzaron Jacqueline Dubois y un tipo amenazador, en el que reconoció sin la menor duda a Mike Brown.

—Aquí la tienes —dijo, con voz alegre, el llamado «Jefe Supremo»—. ¿No os queréis mucho? Pues quiero daros la última alegría. Moriréis juntos. Vuestros cadáveres aparecerán mañana en cualquier calle de Brooklyn. Entonces, todos, empezando por tu amigo Warren, tendrán que reconocer que mi triunfo ha sido completo.

Gunter fijó la mirada en Jacqueline, que le miraba, a su vez, con lágrimas en los ojos. Instintivamente, la mujer avanzó hacia él, pretendiendo abrazarle. Mike la contuvo. El «Jefe Supremo» lanzó una carcajada.

—¡Qué espectáculo más conmovedor! El amor sobreponiéndose al miedo a la muerte. Una mujer que sacrifica su vida al cariño que le inspira un gallardo agente del

F. B. I.

Y yo riéndome de todos, derrotando a mis enemigos, demostrando que la organización policíaca más famosa del mundo no es capaz de frustrar uno solo de mis planes.

—Te equivocas —repuso Gunter, sobreponiéndose a la emoción que la vista de Jacqueline le producía—. El

F. B. I.

te aplastará. Hasta ahora, ninguno que le desafió pudo contarle. Y tú no serás la única excepción.

—¿Estás seguro, Robert? —inquirió, con la misma ironía de antes, el «Jefe Supremo».

—Completamente. En primer lugar, ya sé quién eres, John Gunter Maxwell. Y una vez descubierto...

—¿Crees que podrás decírselo a nadie? Olvidas que estás en mis manos y qué no saldrás de ellas con vida.

—No, pero será tu último crimen. Tanto el inspector jefe Warren como el capitán McLeigh están enterados de tu verdadera personalidad. Se lo dije yo mismo antes de lanzarse en seguimiento de *madame* Dubois. Podrás matarme, matarnos, pero esta misma

noche, mañana, lo más tarde...

—Me cogerán, ¿verdad? —repuso, con una sonrisa, Maxwell, que ahora abandonó su asiento detrás de la mesa para dar unos pasos al frente—. Pues te equivocas, Robert: hace media hora que Warren estuvo hablando conmigo, en mi despacho de la Import and Export Company. Sospechaba algo de la verdad, pero yo disipé todas sus dudas. Con un resto de desconfianza dejó unos agentes a las puertas de la oficina, para comprobar si yo me movía de mi despacho. No me han visto salir, naturalmente. Ellos mismos serán las mejores pruebas de mi inocencia en todo lo relacionado con tu muerte.

—Pero sabrán que estoy en el mismo edificio; verán mi automóvil en las inmediaciones del Northern Central y...

—¿Tan tonto me crees? Nadie sabe que estás aquí, ni que estuviste nunca. Tu cadáver aparecerá a varias millas de distancia. ¿Tu coche? Apenas bajaste de él, montó uno de mis agentes. Lo dejará abandonado donde convenga. Dentro de media hora, yo saldré tranquilamente de la oficina; los secuaces de Warren me seguirán y verán que voy directamente a mi casa. ¿Cómo podrán culparme de nada?

Robert no acertó a responder. El plan de Maxwell parecía magníficamente trazado. Había cuidado hasta el último detalle. No habría manera de probar quién era. Tampoco podían esperar auxilios de nadie. Tendrían que confiar la salvación a sus propias fuerzas. No cabía contar, salvo consigo mismo. Y ¿qué podría hacer solo, desarmado, frente a cinco enemigos, que tenían las pistolas al alcance de la mano? Le invadió un profundo abatimiento. Más que su propia muerte, le dolía la de la mujer amada. Sagazmente, Maxwell, que le observaba con atención, se dio cuenta del curso de sus pensamientos. Alegrementemente comentó:

—Convéncete, Robert, de que estás perdido. Me has insultado muchas veces. Te creías más listo, más valiente, más audaz que yo. Ahora, cuando ya es tarde para rectificar, tienes que reconocer tu error. Valgo cien veces más que tú, que cuántos has conocido. Morirás a mis manos, morirán todos los que me estorban. Y tarde o temprano...

—Acabarás en la silla eléctrica. Es lo que merecen tus crímenes y lo que tendrás un día u otro.

—Te equivocas —replicó, exaltado, Maxwell—. Terminaré por triunfar. Llegaré a ser dueño del mundo. El sueño ambicioso que no pudieron realizar Alejandro, César y Napoleón lo llevaré yo a feliz término. Será el triunfo del superhombre profetizado por Nietzsche. Y el superhombre soy yo.

Hablaba como iluminado, con una absoluta seguridad en sí mismo. Por vez primera, Robert dudó de su equilibrio mental. Sin poderse dominar, expresó en voz alta su pensamiento:

—¡Estás loco!

—¡Loco! Siempre los imbéciles dijeron lo mismo de los genios. Para la tortuga, que se arrastra por el suelo, está loca el águila, que quiere ascender al sol. Los débiles, los cobardes, los que sienten el vértigo de las alturas, no pueden seguir el camino que pasa por la cima de las montañas. Pero yo sí. Mi voluntad es como una flecha lanzada sobre la diana del triunfo final. Lograré la victoria, una victoria como no vieron los siglos pasados; como no podrán contemplar los venideros...

—¿Y esperas triunfar a fuerza de sangre, de crímenes, de asesinatos?

—¡Bah! Es necesario que los inferiores perezcan o se sometan para que triunfen los fuertes. ¿Asesinatos, crímenes? ¿Por qué pretendéis medirme a mí con vuestro propio rasero? La igualdad de los hombres al nivel de los más bajos es el mayor de los crímenes conocidos. El superhombre debe estar libre de todo freno ético, de todo sentimentalismo humillante, de toda cobardía, moral. Yo destruiré esas trabas.

Sus propias palabras contribuían a exaltarle. Se había quitado el antifaz y ahora hablaba en tono grandilocuente, seguro de su victoria, manoteando con aire nervioso, febril.

—Nada me importa la sangre que se derrame. Purificaré al mundo de muchos siglos de bajezas; será la simiente de un mañana mejor. Desencadenaré la tercera guerra, la definitiva. Las grandes potencias se acometerán con salvaje desesperación. Los gases, las bombas, la lucha bacteriológica, provocarán el caos...

—¿El caos? —inquirió Gunter, estremeciéndose involuntariamente.

—Sí, el caos. ¿No recuerdas la frase del poeta?: «Hay que tener un caos dentro de la cabeza para dar a luz una estrella». Sobre el

caos del mundo en ruinas, yo alumbraré la estrella de una nueva civilización. Será la victoria de los fuertes, de los nacidos para dominar, para imponerse. Y por encima de todos estaré yo, John G. Maxwell, el «Jefe Supremo», el futuro dueño del mundo.

Sus ojos despedían llamaradas. Robert miró en torno suyo, queriendo comprobar el efecto que tan extraordinarias declaraciones hacían en los secuaces de su interlocutor. Advirtió en ellos una admiración sin límites, un ciego fanatismo, que los llevaría a luchar sin vacilaciones hasta el último extremo. Tras una breve pausa para tomar aliento, John prosiguió:

—¿Comprendes ahora mi grandeza y tu pequeñez? Eres un simple guijarro, que yo aparto con un leve movimiento desdeñoso. Mientras luchabas en los frentes sin saber exactamente por qué arriesgabas tu vida, yo hacía fabulosos negocios. En la próxima guerra ganaré mil veces más. El dinero será una de mis palancas; las otras, una organización más poderosa de lo que nadie supone y una inteligencia superior, que me conducirá a la victoria.

—O a la muerte.

—La muerte sería un fracaso y yo no puedo fracasar. El mundo es un polvorín, que yo haré saltar. Será la tercera guerra, la definitiva. Siempre fueron tres las guerras que decidieron el curso de la Humanidad. Tres las guerras medas, que dejaron paso franco al genio de Grecia; tres las púnicas, que asentaron el poderío de Roma. Las de ahora serán las últimas que conozca la Historia. Porque su final será el triunfo del superhombre. Y no sólo en un rincón del Mediterráneo o un trozo de la vieja Europa, sino sobre el mundo entero, de una vez y para siempre.

Había en sus razonamientos cierta ilación lógica, aunque Robert estaba más convencido a cada paso de que Maxwell había perdido el juicio. Poseído por una pasión sin freno ni medida, se transfiguraba al hablar. Ya se veía dominando al mundo y cerraba con fuerzas las manos, como si no quisiera que se le escapase la codiciada presa. De pronto pareció volver a la realidad inmediata. Mirando a Gunter habló ahora en un tono distinto, en el que un odio salvaje sucedía a la anterior exaltación:

—Tienes que morir, Robert; que morir, porque sabes demasiado, porque te aliaste con mis enemigos, porque jamás comprendiste mi grandeza. Pero no hubiera quedado satisfecho si hubieses muerto

sin oírme hablar, sin reconocer mi superioridad, sin admitir que yo soy el superhombre. Ahora...

Se encendió una lucecita sobre la mesa y repiqueteó el timbre de un teléfono. Interrumpiéndose, Maxwell se volvió hacia la mesa, accionó una palanquita e inmediatamente se oyó la voz del secretario del gerente de la Import and Export, diciendo:

—El inspector Warren insiste en volver a verle, señor. Le he dicho que no puede recibirle ahora, que está muy atareado, pero se niega a esperar. Dice que si no abre usted la puerta, la derribará.

—Perfectamente, Smith. Dile que le recibiré antes de cinco minutos.

Cortó la comunicación y estableció otra distinta. Una de las pantallas de los aparatos de televisión se iluminó de pronto. Asombrado, Gunter vio reflejarse en ella la secretaria de Maxwell. Allí estaban los tres empleados a quienes había visto días antes, durante la visita a su hermano, y la misma puerta de hierro que cerraba el paso al despacho del gerente. Pero en la habitación había alguien más que los empleados, y esto revestía el máximo interés, porque se trataba de Warren y otros cinco agentes. Todos daban muestras de nerviosismo e impaciencia; alguno, incluso tenía la pistola en la mano. El inspector jefe parecía examinar con atención la puerta del despacho. A través del aparato llegaron con claridad sus palabras:

—Tiene una plancha de acero; habrá que hacerla saltar si ese maldito Maxwell no abre de una vez. En cualquier forma, tendrá que explicarme su tardanza. Y otras cosas que cada vez me parecen más turbias...

Con gesto nervioso, el «Jefe Supremo» cortó la comunicación. Gunter no había perdido el menor detalle y experimentó una alegría considerable. Contra lo que su hermano pretendía, no había logrado despistar a Warren.

—Te equivocaste, John. Tu victoria no es tan completa cómo te imaginabas. Warren ya sabe quién eres. Cuando creías estar en el Capitolio te encuentras en la roca Tarpeya.

—Quién se engaña eres tú, Robert —repuso Maxwell, sonriente—. Dentro de dos minutos abriré la puerta. Nadie podrá demostrar que me he movido de mi despacho un solo segundo. Y por mucho que registren, no sabrán nunca por dónde entro y salgo.

Apretó un botoncito en la parte trasera de la mesa. En el acto se descorrió un trozo de pared, dejando ver un ascensor. Mostrándoselo a Gunter, añadió:

—Ahí tienes el secreto que nunca descubrirán tus amigos. De aquí a mi despacho empleo treinta segundos. Darías cualquier cosa por poderlo contar, ¿no? Pues desecha esa esperanza. Me voy, y no volveremos a vernos.

Dio un paso hacia el ascensor. Al borde de la mesa hizo un breve alto, para añadir, dirigiéndose a King:

—Esperad con calma mis órdenes. Mientras, podéis ir liquidando a éstos. Cuanto antes mueran... Aguardad a que me haya ido. No me gusta ver sangre...

Freddie asintió con un gruñido. Gunter comprendió que había llegado al final. Tan pronto como Maxwell penetrase en el ascensor, sus secuaces empezarían a tiros con ellos. Había que actuar antes, que lanzarse a la desesperada sobre sus enemigos. Y lo hizo.

Joe y otro individuo le sujetaban por los brazos, mientras King aparecía delante de él con una pistola en la mano. Brown permanecía junto a Jacqueline, vigilando sus movimientos, dispuesto a dominar en el acto cualquier intento de resistencia. Robert actuó con rapidez y energía.

Midiendo con exactitud las distancias, alargó la pierna derecha. La punta de su zapato alcanzó la mano derecha de King, forzándole a soltar la pistola que empuñaba, y que fue a caer con ruido sordo sobre la mesa. Al mismo tiempo, flexionando con potencia extraordinaria ambos brazos, lanzó uno contra otro a los dos forajidos que le sujetaban, cuyas cabezas chocaron con violencia, rodando confundidos por el suelo.

Saltando por encima de ellos, Gunter quiso lanzarse sobre Maxwell. Brown y King le cerraron el paso. Robert quiso abrirse camino a puñetazos y patadas. Sus enemigos se le agarraron al cuerpo, esforzándose por sujetarle. Es posible que de estar solos hubieran sido vencidos. Pero Joe y el otro forajido, reaccionando con rapidez, saltaron por la espalda sobre el agente del F. B. I.

Pese a que Gunter se debatió con las fuerzas de la desesperación, a los pocos segundos se veía reducido a la impotencia.

John había presenciado interesado la lucha. Al ver vencido a

Robert sonrió, satisfecho. Se dispuso a tomar el ascensor, diciendo a sus secuaces:

—Ya veis que no conviene fiarse. Terminad con él cuanto antes.

Ocurrió entonces algo totalmente inesperado. Interesados por reducir a Gunter, todos se habían olvidado de Jacqueline. La mujer procedió entonces con rapidez y energía. De un salto llegó junto a la mesa, recogió la pistola perdida por King y apoyándola en la espalda de Maxwell amenazó:

—¡Quietos todos! ¡Si no soltáis a Gunter, mato al «Jefe Supremo»!

VII

LA PESADILLA SE DESVANECE



L rostro de Maxwell experimentó una brusca mutación. Se borró la sonrisa que contraía sus labios, para dejar paso a una expresión de asombro y zozobra. Intentó volverse, pero Jacqueline se lo impidió:

—Si se mueve, disparo. Ordene que dejen a Gunter. Deprisa...

John miró a sus secuaces. Desconcertados por la inesperada actitud de la mujer, King y sus compañeros no sabían qué hacer. Con gesto nervioso, Freddie había sacado otra pistola, pero no se atrevía a disparar, temeroso de herir a su jefe. Se produjo una pausa embarazosa, un silencio preñado de siniestras amenazas. Jacqueline apremió:

—¡Suelten a Gunter! Si tarda medio minuto...

Maxwell hizo un gesto a sus esbirros. Los individuos que sujetaban a Robert apartaron sus manos. Gunter quiso correr al lado de la mujer amada. Joe le detuvo, poniéndole el cañón de una pistola contra el costado derecho.

—Alto —dijo—. Soltarte es una cosa; dejarte escapar, otra. Podrás ir hasta el otro lado de la mesa, cuando ella deje venir aquí al «Jefe Supremo».

—Si no le dejan libre en el acto y sin condiciones disparo —amenazó Jacqueline.

—No lo hará —repuso Maxwell, que, recobrada la serenidad, había medido fríamente la situación—. Quiere demasiado a Robert, para precipitar su muerte. Hablemos con entera calma. Veamos lo que más conviene a cada uno y la forma de llegar a un acuerdo, pero sin dejarnos llevar por los nervios ni intimidar por amenazas.

—¡Cuidado, Jacqueline! —advirtió Gunter, adivinando el juego de John—. Pretende ganar tiempo, confiarte y aprovechar el menor descuido.

—¡Tú te callas! —amenazó, violento, Joe—. Una sola palabra más...

—Y morirá el «Jefe Supremo» —le interrumpió Jacqueline—. Resolved de una vez. Empiezo a perder la paciencia.

Robert comprendía mejor que nadie que aquella situación no podía prolongarse por espacio de muchos minutos. También que a ellos les tocaría llevar posiblemente la peor parte. Eran dos contra cinco, con la terrible desventaja, además, de que la única pistola de que disponían estaba en manos de una mujer. Vio un rápido cambio de miradas entre Maxwell, de un lado, y King y Brown, de otro, y pronto adivinó su juego.

Mientras su jefe tornaba a hablar, procurando distraer la atención de Jacqueline, Brown y King, disimuladamente, se acercaban por ambos lados, bastante separados entre sí, a la pared del fondo. Querían situarse en forma que el cuerpo de John no se interpusiera entre ellos y la mujer. Entonces tirarían a matar. En aquel preciso instante, Maxwell se arrojaría al suelo, y si madame Dubois llegaba a disparar, sus balazos irían altos.

Era un plan demasiado complicado para podérselo exponer en pocas palabras a su amada, en el caso improbable de que Joe le

permitiese hacerlo. La única salida estaba en actuar. Y en actuar antes de que fuera demasiado tarde.

Como siempre ocurría en él, la acción, más que seguir, acompañó al pensamiento. Interesado por el lento avance de sus compañeros, Joe dejó de mirar durante una fracción de segundo a Gunter. Fue solo un instante, pero Robert supo aprovecharlo magníficamente. Con movimiento brusco, sus dos manos cayeron sobre la muñeca derecha de Joe. El forajido sintió que le retorcían el brazo con tal salvaje violencia, que chascaba el hueso del codo. El arma se le escapó de entre los dedos, al mismo tiempo que Gunter lo lanzaba de un violento empujón contra el otro malhechor, que, al recibir el impacto, dio un par de traspiés antes de rodar por el suelo.

—¡Dispara, Jacqueline, dispara! —gritó Robert, tirándose de bruces al suelo para recoger la pistola perdida por Joe.

La muchacha no se hizo repetir la orden. Pero ya antes había disparado Brown, y una onza de plomo le produjo un ligero rasponazo en el hombro derecho. La herida no revistió importancia, pero fue suficiente para que, instintivamente *madame* Dubois levantase un poco el brazo con la fatal consecuencia de que sus dos primeros disparos se perdieran en el vacío.

Maxwell se dio buena prisa en apartarse de su lado. Se agachó, primero, para rehuir los balazos; corrió hacia la derecha, después, en tanto sacaba con precipitación una pistola. Luego, junto a la pared ya, se volvió para hacer fuego.

Eran entonces varios los que disparaban ya en el interior de la extraña habitación. Desdeñando el peligro que la mujer representaba, y al que muy bien podían hacer frente Brown y el «Jefe Supremo», King tiró contra Gunter. El primer balazo se lo metió en una pierna. El segundo, posiblemente habría terminado con Robert, si éste le hubiese dejado tiempo de hacerlo. Por fortuna para él, Gunter tenía ya en su mano la pistola de Joe y la manejó sin perder un solo instante. Había sentido en sus carnes el mordisco del plomo; vio a Freddie presto a seguir disparando y procuró adelantarse. Tuvo suerte. Tirando desde el suelo, alcanzó a King en el pecho. El forajido lanzó un grito de dolor y luego rodó por tierra.

Tomando el sillón del «Jefe Supremo» como improvisado parapeto, Jacqueline se defendía a la desesperada contra Maxwell y

Brown. Una y otros tiraban con rapidez, con ansias de matar, pero a todos les sobraban nervios, ninguno de los tres debía ser un buen tirador y la mayoría de los balazos se perdían en el vacío sin ventaja para nadie.

Joe se había puesto en pie; pero, desarmado como se encontraba, no podía participar en la lucha. Sólo pensó en correr a la puerta por dónde diez minutos antes había penetrado Jacqueline y que conducía a la sala de mandos. Logró su propósito, porque Gunter estaba atareado haciendo frente al otro forajido, que se había incorporado con rapidez manejando una pistola. Entre ambos se desarrolló una lucha dramática, que apenas duró quince segundos. El bandolero apretó por dos veces el gatillo del arma que empuñaba. Una de las balas se perdió en la pared de enfrente; la otra produjo un extenso rasponazo en la cabeza de Robert, que providencialmente había bajado la cabeza en aquel instante. La respuesta de Gunter tuvo una eficacia desoladora. También hizo fuego dos veces; las dos alcanzó a su enemigo. Y la última le hirió entre los dos ojos, matándole instantáneamente.

Casi al mismo tiempo, y a cambio de una herida en el brazo izquierdo, Jacqueline terminaba con Brown. El bandolero, seguro de su superioridad sobre una mujer que tiraba evidenciando una falta absoluta de puntería, cometió la imprudencia de acercarse, deseoso de terminar con su adversaria. *Madame* Dubois hizo varios disparos sin dar en el blanco. Pero consiguió meter en el vientre de Brown la última bala que la quedaba en el cargador de la pistola.

Como Brown dio, vacilante, unos traspiés antes de rodar por tierra, Jacqueline quiso seguir disparando. Advirtió entonces, desolada, que había agotado las municiones. Maxwell lo advirtió también. Apuntando fríamente a la mujer, gritó, con alegría salvaje:

—¡Al fin voy a darte tu merecido, traidora!

Una rápida mirada bastó a Gunter para darse cuenta de la situación. Parado junto a la abertura, en la pared que conducía a la sala de mandos, John se disponía a matar a *madame* Dubois. Gunter resolvió anticiparse. Quiso tirar a matar, pero hubo algo más fuerte que su voluntad que se lo impidió. Aunque fuese un loco peligroso, un monstruo que soñaba con hundir el mundo en un mar de sangre, aquel individuo era su hermano. No podía matarle.

Disparó casi sin apuntar, pero demostrando una maravillosa

precisión, Maxwell sintió un golpe violento en la mano derecha; la pistola que empuñaba se le escapó de entre los dedos. Quedó desarmado, a merced de su enemigo.

Perdió la tranquilidad de que alardeaba; sintió un repentino terror y sólo pensó en escapar. De un salto transpuso la abertura de la pared por dónde había marchado Joe. Gunter pudo matarle, disparando de nuevo en aquel instante. Vaciló un segundo. Fue suficiente para que Maxwell desapareciese, porque el panel se cerró a su espalda.

Robert no perdió entonces una milésima de segundo. Inclínándose sobre el forajido muerto, cuyo nombre ignoraba, le quitó la pistola que todavía empuñaba y los varios cargadores que tenía en el bolsillo de la americana, mientras Jacqueline, imitando su ejemplo sin hablar una palabra, hacia lo propio con Brown. Luego, Gunter pasó al otro lado de la mesa, reuniéndose con la mujer amada.

—El ascensor —dijo— puede ser nuestro camino de salida.

Pero no llegaron a utilizarlo. Apenas acababa de pronunciar tales palabras, cuando la puerta que conducía a lo que podía denominar antedespacho del «Jefe Supremo» se abrió de golpe, y en el umbral, pistola en mano, aparecieron Gerald Davies y otros tres individuos, atraídos y alarmados por los disparos que habían resonado en el interior de la habitación. Sobresaltado, Gerald preguntó:

—¿Ocurre algo extraño, jefe?

La respuesta fue un balazo, que pasó silbando cerca de su cabeza, yendo a clavarse en la frente de uno de sus acompañantes, un individuo corpulento que aparecía a su izquierda y que se vino a tierra con un grito de agonía. Gerald y los otros dos replicaron a tiros, no sin tomar la precaución de parapetarse en el umbral de la puerta a fin de ofrecer el menor blanco posible a sus enemigos.

Agazapados tras de la mesa y el sillón, Robert y Jacqueline, pese a que ambos estaban heridos, podían tener a raya sin excesivas dificultades a sus nuevos adversarios. En cambio resultaba arriesgado, suicida casi, pretender llegar al ascensor... Eran cuatro metros escasos; pero no podrían atravesarlos sin recibir un balazo en mitad de la espalda.

—Tenemos que resistir aquí, sea como sea. Voy a procurar

ponerme en contacto con Warren, para reclamar su ayuda.

Recordaba perfectamente el aparatito de televisión donde, por un instante, había aparecido la secretaria del gerente de la Import and Export Company. Lo hizo funcionar. La pantalla se iluminó en el acto. A los diez segundos, un balazo, disparado por Gerald Davies, alcanzaba de lleno el aparato. Pero Robert podía sentirse satisfecho. En aquellos segundos había visto algo muy interesante: la puerta del despacho abierta; Warren y diez o doce policías, pistola en mano, registrando por todas partes, y a los empleados de la secretaría, con los brazos en alto y un gesto de terror en el semblante.

Conocía también el teléfono empleado por Maxwell para hablar con su secretario. Lo bajó de la mesa, y agazapado en el suelo, mientras Jacqueline tiraba para contener a sus enemigos, trató de establecer comunicación. Oyó el repiqueteo de la llamada. A los dos segundos, le llegó la voz de Warren inquiriendo, malhumorado:

—¿Quién es?

—Soy yo, Warren. ¿Me conoces?

—¡Robert Gunter! ¿Puede saberse dónde estás?

—Escúchame con atención. Jacqueline y yo estamos cercados, defendiéndonos a balazos, en una extraña habitación, sita en el interior de la aguja que remata el rascacielos. No creo que podamos aguantar más de cinco o seis minutos. Si tardáis más nos matarán. De todas formas, es preciso que sepas que el «Jefe Supremo» es John G. Maxwell, y que está aquí.

—¿Cómo podemos llegar ahí? Tenemos rodeado el edificio y no escapará nadie. Pero es necesario que os ayudemos. Y no veo medio de conseguirlo. Todas las escaleras terminan al llegar a la planta cuarenta y nueve.

—Existe un ascensor, que sube aquí desde el despacho de Maxwell. Alguno de los tipos que tenéis ahí debe de saber en qué pared se oculta. Obligadles a decirlo. Voy a intentar mandarlo, porque ahora está aquí arriba. Pero daos prisa o será demasiado tarde para nosotros.

No pudo seguir hablando. Jacqueline lanzó en aquel momento un gemido de dolor y se dejó caer tras de la mesa. Gunter hubo de encargarse de contener a Gerald Davies y sus acompañantes. Unos balazos, hechos sin apuntar, bastaron para que retrocediese a toda

prisa un individuo que había penetrado ya en la habitación.

—¿Ha sido mucho? —preguntó Robert.

—Creo que no —repuso Jacqueline—. Me dieron en el hombro izquierdo. Pero creo que podré seguir manejando la pistola con la mano derecha.

Gunter pensó que había algo más importante y urgente. ¿Se había fijado su amada qué botón había apretado Maxwell para hacer funcionar el ascensor? Por fortuna, *madame* Dubois lo sabía. Precisamente la tenían en aquella habitación cuando el «Jefe Supremo» llegó procedente del despacho de abajo.

—Pues manda el ascensor antes de que sea demasiado tarde.

Jacqueline se acercó a la izquierda de la mesa y apretó un botón. El panel que ocultaba el ascensor se cerró de golpe y oyeron el ruido de su descenso.

Era una nueva victoria, pero no tuvieron tiempo de gozarse en ella. Medio minuto después se abría de nuevo el trozo de pared que daba a la escalera que conducía a la sala de mandos. Por el hueco asomaron, tomando toda clase de precauciones, Joe y otros cuatro individuos. Traían las pistolas en la mano y las manejaron sin la menor dilación.

Atacados desde dos puntos distintos, la situación de Gunter y la mujer se hizo en extremo comprometida. Tenían unos enemigos enfrente y otros a su derecha, cogiéndoles casi de flanco. Dejando que Jacqueline, que, sobreponiéndose a sus dolores, había vuelto a empuñar un arma, contuviera a los secuaces de Davies, Gunter se enfrentó con la nueva amenaza. La inferioridad numérica de los defensores estaba compensada por algo en que no había pensado quien lo ideó: la dirección de los focos que iluminaban la estancia. Derramaban su luz sobre el centro de la habitación y las dos puertas de entrada, pero dejaban casi envuelta en tinieblas la parte de detrás de la mesa.

Merced a ello, Robert y la mujer resultaban casi invisibles para sus enemigos, en tanto que éstos aparecían bañados en luz tan pronto pretendían atravesar la puerta. Por espacio de un minuto la lucha prosiguió sin grandes alternativas. De pronto, dominando el estrépito del combate, resonó la voz de Maxwell que hablaba, indudablemente, por medio de un altavoz conectado con algún micrófono de la sala de mandos:

—¡Alto! ¡Dejad de disparar un momento! ¡El «Jefe Supremo» tiene que hablaros!

Unos y otros dejaron por un instante de disparar. Cuando se hizo el silencio, Maxwell prosiguió:

—Entrégate de una vez, Robert; no tienes escape posible. Si te entregas te doy mi palabra de respetar tu vida.

—No creo en tu palabra, John. Una vez en tus manos, no viviría ni dos minutos.

—No los vivirás si te empeñas en resistir. Es posible que creas poder hacerlo contra las pistolas. Pero tenemos algo más eficaz: ametralladoras ligeras y bombas de mano.

—Si puedes terminar con tanta facilidad, ¿por qué te molestas en pedir que me rinda?

—Quiero que yo y mis hombres escapemos antes de que Warren pueda llegar aquí. ¿Te entregas?

Gunter respondió con un no rotundo. Sabía que Maxwell no cumpliría su palabra de respetarles la vida. Irritado, el «Jefe Supremo» afirmó:

—¡Tú lo has querido, Robert! Antes de un minuto...

No se trataba de una simple amenaza. Treinta segundos después, en lo alto de la escalera que conducía a la sala de mandos aparecían dos individuos manejando sendos fusiles ametralladores. La primera ráfaga ya alcanzó a Gunter, haciéndole caer pesadamente tras de la mesa. Con un esfuerzo sobrehumano logró asomar la mano, armada con la pistola, por encima de la mesa, tirando sin mirar, pero con toda celeridad. Un gemido de dolor le demostró que sus balazos no se habían perdido en el vacío. A continuación resonó otra ráfaga de ametralladora, que acribilló materialmente la mesa y el sillón, aunque no les alcanzó a ninguno de los dos.

Aprovechando una brevísima pausa y la circunstancia de que la dirección de la luz de los focos les dejaba casi en la oscuridad, Gunter asomó ligeramente la cabeza. Advirtió que Gerald Davies y sus secuaces, lejos de avanzar, habían retrocedido, ocultándose por completo a su vista. Aquello le sorprendió; pero, al mirar hacia la abertura donde estaban los individuos acaudillados por Joe, comprendió toda la dramática realidad del peligro que le amenazaba.

Joe y otro individuo tenían en las manos sendas granadas de

mano, que se disponían a lanzar hacia el lugar en que sus enemigos se encontraban. Robert quiso disparar contra ellos, pero la pistola que empuñaba había quedado descargada. Comprendió que llegaba el final inevitable. Resguardado tras la mesa, muy cerca de Jacqueline, habló con la mujer, mientras apresuradamente metía un nuevo cargador en el arma.

—Esto se acaba, querida. Siento que tu deseo de ayudarme te haya llevado a la muerte.

—No lo sientas, Robert. Prefiero morir así, a tu lado, que arrastrar la vida a que pretendía condenarme el «Jefe Supremo».

—¿Tanto me quieres? —inquirió, emocionado, Gunter, atrayendo contra su pecho a la muchacha.

—Más que a mi propia vida. A tu lado hubiera sido feliz, muy feliz, porque...

No concluyó de hablar. Una granada de mano vino a caer, con ruido sordo, encima de la mesa; una décima de segundo después se producía una explosión ensordecedora. La mesa voló hecha astillas; la onda expansiva arrojó a tierra a Gunter, y ya en ella, sintió un golpe violento en el muslo derecho.

A la primera explosión siguió otra casi sin solución de continuidad. El sillón de Maxwell fue proyectado, pulverizado, contra la pared del fondo; los aparatos de radio y televisión, respetados por la bomba anterior, saltaron destrozados: se apagaron varios de los focos. Tan sólo uno, colocado en un ángulo de la habitación, cerca del techo, siguió alumbrando la trágica escena.

Ahora no fue solo un golpe lo que recibió Robert. Advirtió claramente que varios trozos de metralla se clavaban profundamente en sus carnes; a su lado, Jacqueline se estremeció, lanzando un grito de dolor, mientras el vestido se le manchaba de sangre a la altura del pecho. Cuando se apagó el estruendo de las explosiones, Robert tuvo la sensación de haberse quedado sordo, dado el silencio que les sucedió. Pronto comprendió, sin embargo, que sus oídos no habían sido afectados por las granadas, oyendo decir a gritos a Joe:

—¡Vamos a comprobar si están muertos y a rematarlos, caso de que aún alienten!

Con un terrible esfuerzo, Gunter levantó la cabeza. Pudo ver a Joe que se adentraba en la habitación, acompañado de otros dos

individuos. Aún tenía la pistola en la mano y disparó, apuntando con todo cuidado. Tuvo la suerte de alcanzar de lleno a Joe, que abrió los brazos y cayó, con un gemido agónico en los labios. Pero casi en el mismo instante, sus secuaces disparaban también y dos agujas de plomo venían a abrir nuevas brechas en el cuerpo martirizado de Gunter.

La pistola se le escapó de los dedos y quedó de rodillas, vacilante, inerte, expuesto al fuego de sus enemigos. Un solo balazo habría terminado entonces con su vida. Pero antes de que sus adversarios pudieran apretar los gatillos de las armas que empuñaban, se produjo algo tan inesperado ya, entrevisto tan confusamente por Robert, que tardó mucho tiempo en saber si había ocurrido realmente o era producto de su imaginación sobreexcitada en aquellos instantes críticos y decisivos.

Un trozo de pared se descorrió repentinamente, dejando al descubierto el ascensor en que pretendió escapar Maxwell. Pero ahora, en el ascensor, no venía el llamado «Jefe Supremo» ni cualquiera de sus esbirros, sino Warren, Baring y otros cinco o seis agentes de la autoridad. Aparecían un poco pálidos, agitados, nerviosos. Pero todos empuñaban con firmeza las pistolas ametralladoras, y las hicieron funcionar, antes incluso de salir del ascensor.

Por encima de la cabeza de Gunter tabletearon las ráfagas de las ametralladoras manejadas por sus amigos. Sus efectos fueron terribles. Los dos forajidos que habían penetrado en la habitación siguiendo a Joe se doblaron sobre sí mismos segados por cuchillas de plomo. Gerald Davies, que asomaba la cabeza en el mismo instante, rodó por tierra, para no levantarse más. Convencidos de la imposibilidad de toda resistencia, los dos individuos que acompañaban al expolicía en el antedespacho, levantaron los brazos apresuradamente, gritando.

—¡No tiréis, no tiréis! ¡Nos entregamos!

Baring se apresuró a desarmarlos, colocándoles las esposas. Warren se inclinó sobre Gunter con ánimo de socorrerle. Con un esfuerzo desesperado, Robert se opuso. Señalando la abertura de la escalera, que conducía a la sala de mandos, exclamó, trabajosamente:

—¡No, no! ¡Por ahí, deprisa!... ¡Puede escaparse aún... el «Jefe

Supremo»...!

Warren comprendió. Saltando por encima de su compañero y amigo corrió a la escalera. Tres agentes le siguieron. Todos llevaban las pistolas ametralladoras en disposición de hacer fuego. Un segundo después comenzaban de nuevo los disparos.

Robert no pudo ver el final. Sintió que las fuerzas le abandonaban, que la cabeza le daba vueltas. Miró a Jacqueline. Aparecía tendida a su lado, inmóvil, con los ojos cerrados. Posiblemente estaba muerta. Sintió un dolor lacerante. Pretendió inclinarse sobre ella para abrazarla. Pero, antes de conseguirlo, se le nubló la visión; dejó de pensar y rodó pesadamente por el suelo.

Tardó mucho tiempo en volver en sí. Cuando abrió de nuevo los ojos lo hizo con la extraña impresión de salir de una larga y terrible pesadilla. Lo que vio entonces le hizo suponer por un instante que estaba muerto o seguía delirando. No era posible que Jacqueline, una Jacqueline más delgada, intensamente pálida, pero sana y salva, estuviese a su lado. Se le cerraron los ojos en tanto trataba de ordenar sus incoherentes pensamientos. Como a través de una espesa niebla recordaba lo último que había visto y sentido antes de caer en la inconsciencia: Jacqueline, muerta a su lado; Warren, corriendo en persecución de Maxwell; la sangre, brotándole a borbotones de sus numerosas heridas; las fuerzas, disminuyendo de segundo en segundo, y la plena seguridad de que la muerte no tardaría en llegar...

Volvió a hundirse en la inconsciencia, pero ahora ya no fue el delirio provocado por la fiebre, sino un sueño reparador. Cuando horas después abrió los ojos se encontró mucho más fuerte y animoso. Pudo mantenerlos abiertos durante un rato. Vio que Jacqueline seguía a su lado y tuvo fuerzas para formular una pregunta... Suavemente, Jacqueline replicó:

—Ya lo sabrás todo, Robert. Ahora necesitas descansar. Pronto, muy pronto, cuando estés mejor...

—¿Pero tus heridas...?

—Curaron ya. Las tuyas curarán también si no te excitas. La terrible pesadilla terminó. ¿No te basta con esto?

Hubo de bastarle, porque Jacqueline se negó a decirle más. Tampoco Warren, que le visitó aquel día, quiso ser más explícito. Ya le contaría lo sucedido cuando estuviese mejor.

—Durante dos meses has luchado entre la vida y la muerte. No quisiera que por culpa mía experimentaras un retroceso.

Tuvo que aguardar durante quince días interminables. Al fin, cuando ya podía sentarse en la cama y el médico que le asistía declaró que estaba por completo fuera de peligro, Joseph Warren decidió hablar, contando detalladamente el final de la trágica aventura y cuánto desconocía aún quien más había hecho para librar al mundo de una organización criminal y diabólica:

—Cuando recibí tu llamada telefónica, hablé con Baring y McLeigh y nos pusimos inmediatamente en movimiento. Mi primer cuidado fue colocar varios hombres en torno al rascacielos del Northern Central, de modo que vigilasen discretamente todas las salidas, personalmente fui a ver a Maxwell. Tuve con él una entrevista de cierta violencia, pero consiguió engañarme. Habilidosamente dispó mis recelos, haciéndome creer en su absoluta inocencia. Pero al salir de la entrevista —no sin dejar un par de agentes en su propia secretaría, para que me informasen de todos los movimientos del gerente de la empresa— me dieron la noticia de que tu coche había pasado sin detenerse ante la puerta central del edificio. Cinco minutos después sabía que habías desaparecido por la puerta de uno de los garajes subterráneos de la parte trasera del rascacielos y que había sido detenido el individuo que pretendía alejarse con tu coche.

El capitán McLeigh se encargó de empezar un registro sistemático de todos los garajes de aquella parte del edificio, buscando no solamente a Gunter, sino al «Cadillac» al que iba siguiendo. Mientras, se establecía un cordón policíaco en torno al edificio y Warren volvía a pensar en Maxwell.

—Traté de verle de nuevo, para convencerme de que seguía en su despacho. No pude pasar de la secretaría. Los empleados me dijeron que su jefe había dado órdenes terminantes de que no le molestase nadie. Quise abrir la puerta y encontré que estaba cerrada por dentro. Llamé a golpes y no me contestaron.

Aquello excitó enormemente sus sospechas. Amenazó a los empleados y, aunque por espacio de varios minutos se resistieron a cumplir sus instrucciones, al cabo, cuando amenazó con romper la puerta del despacho empleando un soplete traído con toda urgencia, uno de ellos decidió llamar a Maxwell. Le tranquilizó ligeramente

su respuesta. Pero como transcurrieron tres minutos sin que diera señales de vida, resolvió forzar la puerta, pese a las protestas de los empleados, a los que tuvieron que reducir a la impotencia, cubriéndoles con sus pistolas.

Cuando lograron abrir la puerta encontraron vacío el despacho. Para Warren era la prueba definitiva de la culpabilidad de Maxwell. Habló violentamente con los empleados, amenazándole con matarles en el acto si no decían cuánto supieran. Los individuos se limitaron a hacer protestas de inocencia.

—Iba a empezar a tiros con ellos, cuando llamaste tú. De un golpe se acabaron todas las dudas. Di orden de matar a los detenidos si no decían dónde estaba el famoso ascensor.

Viendo que iba de veras, uno de ellos me lo indicó. Montamos seis hombres, con las pistolas ametralladoras preparadas.

Cuando subían oyeron el ruido de las explosiones. Al abrirse la puerta vieron a Jacqueline y Robert ensangrentados, mientras varios individuos se disponían a rematarlos. Hicieron fuego en el acto, barriendo a sus enemigos, excepto dos, que se entregaron en el acto. Warren quiso auxiliar entonces a Gunter, pero al hablarle este del «Jefe Supremo» y de la posibilidad de que lograrse escapar, se dispuso a impedirlo.

—Subimos por una estrecha escalera de caracol cuatro hombres, con las pistolas ametralladoras apercebidas. Llegábamos cerca de lo que después sabría que era la sala de mandos, cuando surgió un individuo, pretendiendo lanzar una bomba de mano. Le cosimos a balazos antes de que tuviese tiempo de conseguirlo.

Pero al pretender entrar en la sala, una ráfaga de pistola ametralladora dio en tierra con uno de los agentes, obligando a retroceder a los demás. Se trabó una áspera lucha a balazo limpio a través de la puerta, abierta de par en par.

—Conseguimos, al cabo, matar a los dos individuos que defendían la sala de mandos. Con gran sorpresa advertí que ninguno de ellos era Maxwell. Al principio quedé desconcertado. De pronto descubrí una abertura en la pared. Me asomé y quedé aterrado al verme a doscientos metros por encima de la Tercera Avenida.

Junto al tragaluz pasaba la escala de hierro que subía hasta el pararrayos en que terminaba la aguja gótica que remataba el

rascacielos.

Cuando Warren miró hacia arriba pudo ver, cinco o seis metros por encima de él, a John G. Maxwell, agarrado con fuerza a la escala, que parecía esperar algo con impaciencia, fija su mirada en el horizonte.

—Pronto supe lo que esperaba. Era un helicóptero, avisado por radio seguramente, que se acercaba pausadamente al rascacielos, en un esfuerzo definitivo por salvar al «Jefe Supremo».

Desdeñando el peligro, Warren se lanzó en seguimiento de Maxwell. John le vio y pretendió escapar, subiendo con mayor rapidez, confiando en que el autogiro pudiese recogerle aún. El inspector hizo un disparo al aire, para intimidar al fugitivo. El «Jefe Supremo» respondió en la misma forma, aunque, por fortuna, sus disparos no dieron en el blanco. Cansado, Warren le gritó:

—Entréguese o tiraré a matar.

Por toda respuesta, Maxwell quiso volverse, para apuntar con mayor cuidado; pero, en el momento mismo en que apretaba el gatillo de su pistola, se sintió acometido por el vértigo, perdió el difícil equilibrio que mantenía pegado al cejado de pizarra, lanzó un grito angustioso, trató de agarrarse desesperadamente a algún punto de apoyo, pero cayó dando volteretas.

—Rebotó en un saliente de la planta veinte y fue a estrellarse en mitad de la calzada. Quedo tan desfigurado que resultaba difícil reconocerle. Pero ni a mí ni a nadie podía cabernos la menor duda de que era John Gunter Maxwell, tristemente famoso con el título de «Jefe Supremo».

Robert se estremeció al escuchar el lamentable final de su hermano. Era un hombre sin escrúpulos, una grave amenaza para la Humanidad, un individuo sobre cuya conciencia gravitaba la responsabilidad de muchos crímenes. Sin embargo, recordando los días lejanos de la niñez, no podía evitar una íntima amargura. Warren se dio cuenta de su estado de ánimo. Poniéndole la mano en el hombro en gesto cordial, comentó:

—Comprendo todo lo que has tenido que sufrir, Robert. Yo no supe hasta después que Maxwell era tu hermano. ¡Pero tú, teniendo que perseguirle a pesar de los lazos de la sangre!... Nuestro deber es, a veces, muy penoso. Por eso es más digno de admiración quien sabe cumplir con él, aunque sea destrozándose el propio corazón.

No quiso insistir en este punto, para no aumentar el dolor de Gunter. No volvió siquiera a mencionar a Maxwell. Habló de él simplemente como el «Jefe Supremo». Su tenebrosa organización había quedado destruida. En la sala de mandos encontraron unos grandes ficheros conteniendo datos completos sobre los planes futuros y los golpes dados, así como los nombres y las señas de todos los agentes que integraban las diversas divisiones.

—Había mucho de verdad en lo que, según Jacqueline, te dijo el «Jefe Supremo». No sé si en cualquier caso hubiese logrado ver realizados por entero sus fantásticos proyectos, pero sí que pudo provocar una catástrofe sin precedentes. Si no llega a estallar la tercera guerra, si como mínimo se retrasa unos cuantos años, será algo que el mundo no podrá, pagarte nunca.

Pasaban de cuatrocientos los individuos detenidos no sólo en Nueva York, sino en otras ciudades americanas y en diversos países de Europa. Todos habían tenido que reconocer sus culpas. Algunos pagarían sus crímenes en la silla eléctrica; la mayoría habría de sufrir largos años de encierro. Y ninguno de ellos volvería a ser un peligro para la sociedad.

—Jacqueline Dubois no será, naturalmente, perseguida ni molestada. Lejos de ello, la estamos muy agradecidos y oficialmente le hemos dado las gracias. Aunque supongo que el premio a que aspiraba lo ha conseguido plenamente, a juzgar por la forma en que la miras.

Hizo una pequeña pausa. Robert y Jacqueline, que, con las manos cogidas y mirándose con expresión de cariño oían las explicaciones del inspector jefe, sonrieron ligeramente ruborizados. Warren prosiguió:

—En cuanto a ti, Robert, todo me parece poco para recompensar tu heroicidad. Estás ascendido, desde luego. Nada me extrañaría recibir de un momento a otro la noticia de que te han concedido la Medalla del Congreso. ¿Qué es sólo para acciones guerreras? Y ¿no tiene mucho más mérito jugarse la vida para conseguir que la guerra no llegue a estallar? Por mi parte he conseguido para ti seis meses de vacaciones. ¿No estaría bien que las emplearas en tu viaje de bodas con Jacqueline?

No necesitó que le respondieran para saber que había acertado. Alegre y satisfecho abandonó la habitación, donde *madame* Dubois

y Gunter seguían hablando en voz baja, con las cabezas muy juntas. Hablando permanecieron por espacio de unas horas, trazando planes risueños para un porvenir inmediato. De pronto, una sombra de tristeza pasó por los ojos de Jacqueline. Robert quiso saber la causa.

—Warren me dijo que, legalmente, eres el único heredero de Maxwell. Aun descontando la fortuna que adquirió con malas artes, todavía te quedarán varios millones, que pueden ser una barrera entre tú y yo.

Robert atrajo hacia sí a la mujer amada. Luego, hablándole al oído, replicó:

—No te preocupes, querida. No quiero ese dinero. Lo cederé a cualquier institución benéfica. A mí me quemaría las manos...



Hermano contra hermano

Este es el título de una novela emocionante, trágica, cuajada de heroicidades y cobardías, de afectos y odios, de muertes y amores.

A. G. MURPHY

el autor que supo cosechar tantos triunfos en sus novelas anteriores, reanuda ahora su producción literaria con nuevos bríos, creando la genial obra

Hermano contra hermano

Dos vidas que debieron ser paralelas se enfrentaron por los misteriosos designios del Destino. Entre la jungla de los rascacielos, las fieras humanas se disputaban a zarpazos el botín de los robos y asaltos. Dos hermanos se enfrentaron y...



Lea el próximo número de la gran Colección

F. B. I.

Hermano contra hermano

NOTAS

[1] «Bulls», toros, es el remoquete aplicado por el hampa neoyorquina a los agentes de policía. < <